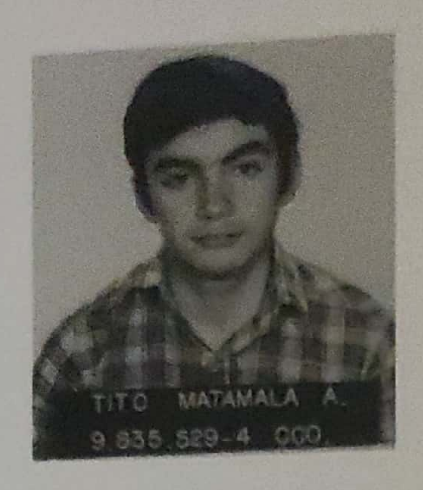
LA BECA PINOCHET



UNA HISTORIA ÍNTIMA DE LA DICTADURA

TITO MATAMALA

B



TITO MATAMALA ABURTO (1963) es periodista y magíster en Literaturas Hispánicas, y académico de la Universidad de Concepción, ciudad en la que reside en un departamento convertido en biblioteca y museo de juguetes. Ha escrito numerosos libros de narrativa y ensayos humorísticos, el último de ellos fue *Chile Retrete*, publicado por Ediciones B en 2015.
La foto de esta solapa corresponde a 1981, año en que el autor obtuvo la beca que inspiró esta crónica.

titolandia@yahoo.com

La beca Pinochet

Una historia íntima de la dictadura



1ª edición: septiembre de 2016

Andrés de Fuenzalida 47, piso 7, Providencia.
www.edicionesb.cl

ISBN: 978-956-304-235-1
Registro Propiedad Intelectual
Inscripción N° 270186

Diseño
Francisca Toral

Impreso en Chile por CyC Impresores

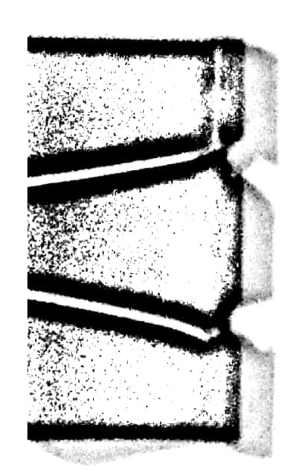
La beca Pinochet

Una historia íntima de la dictadura

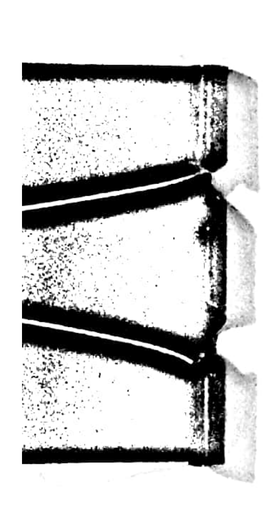
Tito Matamala



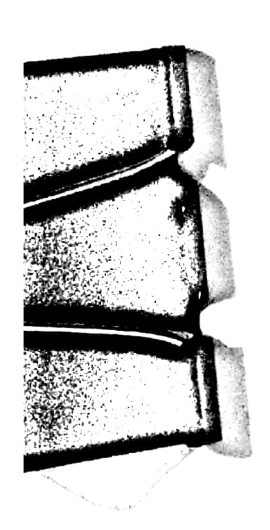
Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Miami • Santiago de Chile



A Karina Fuentes y Sergio Hernández, marqués de Osuna,
por el cariño de tantos años.



ÍNDICE



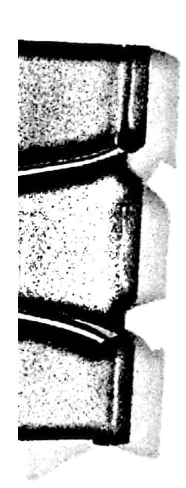
Prólogo: La Beca Pinochet

Cuando conocí a Tito Matamala, no hace mucho, surgió entre nosotros una amistad instantánea. Nos reconocimos en un par de señales invisibles: chicos de pueblos perdidos de provincia que sobrevivieron a la dictadura a punta de buenas notas, una enorme capacidad para ignorar la adversidad y un sentido del humor negro, negro, negro. Es fácil encandilar a cierta audiencia compartiendo anécdotas de aquel proceso de supervivencia que, para quien no lo vivió, suena a hazaña. Pero no lo fue, y esa pequeña historia se ahoga bajo el peso de la Historia (con mayúscula) o enmudece frente a los relatos terribles de las víctimas.

En muchas ocasiones, en mi vida adulta tuve la experiencia de decir a un extranjero que a mí la dictadura no me tocó porque no tenía parientes detenidos desaparecidos ni ejecutados, hasta que poco a poco fui adquiriendo la conciencia de que mentía. La dictadura —a mi pesar— no solo me tocó: me formó, me define. Si me hicieran un corte transversal, ahí estarían las huellas que me dejó, como se las dejan a los árboles los períodos de sequía. Lo único que no me pasó fue tener parientes directos muertos o desaparecidos (aunque ya en la segunda línea hay exiliados, relegados, exonerados; y también agentes, sapos). Todo lo que amo y odio comenzó en esos años en que los niños crecimos a nuestra suerte, presintiendo que nuestros padres no contaban con lo mínimo para garantizar nuestra seguridad y subsistencia. Para qué decir de la expectativa de ofrecernos una educación de calidad. Y así nos hicimos, con el "Festival de la Una" y "Sábados Gigantes" intentando disfrazar eso de normalidad. Y con Sandro, la Sonora Palacios y Silvio Rodríguez de *soundtrack*.

En *La beca Pinochet*, Tito encuentra una melodía en el tono justo para contar, a través de su experiencia y la de un puñado de sus amigos, lo que fue para legiones de chilenos sobrevivir a la dictadura y transitar hacia la democracia. En sus breves crónicas se condensa la experiencia de quienes crecimos entonando la Canción Nacional con sus dos estrofas y formándonos en los patios a la orden de: "Tomar distancia, a discreción... ¡Firmes!".

Matamala nos conduce a esos lugares a los que no quisiéramos regresar, aquellos que la memoria prefiere borrar o edulcorar con grandes dosis de fantasía. Con aplomo, Tito se resiste a la tentación de reescribir el libreto transformándose en superhéroe y logra mantenerse fiel a un punto de vista en que solo podemos verlo como un ser humano a merced de fuerzas inmensamente superiores a las suyas. Lo hace con candidez, ternura y una enorme dosis de humor. Esa es la armadura que le permite regresar a ese pasado sin Dios.



No sé ustedes, pero yo voy a guardar este libro para que lo lean mis hijos y se asomen a la vida de millones de chilenos que no han tenido quién escriba su historia.

No hay aquí propaganda, ni proselitismo, ni se señala el camino hacia las transformaciones políticas que el país necesita. No. Tito Matamala revela con voz de niño la fragilidad de la resistencia estudiantil antipinochetista, el uso de la pornografía como arma antisubversiva y la importancia de Lucía Hiriart en el desarrollo cultural de la Patria. Y, por sobre todo, se ríe del hambre y la miseria a las que sobrevivió. Se ríe, porque como dice Javier Solís, ya ni llorar es bueno.

Positivo. Tres, cuatro.

Alejandra Matus

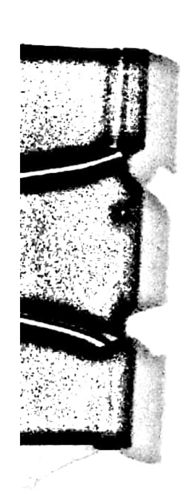
Prefacio: Judas Matamala

Con sarcasmo se le llamaba "La beca Pinochet" para referirse a todos aquellos chilenos que debieron huir al exilio pocas horas después del golpe de Estado de 1973. Era el viejo truco de reírse por no llorar: me echan del país, arranco de mi país porque se me va la vida en ello, como si fuese un becado para estudiar en el extranjero con el gentil incentivo de *mi general*, muchas gracias. Escaparon por montones, traspasaron los muros de las embajadas amigas y de ahí debieron esperar por una opción de salida, apenas con lo puesto: un paletó y una maleta con ropa interior y quizás con las últimas fotos familiares que deseaban conservar. Eran los becarios auspiciados por el Departamento de Turismo del ministerio del Interior. Dentro de su real tristeza, en el avión que los llevaba a una cultura desconocida más de uno habrá pensado que la sacó barata: era eso o flotar por el río Mapocho.

También estaba la otra beca, la auténtica, la que había instaurado *mi general* y que llevaba el pomposo nombre de "Beca Presidente de la República Augusto Pinochet Ugarte". Consistía simplemente en una ayuda en metálico para estudiantes de escasos recursos —de familias vulnerables, como se dice hoy— que demostraban un buen desempeño en las calificaciones y que deseaban estudiar en la universidad. Contra todo pronóstico del destino, en 1981 yo gané esa beca y conservo el diploma firmado de puño y letra por Pinochet. Entonces tenía 17 años y durante toda la escolaridad básica y media había sido siempre el mejor alumno del colegio, el más premiado, el más ñoño, el más idiota. A su vez, como ahondaré más adelante, no sabía que existían los conceptos de dictadura militar, de ejecutados políticos, de personas desaparecidas, de muertos

y más muertos, de represión y crímenes por cantidades industriales. Ya ve: idiota. Salvo porque una vez me asaltaron cuando regresaba a casa de noche, creía en eso de "la isla de paz y tranquilidad" del régimen militar.

Mis pergaminos de estudiante eran intachables, así que la asistente social del colegio —una noble señora cuyo nombre he perdido— gestionó los papeles, me pidió que firmase aquí y acá, y me dijo que debía esperar una notificación. En enero de 1982 recibí una carta con timbre del ministerio de Educación: mi querido general me otorgaba la beca. Me alegré y pensé que el trámite era sencillo, viajé a Santiago al ministerio de Educación, a solicitar las lucas de la beca para poder matricularme en la Universidad de Concepción. Matamala como un huasito de provincia pidiendo plata en la capital. No era tan simple, la burocracia me privaría por meses de aquellos billetes que tanto ansiaba.



Así, en un breve resumen, comienza la historia de la beca Pinochet. Me matriculo en Ingeniería Civil Electrónica, obtengo un cupo en el hogar universitario de Maipú 301 —conocido como Siberia—, establezco amistad con un montón de sujetos tan angurrientos como yo, y de repente me van explicando que estamos en una dictadura militar, que matan gente todos los días y que no hay libertades ni para que se reúnan tres personas.

Eso no lo sabía, palabra.

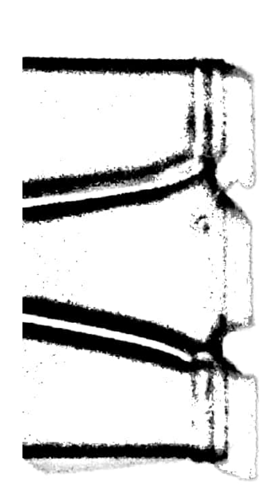
Después de tal aclaración, y traicionando la generosidad de don Augusto, me metí en los paros, en las marchas, en las tomas, en las reyertas con la policía y en cuanta manifestación contra el régimen hubiera en la ciudad. Es decir, fui un malagradecido. Judas Matamala.

Es la historia que voy a contar ahora, la intimidad y pequeñez de una generación marcada por el instante feroz en que descubrió que estábamos rodeados de muertos. No la gran historia, que eso no me corresponde, sino el detalle que te in-

dicaba que Chile se hallaba envenenado por dentro: el toque de queda, el silencio en la fila, el silencio en la calle, el silencio en la clase. El silencio, en general.

¿Cuándo supo usted que estábamos en un régimen de terror?

Aquí comienza mi relato, el de mi generación a la que —justamente— le correspondió despertar a tiempo. Se me ocurre que por eso nos salvamos.



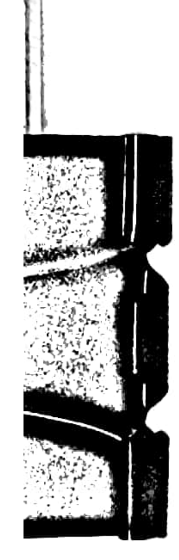
1. La beca Salvador Allende

El problema de la Democracia Cristiana es que no tenía cantores, y eso era grave. Hasta la derecha podía anotarse con Los Huasos Quincheros, Los de Ramón y otros tantos rastreros viles que mencionaré más adelante. Pero a la DC no le cantaba nadie. Y por eso uno se iba para la izquierda, porque no había nada más magnético y romántico que escuchar a Víctor Jara o Violeta Parra. Eso me lo comentó un amigo del hogar universitario, el Mono, en una seria conversación que tuvimos en mi escritorio de la Mazmorra 250, como le llamábamos a nuestra pieza. Estábamos en 1982, yo recién venía llegando desde Curicó a estudiar Ingeniería con la beca de *mi general* en un bolsillo y con la beca Enrique Molina en el otro. Había jugado mis cartas con extremado riesgo: la beca Pinochet era plata, nada más, tal vez unas 50 lucas en la actualidad, y con eso no podría haber estudiado en ninguna ciudad. Pero fue la asistente social del colegio la que me ayudó a dar el primer paso: existe una beca en la Universidad de Concepción que cubre todos los gastos, además de alojamiento y alimentación, y de extensión nacional, aunque solo dos cupos por región. A eso debía apostar, no veía más alternativa: ¡dos cupos por región! A la vuelta del tiempo, calculo que fue la decisión más riesgosa que tomé en la vida. Y que hoy habría sido como ganarse el Loto.

De modo que le debo al señor Enrique Molina, fundador de la Universidad de Concepción, mi actual condición de penquista. Desde acá disparo hoy.

Ni siquiera pedí crédito fiscal, sabía que si no obtenía la beca debería volver a casa y cumplir mi otro destino paralelo: un técnico eléctrico especialista en reparar planchas, aspiradoras y refrigeradores. Incluso llegué tarde a la postulación, la asistente social de la universidad vio mis papeles, se puso amarilla, sacó la lengua y de inmediato me consiguió un préstamo de alimentación, por mientras, dijo. Así me habrá visto de hambriento y necesitado de cariño. Y bien, gané la beca unas semanas después, tuve que trasladarme a vivir al hogar universitario y comenzar a entender una realidad que me era nueva: la política, la izquierda, la derecha y el centro, ese que no tiene cantores.

Es por eso que mi amigo DC, el Mono, trataba de explicarme el panorama y llevarme a su tienda: no te encandiles con las canciones, me decía, que la izquierda tiene a Quilapayún y a Inti Illimani, a Silvio y a Quelentaro. Tremenda ventaja, porque nadie había verseado jamás que era un demócrata cristiano con el favor de mi dios, sí, como habría dicho Violeta.



Por el contrario, y como gran burla, nos aprendimos la canción de Víctor Jara dedicada a la DC:

Uste' no es na'
No es chicha ni limoná
Se lo pasa manoseando
Caramba y zamba
Su dignidá'.

Entre los doscientos habitantes del hogar puede que haya habido no más de cinco demócrata cristianos, y les iba mal. Cuando apenas empezábamos a entender el proceso histórico que derivó en el golpe de Estado y la dictadura militar, a los DC les achacábamos gran parte de la culpa: los tildábamos de guata amarilla, de demócrata cretinos, los que no habían sido ni chicha ni limoná', ya dije. La hez de la política, los que

habían culebreado para siempre acomodarse al lado del poder, los mismos que creyeron que los militares les iban a entregar en bandeja el palacio de La Moneda una vez que lo repararan. No fue así.

Muchos años después, cuando ya tenía un nombre como periodista y columnista dominical, me quejaría de todas las veces en que me tildaban de izquierdista o derechista, pero que lo peor hubiese sido que alguien me acusase de demócrata cristiano. Nunca ocurrió.

Así que ahí me encontraba con mi amigo Mono en la Mazmorra 250 y su techo alto cubierto de hongos en invierno y verano, tratando de entender por qué mataban gente y desaparecían esos cuerpos, por qué había militares designados en todos los cargos públicos, por qué no debíamos reunirnos en las escalinatas del foro de la universidad ante la amenaza de que perderíamos las becas y los privilegios de estudiantes albergados y bien alimentados.

Y sin embargo, poco a poco empezamos a atrevernos y a vencer el miedo. Éramos jóvenes, éramos flacos casi famélicos, y no podíamos calcular que nuestra generación debía echarse al hombro la gran responsabilidad histórica de levantarse y patalear. Yo estuve ahí hasta el final, aunque debo reconocer de inmediato que el misticismo me duró apenas unos meses y que luego —ya descreído del sistema político— aguanté porque eso de un régimen militar que mandaba a matar a sus ciudadanos no me parecía correcto.

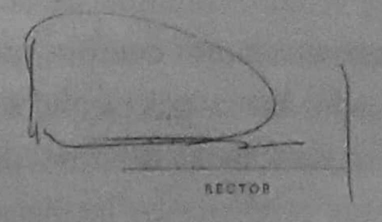
Por esos años debíamos acudir al edificio Virginio Gómez a cobrar el estipendio mensual de la beca para gastos menores, nos pagaban en billetes. Recuerdo una vez en que estaba en la fila, cuando ya nos conocíamos, hombres y mujeres, y un muchacho de más atrás tiró la talla que ahora la entiendo como un emblema de los tiempos cambiantes: venimos a cobrar la beca Salvador Allende, dijo, y todos nos reímos de manera nerviosa.



UNIVERSIDAD DE CONCEPCION
CHILE

Por cuanto la Universidad de Concepción, con fecha 15 de abril de 1982, ha conferido a don
Tito Matamala Aburto
la Beca de Estudios "ENRIQUE MOLINA GARMENDIA", *correspondiente a la* VII *Región, se le otorga el presente diploma.*

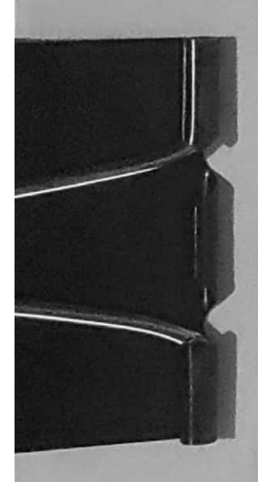
Concepción, 14 de mayo de 1982.



SECRETARIO GENERAL

RECTOR

El diploma de la Beca Enrique Molina que cambió el rumbo de mis días.



2. *Inside Desireé Cousteau*

Se supone que eres un regalo
que se me rompió enseguida
y ahora nada, lo de siempre.

"Apología de mujer con sombrero".
Silvio Rodríguez.

Y ahí estaba Silvio Rodríguez, con sus jinetas invisibles de caballero de la corona, compañero, apenas a unos tres metros de distancia. Podría haberle disparado en la frente sin dificultad y con total acierto, dos tiros y listo —blam, blam— mas no ejercía de pistolero, sino de pobre fotógrafo. Así que preferí entregarle mi cámara menor, la de respaldo, una Pentax MX, a un sujeto de los acreditados como yo, para que por favor me tomase una foto con el cantor. Di la vuelta por todas las mesas instaladas a la intemperie en una soleada tarde de marzo de 1990 en una viña de Pirque imposible de identificar hoy. Me puse detrás del mito, como viejos amigos, mientras él conversaba feliz con el ministro Secretario General de Gobierno que, por desgracia, también salió en la foto. Click.

Esa noche, al revelar el negativo en blanco y negro y luego sacar una copia en borrador y a la mala, me vi como lo que era: barbón como un revolucionario que llegó tarde a la Sierra Maestra, flaco y debilucho como un jamelgo de feria a punto de ser dado de baja, y con una tremenda cámara Nikon F3 colgando de mi hombro izquierdo como si estuviese llamado para faenas mayores. Qué sé yo: guerrillas en

Centroamérica, batallas en Medio Oriente, pero de momento mi currículo se reducía a fotografiar las reyertas entre encapuchados y la policía en la Plaza Perú. Muy poca cosa. Salvo que un par de veces me habían agarrado en el acto: en la esquina de Chacabuco y Ongolmo cuando andaba de civil —o sea, sin cámaras— los uniformados me pillaron, me tomaron en andas y me introdujeron al interior del bus en donde recibí "apremios ilegítimos" breves, y luego me soltaron. El oficial a cargo anotó mis datos de RUT y dirección en la esquina de un ejemplar del diario *La Tercera* que estaba leyendo, por lo que la detención no habrá sido muy seria, digo, o yo no era un preso importante. Y la otra, cuando creía pasar inadvertido en una manifestación en la plaza Independencia, sentado como un ciudadano ejemplar pero con la cámara Zenit EM en el regazo buscando un buen cuadro al ojo, es decir, calculando distancia y tratando de apuntar con un lente de 135 mm que todavía echo de menos.

De pronto llegó a mi lado otro estudiante, me dijo que me fijara en un vehículo estacionado frente al teatro de la universidad, que los ocupantes parecían ser de la CNI (Central Nacional de Informaciones), y que intentase tomarles una foto con mi truco de no moverme. Y no me moví, pero igual me agarraron enseguida. La pasé mal, y la saqué barata. Unos golpes fuertes en el estómago, unas menciones a mi madre, y yo que me iba cayendo a las baldosas y "entregando el rollo, maricón". Abrí la recámara, les entregué la película que, por lo demás, no contenía ni cerca la gran revelación que acabaría tempranamente con la dictadura, y me di por perdido. No estaba perdido, me dejaron correr, y corrí como Forrest Gump hacia la universidad, asustado como ciervo y —supongo— ligeramente meado como gato. Al llegar desesperado a los escalones del foro del campus, un muchacho me interceptó, me dijo que todo el mundo ya sabía de mi desgracia, o de mi talla, y que los aparatos legales de la

Federación de Estudiantes se preparaban para interponer recursos de amparo en mi favor. Aquel muchacho luego sería conocido y reconocido, llegaría al parlamento, el senador Alejandro Navarro. Muchos años después de aquel incidente, Navarro me quitaría el saludo cada vez que nos encontrábamos en el aeropuerto.

Oh, pero me he desviado del tema: quería contar la historia de la foto con Silvio Rodríguez, una visita que fue emblema del retorno a la democracia, aun cuando el viejo todavía nos estaba auscultando desde su puesto de comandante en jefe, quizás calculando que ese tal Matamala —ahora estudiante de Periodismo— le debía una beca de estudios.

Aprendí a escuchar a Silvio en el hogar universitario en donde todos, sin excepción, llegamos a creernos revolucionarios, al menos por un minuto. Era un tiempo antiguo, cuando vivía amancebado con el cálculo integral y las ecuaciones diferenciales de mi mala suerte. Había obtenido una beca de estudios que me pagaba hasta las cervezas mensuales y que debía cuidar con esmero, porque si la perdía me iba directo a la calle. En el hogar universitario me asignaron a la pieza 250 en la que compartía espacio con otros once estudiantes, era lo más parecido a una cárcel en la que habría de estar, como *Brubaker*, la película protagonizada por Robert Redford y que vimos en esos años. Silvio era el sonido de fondo permanente mientras le dábamos duro a los ejercicios matemáticos, sumidos en el olor a toalla húmeda, a los hongos que colgaban del techo en esos inviernos diabólicos en la ciudad. Pronto le pusimos nombre: Mazmorra 250, y como nos daba por cantar a coro —muy desafinados— nos llamábamos Los Canarios de la 250.

A Silvio lo escuchábamos en casetes piratas que circulaban por el hogar, de esos con la carátula fotocopiada como si fuese una mercadería prohibida por el régimen. A veces lo era. Así que, alimentados apenas por un pan con mortadela fina en la

tarde, nos fuimos envalentonando y salimos a la calle a protestar, cagados de miedo y sin saber mucho para qué. Sin embargo, las mejores historias se encontraban encerradas en el hogar, un par de centenares de muchachos miserables, esmirriados y esperanzados con obtener un logro en la vida, sabiendo que no habría nuevas oportunidades. Por decreto universitario, dos eran las mayores prohibiciones en el hogar: la tenencia de anafes de cualquier tipo, y el tráfico y consumo de cerveza, vinos y alcoholes. Y esas eran precisamente las dos faltas más reiteradas: en un edificio que alguna vez había sido convento de monjas, con el techo elevado a dos pisos, la humedad y el frío mataban. Así que cada uno de nosotros poseía su propio anafe debajo de la silla, junto a las piernas, para calentarse y a la vez calentar el agua de la jarra de té y calentar el pan con mortadela fina. El vino, a su vez, pasaba sin contratiempos por la portería en garrafas de cinco litros escondidas en bolsos. Y vino malo, *bigoteado*, que apenas si podía beberse transformado en candola: lo hervíamos en un jarro, le echábamos algo de azúcar y rodajas de naranja para beberlo caliente, como remedio contra la gripe. Funcionaba. Palabra.

Cada fin de mes recibíamos nuestra remesa de dinero y con eso nos dábamos algún lujo: una completada, un cuarto de queso chanco, pero con el mismo vino pipeño. En mi caso, la costumbre era llegar con una bolsa de cebollas en escabeche, que me recordaba —cómo no— la costumbre de mi padre cada fin de mes, y eso despertaba las burlas de los demás hogareños. Malditos perros.

Ya antes de mi llegada, en 1982, las galerías del hogar habían sido bautizadas con nombres adecuados al espíritu del momento político. La calle principal se llamaba Avenida Salvador Allende, que terminaba en la rotonda Miguel Enríquez, justo en la frontera del Bronx, el sector más helado e inhóspito donde se ubicaba nuestra querida Mazmorra 250. Por el otro lado, en perpendicular, estaba la calle elegante, asoleada, con

piezas para dos estudiantes nada más, ¡y con balcón hacia el patio interior! Allí arribaría un año más tarde, como parte de los oscuros padrinazgos y negociaciones que debíamos cumplir ante la autoridad universitaria para solicitar un cambio de cuarto. No era sencillo.

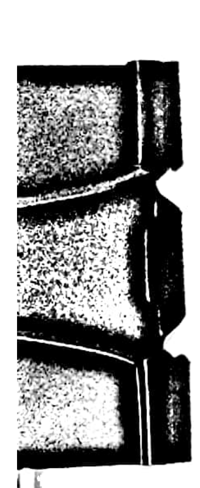
Los nombres de las galerías de los pisos primero y tercero no fueron relevantes, y casi no los recuerdo. Salvo que habíamos aprendido a encaramarnos al techo desde las ventanas del tercer piso y de ahí cruzar al edificio del lado, la antigua Escuela de Odontología deshabitada, y entrábamos como cabros chicos a hurgar en los cachureos, nos sentábamos como alumnos en una de las salas de laboratorio para luego volver a nuestra Mazmorra 250 a escuchar a Silvio Rodríguez como la coronación de una divertida y larga tarde invernal en el hogar.

Un día llegaron a bombardearnos, pero lo merecíamos. En el año en que las protestas mensuales contra la dictadura se iban desgastando, habremos sido el único grupo de osados en la ciudad que siguió armando barullo hasta el final, porfiados. Pese al toque de queda y la amenaza de balas, seguíamos saliendo a la esquina del hogar, Maipú con Angol, para en las noches armar barricadas con rollos de papel higiénico (todas las formas de lucha son válidas, compañero) y esperar más que sea una bombita lacrimógena. Hasta esa noche en que nos las metieron por cantidades: a mano rompiendo los ventanales del primer piso, y a cohetazos por el segundo piso. Nos ahogábamos, era imposible respirar, y adentro cada cual arrancaba por los pasillos hacia donde creía más seguro, algunos en ropa interior recién despertando a la guerrilla. El patio del hogar nos salvó, fue un refugio hasta el amanecer, cuando comenzaba a disiparse el gas de las piezas más afectadas y de los pasillos bajo esas claraboyas enormes en que podía ver las estrellas en mis caminatas nocturnas del insomnio feroz.

Luego de experiencias de tal calado, claro que le hallábamos razón a las más virulentas canciones de Silvio Rodríguez:

La era está pariendo un corazón.
No puede más, se muere de dolor.

Cuando lográbamos la pacificación en los extensos territorios del hogar, volvíamos a la rutina de holgazanear, contrabandear cervezas y amanecernos contando chistes viejos en la Mazmorra 250. Hubo un tiempo largo en que se nos anduvo pasando la mano y dejamos de acudir a clases a las ocho de la mañana. A veces, recién a esa hora nos quedábamos dormidos y despertábamos al filo del límite del almuerzo en el casino de la universidad: sin ducharnos, apenas vestidos, corríamos de una esquina a otra de la ciudad para alcanzar la ración de tallarines con salsa o sopa de albóndigas. Luego, todavía en horario de clases, volvíamos a dormir una siesta a fin de preparar el siguiente trasnoche. Y así nos iba en las calificaciones: un rojo tras otro, hundidos muy abajo en la tabla de los mediocres. Fueron meses de desastre, salvamos las asignaturas por milagros y otros trucos que más adelante detallaré.



Mientras, creíamos descubrir todas las verdades del universo al escuchar "Al final de este viaje", de Silvio, como quien lee la Biblia por primera vez y se convierte a la fe. Ya sabes, mi bella, eso de las sábanas blancas después del amor.

Emancipados como estábamos, la autoridad universitaria nos atacó de golpe con su más siniestra arma: la pornografía. Existía una sala de televisión en la que podíamos ver noticias, y en la que, al principio de la historia, vimos algunos partidos de fútbol del Mundial de España 82. Luego nos trajeron un inmenso reproductor de películas Betamax, no faltó quien pudo conseguir videos piratas y se armaron las sesiones de cine sabatinas con copias en las que poco se podía

apreciar de la trama, la imagen o el sonido. Cine en su casa. Y de repente el Chino (de quien sospechábamos que era un sapo, un soplón entre nosotros, y que años más tarde lo vi de director de un prestigioso colegio), trajo la primera película porno que vi en la vida: *Inside Desireé Cousteau*. La sala de televisión se repletó en función rotativa, y luego venían las carreritas a las casetas de baños para entregarse a los placeres de Onán, que nadie podía negarlo. Éramos muchachos de 18 a 20 años, y hasta ahí mi experiencia con el porno se limitaba a unas malas fotocopias de revistas suecas que circulaban entre mis compañeros de enseñanza media. Así que su merced comprenderá el shock que nos produjo Desireé Cousteau, tetona y rica ella.

Como nos comprábamos todas las voladas conspirativas, creímos que la llegada del porno al hogar era un truco más de la dictadura para alienar nuestras mentes a fin de que dejáramos de joder en las protestas y que nos dedicáramos a estudiar, que para eso nos daban beca. Ahora, a la vuelta del tiempo, esa afirmación es ridícula: la aparición de las XXX en la sala de televisión habrá respondido a una serie de azares, como todo lo demás. Sin embargo, nunca me olvidé de esa primera cinta que vimos traducida a un español caribeño, y la voz cándida doblada de Desireé Cousteau cuando decía: "veo que te gusta mi culo".

Hace unos años encontré esa película en la web, y la bajé de inmediato. La vi, ya no por el placer de la pornografía —hay miles de filmes disponibles infinitamente superiores— sino por la nostalgia de aquel tiempo en que éramos ingenuos y creíamos en las conspiraciones.

THE BEST EROTIC ACTRESS OF 1979
SHOWS YOU HER CLAIM TO FAME!

INSIDE DESIREÉ COUSTEAU

STARRING
DESIREE COUSTEAU
SERENA • SUSAN NERO

VIVID COLOR FOR LADIES AND GENTLEMEN OVER 21 YEARS XXX

3. Club de Regatas Víctor Jara

Por esa época, la universidad había aumentado el presupuesto en investigación, es decir, nos investigaban. Y con mayor razón a todos esos rojos de mierda del hogar universitario que pagan con protestas y barricadas las exenciones de matrícula y la comida que les damos. En una oportunidad de pura casualidad fui testigo de la visita del director de Asuntos Estudiantiles —que era la CNI universitaria— porque, dijo, quería ver la realidad en la que vivíamos. Entró a la Mazmorra 250, saludó y se sentó sobre una mesa. Nos habló con el lenguaje de los jóvenes —cabros, muchachos— y nos dijo que iba a solucionarnos el problema de los hongos colgando del techo. Se llamaba Z, no puedo dar más señas de su identidad. Era un cabrón con buena memoria, porque una década después, cuando yo era estudiante de Periodismo y me dedicaba a las letras, me lo encontré en un cóctel en Santiago. Y no quiso saludarme. Viera usted cómo me sentí de ofendido. Mal rayo te parta, Z, hijo de puta, si todavía estás vivo.

Piolín venía de Puerto Natales y estudiaba Arte, y no lo necesitaba, era un maestro de la pintura y el dibujo. Un tipo simpático con el que entablé amistad en esas largas caminatas de veinte cuadras para llegar al casino a comer una porción de calorías inferior a las gastadas en el trayecto. Siempre estuvimos medio muertos de hambre. Pero Piolín era un afortunado, su pieza se ubicaba en el barrio más elegante del hogar: el Club de Regatas Víctor Jara, esos cuartos para dos residentes, con balcón y sol todo el año. Un sueño. Piolín terminaba su

carrera, se iba, dejaba el cupo, y me lo heredó. Hoy todavía no puedo entender cómo era eso posible en un sistema tan estricto, casi militar, pero un día fuimos juntos a la oficina de Asuntos Estudiantiles, pedimos hablar con el director de los hogares universitarios, y Piolín me presentó como un gran amigo y pidió que me cedieran su puesto de privilegio. Cómo no, dijo el señor, y anotó mi nombre.

Al siguiente semestre ya estaba instalado en la calle elegante, habitada por rojos más de derecha, el *red-set.* Mi compañero de cuarto era Carlos, un estudiante de Educación Diferencial a quien no conocía, y no importaba. Éramos dos compartiendo una pieza amplia, un poco más pequeña que este departamento que ahora habito y por el que estoy endeudado hasta la muerte. Y allí también se escuchaba a Silvio. En alguna parte alguien tenía puesto un casete y esas letras a veces enrevesadas del trovador llegaban a mis oídos cuando intentaba comprender qué era una ecuación diferencial o una matriz de cálculo numérico. Ni idea, la verdad. Tan perdido como al tratar de traducir la canción "La maza":



Si no creyera en la locura
De la garganta del sinsonte
Si no creyera que en el monte
Se esconde el trino y la pavura...

De modo que, como no me sentía bien en la carrera que estudiaba, comencé a dedicarme a otras tareas. Una de ellas, la fotografía, es la que unos siete años después me permitiría pertenecer al selecto grupo de chilenos que pudo acercarse a Silvio a menos de un metro de distancia, aun cuando sus guardias cubanos —supongo que armados, parecían la escolta de Antonio Montana en *Caracortada*— no nos quitaban los ojos de encima. Son esos instantes raros a los que uno llega por decisiones, erradas o no, que vienen del pasado y que abren un

universo paralelo. En alguno de esos universos, de hecho, soy un exitoso y forrado ingeniero civil con una casa de veraneo en Zapallar y un departamento grande y libre de humedad, no como este, y no pierdo en tiempo en escribir *huevás* de crónicas. Los ríos de la vida, que le dicen.

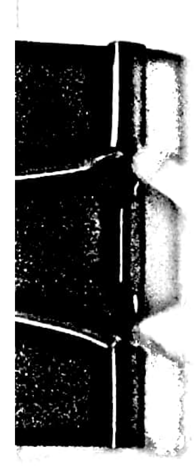
Mi primera cámara fue una de esas chiquitas con rollo de 110 mm a la que había que comprarle bulbos de flash desechables, como una munición que debías cuidar. Luego usé por varios meses una de esas cámaras "de turista", de 135 mm y con un estuche de cuero que en sí mismo era una obra de arte, me la había prestado una amiga del hogar universitario femenino, olvidé su nombre. Con ella tomé las primeras fotos de disturbios callejeros, pero de manera milagrosa: imaginen lo que era desmontar el estuche, tomar la foto, montar el estuche y luego salir arrancando. No era precisamente un corresponsal de la UPI.

Hasta que llegó a mí la Zenit.

Para el segundo año de la carrera había descuidado completamente los estudios, pese a que seguía aprobando asignaturas, aunque a la diabla o con el promedio mínimo. Aquí debo aclarar lo que ocurrió con la beca Pinochet. Lo malo es que *mi general* exigía un promedio de notas muy superior al que mantenía por culpa de los trasnoches y las cimarras. Así que al final del primer año me la quitaron: me llegó una carta del ministerio de Educación en la que también se me aconsejaba apelar a la resolución. Y apelé, claro. Pero me olvidé de ello porque pasaron los meses y nada, hasta que un día, en septiembre de 1983, recibí un sobre en el que un funcionario me explicaba que habían aceptado la apelación, pero que sería la última. Venía también un cheque retroactivo con el pago de todos los meses, desde marzo, ¡nunca había dispuesto de tanta plata junta en la vida!

Con mi amigo Juan Bastías fuimos a celebrar esa noche, vimos la película *Gandhi*, yo me rajé con las entradas al cine y las posteriores cervezas con papas fritas.

Al día siguiente cambié el cheque y fui directo a comprar una cámara Zenit, soviética hasta las patas, modelo EM, el más sencillo de todos. Era de segunda mano, la había visto por varias semanas en una tienda del centro de la ciudad y, como el primer amor, no podía dejar de pensar en ella. Ahora sí me encontraba bien armado para salir a la calle a tomar fotos de las trifulcas. No me costó mucho aprender a usarla y reconocerle sus mañas: era mecánica, con un fotómetro externo muy impreciso que indicaba abertura del lente y velocidad de disparo. Poseía una celda sensible a la luz que se desgastaba con el tiempo. Un nivel de artesanía primitiva por la que deberían pasar los aspirantes a fotógrafos actuales, obligados, cuyos celulares ya son cien veces más poderosos y sofisticados que mi querida Zenit. Fue con ella, o gracias a ella, que me gané las dos pateaduras que he mencionado anteriormente.



Mientras, Silvio cantaba: *Vivo en un país libre…*, y nosotros los burros le creíamos.

Las amenazas de allanamiento se tornaron frecuentes, siempre transformadas en rumores: esta noche vienen, el sábado vienen, el lunes de madrugada vienen. Varias veces escapé del hogar y pedí asilo en la casa de algún compañero de curso ante la certeza de que esa noche sí vendrían a buscarnos. ¿A buscar a quiénes? A mí, no lo creía: yo era un cobarde de quinta categoría, muchos menos que un revolucionario de café. Y de lo único que podrían culparme es que ya me habían visto en la calle tomando fotos en los malones de protestas, y que me sabía de memoria las canciones de Silvio Rodríguez:

En el claro de la luna
Donde quiero ir a jugar
Vive la reina fortuna
Que tendrá que madrugar…

Cansados de tantos rumores, dejamos de creer que vendrían. Y justo esa madrugada, cuando dormíamos, vinieron. Nadie supo, nadie escuchó un ruido raro, tampoco revisaron cada pieza: entraron y se llevaron a los dos estudiantes que —sabíamos— andaban buscando, sin barullo ni gritos ni armas en la mano. Solo al desayuno los conserjes nos contaron que se los llevaron, y que nadie podría haberse opuesto. Al llegar a la universidad, el allanamiento ya era noticia: dos muchachos detenidos sin que supiésemos dónde ni por qué ni para qué. Revuelo, gritos, llantos y algunos, como yo, muy asustados. Tuvieron suerte, como al mediodía se confirmó que a ambos los habían relegado a pueblitos infinitesimales del norte, en la frontera con Bolivia. Pero estaban vivos.

Es decir, no era un juego, por más que los hogareños vivíamos de la chacota y de las garrafas de tinto. Era la época en que todavía mataban gente con impunidad en las calles, secuestraban y degollaban a profesores, quemaban con bencina a fotógrafos y echaban a los militares a meter bala si fuese necesario. Para ellos, por lo demás, la bala era una necesidad incuestionable.

A mitad de ese segundo año, mi compañero de cuarto, Carlos, terminaba su carrera y se marchaba. ¿Me resultaría a mí, un insignificante desconocido, el mismo truco que usó Piolín para heredarme su cupo? Ya desde el año anterior había estrechado amistad con Juan Bastías, y aun hoy, que escarbo en mi memoria de los tiempos del hogar, sigue siendo mi más grande amigo con categoría de hermano. Bastías había quedado atrás, todavía sufriendo las mayores precariedades de la Mazmorra 250, y quería traerlo para que jubilásemos juntos en el Club de Regatas Víctor Jara y su vida de resort asoleada. Con Carlos nos armamos de valor y fuimos al edificio de Asuntos Estudiantiles, pedimos audiencia y, frente a la misma persona que antes nos había atendido a Piolín y a mí, le explicamos la situación. Eso: la situación. Que Carlos se iba, que

yo me quedaba en la pieza, y que deseaba compartirla con un buen amigo del hogar: Juan Mauricio Bastías Guajardo.

Y aceptaron.



La primera fotografía de protestas estudiantiles que tomé y que tiene algún valor histórico. En su momento nunca supe que en el tropel de estudiantes venían mis dos grandes amigos, que mantengo hasta la fecha: Juan Bastías y Elizabeth Lozano.

4. Gracias, San Lautaro, por favor concedido

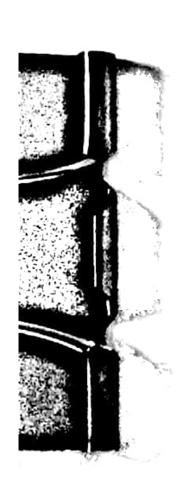
Pese a las tragedias, en el hogar seguíamos con la fiesta permanente, el contrabando de pipeño, las completadas del fin de semana, las barricadas en la esquina, las amanecidas. Y eso que a veces contábamos con ayuda cercana, como cuando descubrimos que Ricotti, un brillante alumno de cursos superiores, era nuestro ayudante en Cálculo III, y vivía a unos cuantos cuartos de distancia. Teníamos clases los sábados, y siempre con un control extremadamente difícil, matemática avanzada que hoy no entiendo cómo pude superar (en parte).

Nosotros lo sabíamos y él lo sabía. Ricotti era un buen amigo, nos habíamos emborrachado juntos varias veces con juergas eternas. Pero nada le pedimos. Hasta que esa noche de viernes Ricotti cedió, le habrá comido la conciencia: nos regaló las preguntas del control del día siguiente, impresas en mimeógrafo, que el profesor de la asignatura le había entregado con máxima discreción. Esa noche, y con amplia ventaja, resolvimos los cuatro problemas matemáticos y los aprendimos de memoria, salvo por Lautaro Brevis, que era un caso distinto.

Desde primer año Lautaro se envició con la mesa de pin pon en el hogar. Paleteaba días enteros con cualquier adversario, no estudiaba, no cumplía las tareas, era flojo a la pala, y sin embargo aprobaba algunas asignaturas por arte de magia. Nuestro chiste para celebrarlo era que todos los estudiantes porros que de milagro pasaban cursos iban a poner en la puerta de su pieza una placa recordatoria: “Gracias, San Lautaro, por favor concedido”.

Lautaro escribió íntegro en un cuadernillo de rigor las respuestas del control del día siguiente. Dijo que lo llevaría oculto y lo cambiaría en el momento oportuno. Amaba el peligro. Nosotros no fuimos capaces. Bastías y yo memorizamos los resultados con la idea de vaciarlos en la hoja durante la hora del control, cosa fácil. Me fue bastante bien en la trampa, saqué un 96, cuando la nota máxima era 100. Lautaro se equivocó y apenas tuvo un 70.

Si habíamos convertido los días de semana en una fiesta, el sábado era todavía peor: las garrafas de vino de mala muerte eran insuficientes para satisfacer la sed. Nuestras almas se hallaban a medio camino entre la juerga y la revolución, pero nunca tan revolucionario como un sujeto alto, flaco y barbudo con voz de barítono de ópera italiana que nos aleonaba en los momentos de mayor crisis, como cuando los carabineros nos metían bombas lacrimógenas por las ventanas rotas. Se llamaba Hugo Gutiérrez, estudiaba Derecho, vivía en una pieza todavía más funesta que mi entrañable Mazmorra 250: la suya era un largo pabellón de veinte residentes con un inequívoco aire de campo de concentración.



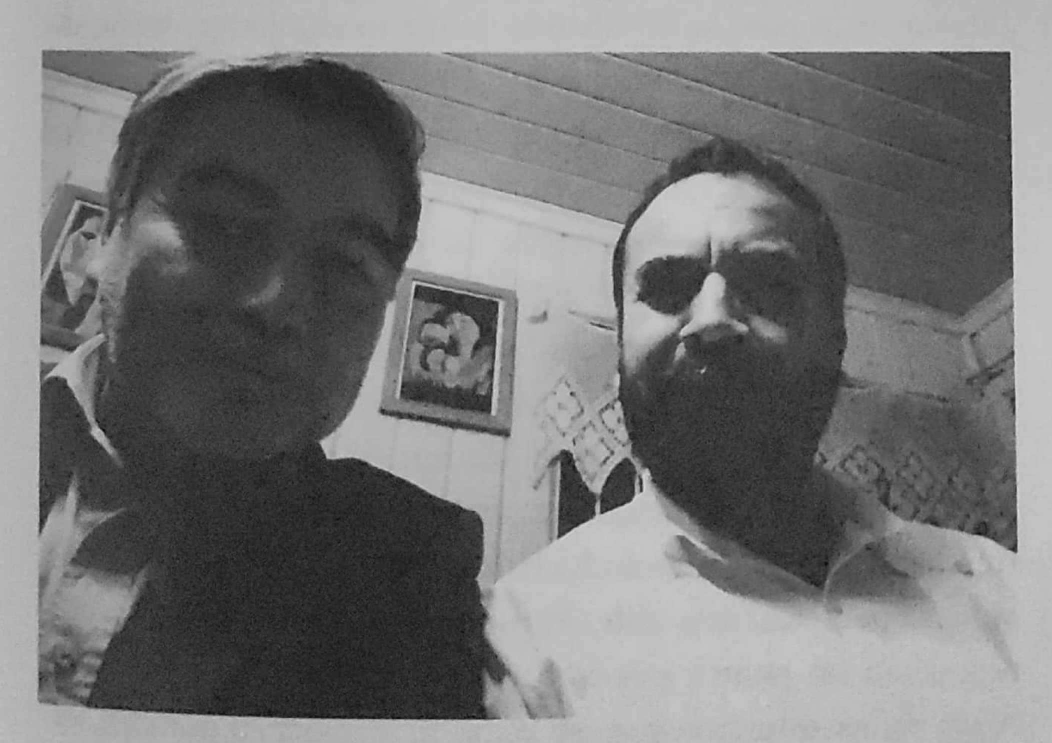
Hugo era bravo, soldado de primera línea. Pero en el trato coloquial era un sujeto divertido y cariñoso, preocupado siempre de nuestro bienestar. Años después le seguí la pista, y una vez nos encontramos en mi departamento hacia finales de los noventa. No había cambiado. Hoy Hugo Gutiérrez pertenece a la primera generación de parlamentarios comunistas elegidos después del regreso a la democracia. Debe ser la mayor estrella de todos los residentes del hogar Maipú, de esa generación dorada que quiso aguarle el baile a la dictadura militar. Por supuesto, no comparto ninguna de sus ideas políticas, pero sigo creyendo que Hugo es un gran tipo, y recordando que compartimos trinchera en un tiempo antiguo y feroz en que a uno efectivamente podían matarlo en la calle, como si nada.

Lo demás da para discurso fúnebre: odiaba la carrera, in-

tenté un traslado interno hacia Artes Plásticas, pero la beca no me lo permitía. Quedé en la calle luego de egresar de tercer año de Ingeniería Civil Electrónica, con todas las ciencias básicas aprobadas, menos Estadística, la que nunca pude comprender. Congelé estudios, así debe versar en los archivos de la universidad, ¿seré capaz de terminarlos algún día? Por supuesto que no. Me gustan los números, pero desde el ámbito de la difusión de la ciencia, y no para volver a calcular jamás la ecuación que describe la cinta de Moebius, por ejemplo.

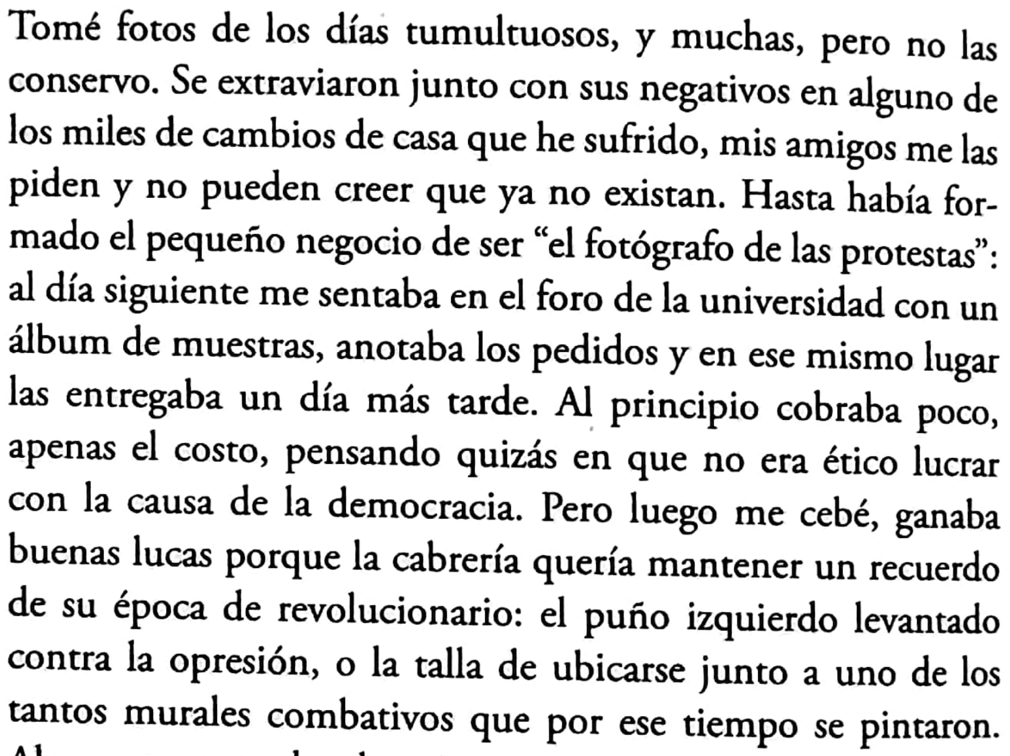
En reuniones con amigos o en las salas de clase siempre lanzo muy rápido la pregunta capciosa de cuánto es dos veces la raíz de dos. Se ríen, se paralizan, creen haber escuchado a alguien hablar en chino. Silencio. Usted, desocupado lector, ¿sabe la respuesta?

Pero ya era un fotógrafo experimentado, había estado incluso cerca de la muerte por el oficio. Así que de pronto —gracias a un montón de personas que debería aquí enumerar y agradecer— comencé a tomar fotos para el diario local, El Sur.



El actual diputado Hugo Gutiérrez era mi vecino en el barrio El Bronx del hogar universitario Maipú 301. Cuando suele venir a mi ciudad nos juntamos a rememorar esa época feliz, pero oscura a la vez.

5. Ver morir a un hombre





Tomé fotos de los días tumultuosos, y muchas, pero no las conservo. Se extraviaron junto con sus negativos en alguno de los miles de cambios de casa que he sufrido, mis amigos me las piden y no pueden creer que ya no existan. Hasta había formado el pequeño negocio de ser "el fotógrafo de las protestas": al día siguiente me sentaba en el foro de la universidad con un álbum de muestras, anotaba los pedidos y en ese mismo lugar las entregaba un día más tarde. Al principio cobraba poco, apenas el costo, pensando quizás en que no era ético lucrar con la causa de la democracia. Pero luego me cebé, ganaba buenas lucas porque la cabrería quería mantener un recuerdo de su época de revolucionario: el puño izquierdo levantado contra la opresión, o la talla de ubicarse junto a uno de los tantos murales combativos que por ese tiempo se pintaron. Algo que mostrarle a los nietos.

El interior de la universidad, ese inmenso campus que sorprende al visitante, era un espacio libertario consolidado. Nadie pedía permiso para instalar unos parlantes y largarse a cantar temas de Víctor Jara, Violeta, Inti, Quila y, por supuesto, Silvio. En los días más álgidos el foro desbordaba de muchachos, los que se motivaban con un par de canciones del cubano para salir a la calle. El problema es que ahí afuera nos esperaban los *pacos* y nos correteaban de vuelta para adentro. A los veinte uno cree que eso es participación en política, expresión de derechos y toda esa macana, pero a la vuelta de los años aquello se aprecia como un juego de niños. Un diverti-

mento que no resultaba si la policía no se aparecía. Recuerdo a la perfección una oportunidad en que salimos hasta la plaza Perú, cortamos el tránsito y esperamos a los uniformados. Y no llegaron nunca. Así que, frustrados y aburridos, retrocedimos hasta el foro para cantar una más del repertorio de Silvio, a veces algo frívolo:

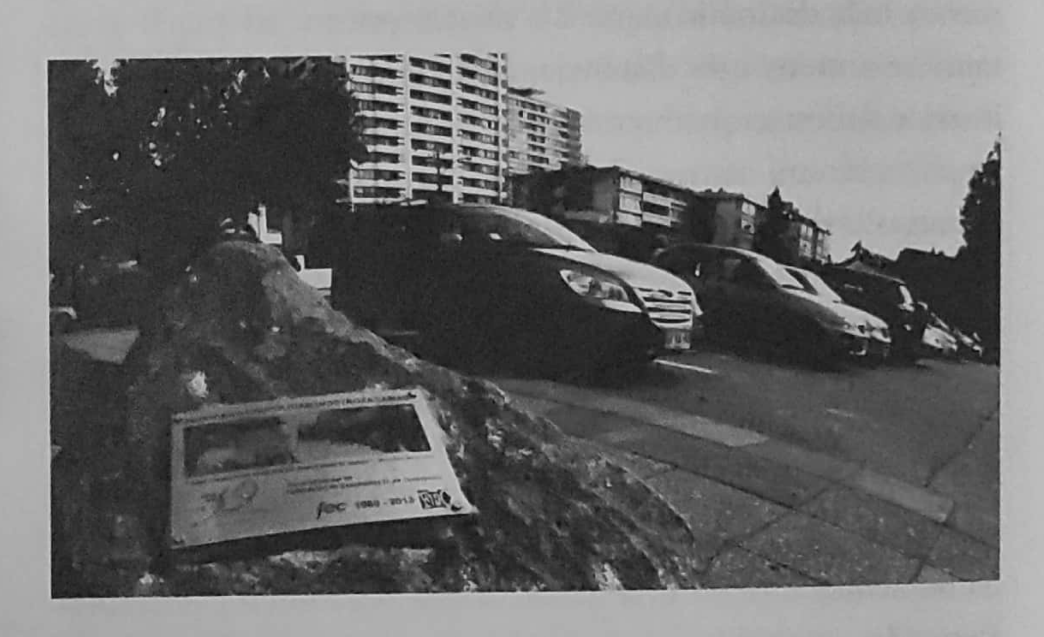
Si fuera diez años más joven, qué feliz
y qué descamisado el tono de decir:
cada palabra desatando un temporal
y enloqueciendo la etiqueta ocasional.

Recuerdo también otra vez en que sí llegaron, fue el momento más dramático que he vivido, porque vi morir a un hombre a metros de distancia. Habíamos arrancado hacia el interior del estacionamiento de la Facultad de Humanidades, yo portando mi cámara Zenit, nos refugiamos en los jardines mientras intentaba tomar fotos de lo que veía. Confieso, muy cagado de miedo, lo que era mi especialidad. Vi un vehículo de carabineros que ingresó al campus, vi que el chofer entreabrió la puerta, vi el cañón de un fusil, oí los disparos hacia el bulto, nosotros éramos el bulto. Me enterré en el suelo y traté de cubrirme la cabeza. A mi derecha, a unos diez metros, cayó un estudiante de Ingeniería. Jamás olvidaré que, por azar, él vestía de blanco entero: una bala le había pegado en el esternón izquierdo y se había fragmentado en su corazón. Sangraba, a los pocos segundos ya era un cuerpo rojo de sangre. Cuando al fin pude ponerme de pie y me acerqué, otros muchachos lo habían llevado a apoyarlo en un árbol, recostado. Le vi sus últimos estertores de vida. Lo siento: solo atiné a tomarle fotos, pese a que tiritaba de miedo.

Tampoco tengo esas fotos, pero por otra razón: la querida Zenit EM era tan básica que con cualquier movimiento brusco se abría y velaba la película. Ya me había percatado

de ese detalle, y le colocaba trozos de huincha aisladora para asegurar la recámara. No obstante, ese día corrí, salté y me arrastré más que en todos los anteriores días de mi vida. La cámara no aguantó. En la segunda carga de los carabineros arranqué hacia los cerros que rodean la universidad, me di una vuelta larga y bajé a la ciudad por el cerro La Virgen, sudado, llorando por lo que había visto, casi vencido por la ansiedad y buscando una ruta para regresar al hogar Maipú. Allí me contaron enseguida que el estudiante baleado había muerto mientras sus amigos intentaban llevarlo al Hospital Regional, que se encuentra apenas cruzando una calle desde la universidad.

En el campus hay una placa que lleva su nombre: Caupolicán Inostroza. Entonces, no siempre era un juego de niños.



Una piedra y una placa recuerdan el lugar en que un estudiante fue asesinado en 1984. Para el momento en que recibió la bala, yo estaba a metros de distancia.

6. Yo estuve ahí

Puedo contar una sola emoción política: la noche del triunfo de la opción No en el plebiscito de 1988. Después se me secó el corazón y odié en general a todo el espectro, a los viejos de la derecha y a los pelotudos de la izquierda. De repente nos cayó la democracia, toda parchada y a media marcha, aunque peor era mascar la hucha. En 1990 ya no estaba tan mal parado, disponía de una cámara Nikon F3, una bestia, y de respaldo para el blanco y negro una Pentax MX, una bestia más pequeña. Trabajaba a honorarios para El Sur, ofrecía ideas de crónicas y cuando me las aceptaban me iba solito a la calle, sin ningún estudio formal de la profesión, por lo que desde el principio he creído que el periodismo no es una profesión, sino un oficio. O como había dicho Jorge Luis Borges: el periodismo es una rama de la literatura fantástica. Ese año también, y como una contradicción, entré a estudiar Periodismo.

La gran noticia de aquel verano de 1990 era que venía Silvio Rodríguez para una única presentación en el Estadio Nacional. Por fin el cantautor prohibido, vedado, vetado, marginado, pirateado, entraba al país por las grandes alamedas y su concierto se anunciaba con entusiasmo en la televisión, esa que nunca antes había emitido siquiera una estrofa de sus canciones. La ansiedad me comía por querer ser yo uno de los asistentes. Entonces se produjo un milagro: el editor de Espectáculos del diario logró acreditarme como corresponsal, fotógrafo de prensa, y me envió a Santiago a seguirle la pista a Silvio con un generoso viático, algo así como diez mil pesos actuales para tres días. De todos modos, agradecí la oportuni-

dad, y debí comprar película con plata de mi bolsillo. Aclaro este punto incomprensible hoy: en esa época uno compraba película, y debía usar al menos dos cámaras al cuello. Para el color se utilizaba la diapositiva, además del blanco y negro de batalla que solía ser más expresivo, más romántico. En lo posible las dos cámaras debían ser de la misma marca, a fin de poder compartir los lentes y no andar cargando dos juegos distintos. Yo no era tan afortunado y llevaba como cinco kilos de equipo al hombro: Pentax y Nikon, la ferretería.

Fue uno de los primeros conciertos masivos en el país, la noche de un sábado de marzo de 1990 el Estadio Nacional estaba repleto para ver a Silvio. Enseguida descubrí que yo era algo así como fotógrafo de juguete, o de provincia, incapaz de competir contra las patadas y los codazos de los viejos zorros capitalinos y extranjeros. Igual me vi obligado a gritar y a saltar vallas para acercarme al escenario, o no tendría una buena toma. Los malentendidos con los guardias fueron la segunda barrera, no nos dejaban aproximarnos, y Silvio ya cantaba sus primeras canciones mientras nos agarrábamos a chuchadas con unos roperos que nos empujaban como a ovejas en un corral. Mi ventaja era que no estaba obligado a enviar material esa misma noche, en un diario de provincia a nadie le importaba una foto exclusiva del cantor cubano en la página de cierre. Así que, cuando la caterva de fotógrafos disparó unos cuantos cuadros y comenzó a marcharse, una media hora más tarde me encontraba solo en la fosa que había entre el escenario y el riel de la cámara de televisión móvil. Solo, y Silvio a unos cinco metros de distancia tras su guitarra entonando "Santiago de Chile" y el Nacional que entraba en euforia:

Allí amé a una mujer terrible,
llorando por el humo siempre eterno
de aquella ciudad acorralada
por símbolos de invierno.

¿Cuánta película me quedaba? ¿Habría conseguido una buena foto siquiera? Se me ocurrió evaluar la posibilidad de acercarme más, no tenía prisa, caminé por la orilla y llegué a un extremo del escenario. El enrejado de los andamios servía como una escalera, y nadie me estaba viendo, ya no había guardias. Me crucé ambas cámaras en bandolera, me fijé en que nada se me fuera a caer, y emprendí la más grande aventura de mi vida hasta ese momento. En un minuto estaba parado en el escenario, escondido en las sombras de los cortinajes había escogido bien, porque en el otro lado se ubicaba el personal de apoyo junto al chamán del artista. Me habrían echado a balazos. Y ahí me encontraba yo, el humilde pendejo de provincia, al costado derecho de Silvio, a unos cuatro metros o menos. Me movía sigiloso, temiendo que me fuesen a expulsar a patadas en cualquier instante, pero tuve las agallas suficientes para levantar la Pentax y empotrarle un precioso lente fijo de 135 mm, una joya de gran luminosidad con la que disparé varias veces: como era antes, click, pasar el rollo, click.

Vi el concierto en su totalidad, vi a una chiquilla que también había traspasado las barreras para subirse a la tarima de la cámara de TV en movimiento, vi que le gritaba con desesperación a Silvio, hasta que logró llamar su atención. La joven le ofrecía una colorida bufanda de lana cruda, quizás tejida por ella, como una ofrenda, quería arrojársela y que él la recogiera. Silvio le indicó que la lanzara al piso del escenario, y así fue. Luego entró corriendo un muchacho de su equipo, la tomó y la llevó a la trastienda. Desde mi puesto vi que el chamán agarraba la prenda y le practicaba unos sahumerios con las manos, recién entonces permitió que el artista regresase al escenario con la bufanda en su cuello, para despedirse por última vez.

Yo estuve ahí. Y meses después todo Chile pudo ver la prueba: Televisión Nacional transmitió el concierto completo, sin cortes, por eso es que me vi. En un paneo de la cámara aparezco detrás de Silvio, más cerca de lo que fue en realidad,

temeroso y con mi chaqueta de falso cuero, confundido entre las cortinas y apuntando mi Pentax como un francotirador. Yo estuve ahí, aunque en la versión de dos horas que hoy se encuentra en youtube no me pillo. Borraron justo mis dos segundos de fama, me ningunearon para que no trascendiese en la historia. Pero yo estuve ahí.

Lo demás es breve. Al día siguiente, domingo, fui a merodear en el hall del hotel en que se hospedaba Silvio y su comitiva. De repente, y quizás por qué fuerzas telúricas, me habían embarcado en un bus lleno de periodistas con rumbo a Pirque, a almorzar con el cubano de la tetralogía de la mujer y el sombrero.

Cuando Silvio nos cantaba desde un casete en la Mazmorra 250, con nosotros sus canarios siempre hambrientos, creíamos que íbamos a servir para una buena causa, nos sentíamos responsables del destino del país. Por eso salíamos a la calle en las noches de protesta, por eso y porque era entretenido, hasta emocionante arrancar y que no te agarrasen. Algo para contar cuando seamos viejos, pensábamos. Y mentira. Por ese tiempo todavía no habíamos descifrado el mar de contradicciones de Silvio, y que su canto de rebeldía no era aplicable en su país en donde se padecía una dictadura peor que la nuestra, con más muertos, con más sangre, y eterna como el sol. Es decir, el cubano vendía una pomada que él mismo no podía comprar.



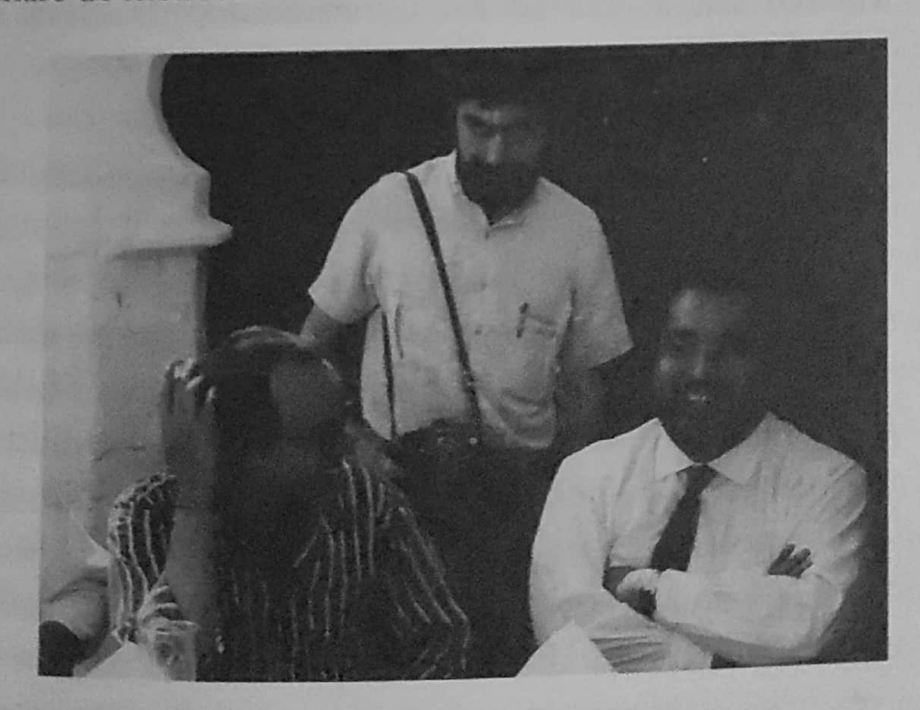
Ay, pero qué lindo cantabas, Silvio, maldito rojo de mierda, hijo de puta cuentero y embaucador de juventudes deseosas de creer en algo, digamos, algo. Juan Bastías y yo fuimos los primeros en tomar distancia de la revolución del hogar Maipú, incluso se nos pasaba la mano en el sarcasmo de nuestros comentarios acerca de las marchas por el campus, las huelgas de hambre, las tomas de facultades, las consignas, los encapuchados, los puños en alto y las banderas de lucha. No creo que haya sido por nuestra comodidad burguesa en el Club de Regatas Víctor Jara, en donde vivían los combativos compañeros rojos de derecha, con el balcón asoleado que una vez transformamos en piscina de medio metro de profundi-

dad. Fue más bien la ventaja de no tener velas en ese entierro y anticipar que los más mediáticos líderes estudiantiles —los que caían presos, los que eran apaleados, los que aparecían en la prensa— solo estaban juntando créditos para una placentera vida de políticos profesionales apenas el viejo Pinocho aflojara los pantalones. Y faltaba poco.

Los residentes del Hogar Maipú 301 no nos dejamos crecer la barba ni nos fuimos a la sierra a armar la revolución, pero nos sobró pana para causar más que sea un poco de ruido en las calles aledañas, con la cortina musical del trovador cubano como el emblema de los tiempos:

Esto no es una elegía,
ni es un romance, ni un verso.
Más bien una acción de gracias
por darle a mis ansias razón para un beso.

Y si te vas de esta tierra antes de mí, Silvio querido, te echaré de menos.



Matamala famélico y barbón al centro, armado con una Nikon F3, entre Silvio y el entonces ministro Enrique Correa, a quien no pude echar para el lado y sacarlo del cuadro.

7. La FISA y un encuentro con el viejo

El Instituto Politécnico de Curicó impartía una enseñanza, justamente, técnica. Al salir de cuarto medio uno debía rendir un examen ante la Secretaría General de Telecomunicaciones y, en mi caso, titularme de técnico eléctrico y comenzar una auspiciosa vida laboral en un campo ocupacional impresionante:

Arreglo de lámparas de escritorio.

Electricidad de automóvil.

Bobinado de motores.

Cambios de resistencias de planchas.

Mantención de enceradoras, refrigeradores y lavadoras de ropa.

Instalaciones eléctricas menores de inmuebles.

Si usted necesitaba que le cambiase una ampolleta, ahí estaba yo.



Por supuesto, me he olvidado de todo eso debido, en gran parte, a la beca de *mi general* y a la oportunidad que me dio de buscar un nuevo destino. Sin embargo, cuando suelo hablar de física teórica en mis clases y trato de explicar los muchos mundos paralelos que nos sugiere la mecánica cuántica, doy como ejemplo ese universo de un Matamala venido a menos que se quedó anclado en Curicó, que abrió un pequeño taller de reparación de electrodomésticos, que se casó, tuvo tres hijos y se separó, que engordó como vaca por el divorcio, que se convirtió en un pelado hipertenso, inseguro y cascarrabias y que un temprano día de principios de este siglo se le puso tieso

el brazo izquierdo, cayó al suelo con una mueca de espanto y quedó ahí, mirando el cielo para siempre.

De miedo.

¿Dónde estaba *mi general* para salvarme? Es aquí cuando debo contar la historia increíble de que lo conocí, no tanto como para saludarlo y darle las gracias por la paleteada, sino apenas un segundo en que lo vi pasar rodeado de su escolta de pretorianos.

Si bien hoy es muy común que los cuartos medios realicen las llamadas giras de estudios —que son más bien periplos iniciáticos de alcohol— a lugares tan exóticos y lejanos como Brasil o el Caribe, a veces incluso en avión, a nuestro famélico Politécnico y sus apoderados no les dio para tanto. El viaje que coronaría tantos años lectivos de amistades y complicidades consistiría en meternos a las seis de la mañana en una micro pirata, contratada para tal efecto, a fin de conducirnos a Santiago a un día de visita en la FISA, la Feria Internacional de Santiago. Nada más.

Estábamos en 1981, la FISA lucía en el momento de mayor auge de la apertura hacia los mercados externos, siempre que esos países no se fijasen en las rumas de nuestros muertos (o tal vez se fijaban y les importaba una zapatilla, negocios son negocios), lo que conllevaba un cúmulo de chucherías inútiles venidas de Oriente y que encandilaban los ojos de estos chilenitos pobres del tercer mundo. Se nos notaba la ojota y la chupalla.

Entonces fue que lo vi, y es menester contarlo en cámara lenta.

Quizás por qué trampas del azar ese día de nuestro "viaje de estudios" coincidió con la visita de Pinochet a la FISA. Nunca supimos, y de haberlo sabido no le habríamos dado importancia. Aun cuando nos separamos al interior del recinto, yo paseaba con varios de mis compañeros más cercanos. Nos acercábamos a la entrada del stand de Japón y notamos

un tumulto leve, alguien venía saliendo y concitaba la atención, pocos aplausos en el fondo. De pajarón me quedé parado casi en el medio del pasillo de acceso, de pronto tenía a mi lado a unos sujetos de lentes oscuros, trajeados y feroces que abrían el paso, venía *mi general.*

Tres metros de distancia.

Dos metros de distancia.

Un metro de distancia.

El campo libre entre nosotros, entre el general y el futuro becado del general. Era como de mi estatura, de rostro rosado y manos en la espalda, con sus decenas de insignias y condecoraciones de general del universo y almirante del mar océano. Si hubiese estirado la mano le habría tocado sus charreteras, eludiendo a su guardia de acero que me había dejado dentro del ruedo de seguridad, qué gran error de coordinación. Muchos años después, cuando reaparecerían estos recuerdos, me tiritarían las rodillas al pensar que estuve tan cerca del viejo, del criminal, del ladrón, del desalmado. Del fresco de raja, esposo de la fresca de raja que es todavía más odiable.



A esa altura de mi vida, claro, era imposible que hubiese tenido una perspectiva tan precisa de los hechos.

En la sorpresa, todo transcurría con lentitud. Cuando Pinochet ya me daba las espaldas y yo giraba para verle sus manos de melocotón, uno de mis compañeros —evidentemente más informado que yo— dijo en voz baja: "viejo de mierda", casi inaudible. Pero no tanto, porque uno de los guardias lo oyó, lo buscó y le dio un combo en la guata tan certero que lo botó al suelo y lo dejó ahí, vomitando bilis. Pocos segundos después, la comitiva presidencial había desaparecido. Debimos socorrer a nuestro compañero *kamikaze* para incorporarlo y limpiarle las babas del vómito.

Sin comprender su peso histórico, había presenciado el primer acto represivo del régimen militar.

Ninguno de nosotros aquilató ahí la experiencia que ha-

bíamos vivido los cuasi egresados de cuarto medio, y por fortuna mi memoria todavía no me abandona: estuve a un metro del viejo de la beca, su escolta me pasó de refilón y estoy aquí ahora para contarlo.

Otra coincidencia es que la FISA de 1981 marcó el auge de esa milagrosa recuperación económica de la que se ufanaba el régimen militar. Desde autos japoneses de último modelo hasta los primeros citófonos con que nos deteníamos a jugar como cabros chicos que éramos —aló, aló—, la feria reflejaba un Chile moderno, competitivo y alegre, dispuesto a saltarse al desarrollo en un par de años más. A los militares les estaba resultando la isla de paz y tranquilidad que pregonaban. El dólar se hallaba fijo por varios años a un precio hoy irrisorio, 39 pesos, por lo que cualquier guarifaifa que viniese del extranjero era una ganga: mi madre me había regalado un paraguas plegable chino que le había costado 150 pesos.

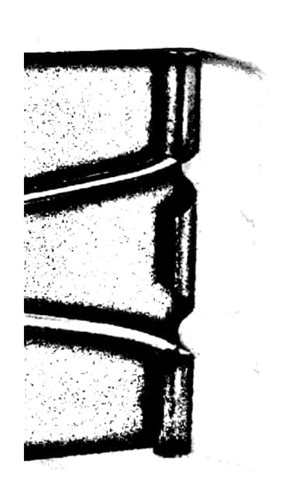
Era cuestión de pasearse por la FISA: la economía chilena estaba sólida, y creciendo.

De vez en cuando *mi general* debía responder preguntas malintencionadas de la prensa: "No, el dólar no va a subir".

Hasta que de repente en marzo de 1982 el dólar subió un poco, poquito. Cayeron los bancos, las empresas grandes y pequeñas, se empezó a gestar la serie de televisión "Los ochenta", tropezó Chile entero y, para más remate, en el Mundial de Fútbol de España nuestro querido Carlos Caszely desvió un penal. Como versa el refrán, solo faltaba que salieras a la calle y te meara un perro y te cagara una paloma.

Aquí viene la paradoja dedicada a la risión de mis amables audiencias: mientras Chile entero se iba a las pailas, con una cesantía que ligerito se encumbró por el 33% oficial, aunque el número real era mucho peor, a mí me iba bien. En parte gracias la beca de *mi general*, unas sustanciosas lucas que entraban al bolsillo pero que tampoco me habrían permitido dar el salto a la educación superior.

Ese milagro se lo debo a otro nombre, y a mi karma de la sucesión de azares que me mueven por la geografía patria, que me atizan con grandes periodos de soledad y que, después, me dejan en el mismo lugar: aquí, para contar la historia de la beca Pinochet.



8. La beca y los Hawker Hunter

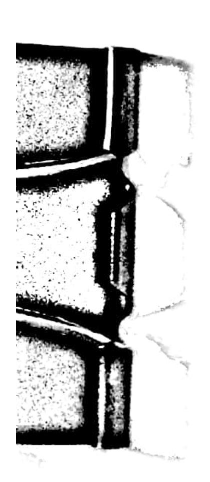
Esa tarde del 11 de septiembre de 1973 vi que mi padre celebró con un vecino que se había colado por el panderete, quizás con una copa de coñac nacional, ambos brindando por el fin de la Unidad Popular. Vivíamos en La Unión, en una casa pintada de blanco y una cerca de madera de esas que veíamos en las películas gringas de los años 50. Era el paraíso. Como a las once de la mañana de ese día particularmente soleado, mi padre nos fue a retirar al colegio a mi hermana y a mí, todos los demás apoderados andaban en lo mismo. No había explicación, y de haberla tampoco la hubiésemos entendido, algo ocurría en el país. Cualquier cabro chico salta de felicidad si lo sacan de la escuela de manera justificada, anótenme ahí.

La Unión no era precisamente un pueblo de convulsiones políticas severas, no había encono de clases sociales ni brigadas paramilitares dispuestas a tomarse las calles en una guerrilla sin retorno. De seguro no habrá habido un guanaco o una lacrimógena en los cuarteles de carabineros. La noticia de un gobierno en la debacle y una amenaza de golpe de Estado nos llegaban de manera lenta, como cuando Cristóbal Colón necesitaba anunciar en España que había descubierto acá un nuevo mundo. Y allá tardaban en saber que, efectivamente, el mundo era redondo.

Mi padre trabajaba en la industria Iansa, teníamos un buen pasar en una casa bonita que nos prestaba la empresa. Pero apelo a recuerdos contradictorios: mi papito que llegaba con tarros de leche condensada y los escondía en la esquina

más oscura del closet, una especie de clandestinidad alimenticia. O esa sombra en el aire de que algo malo iba a suceder en poco tiempo, pese a que estábamos tan lejos del tumulto y las reyertas de la capital.

Y vino el golpe, el tan anunciado golpe. Ese día almorzamos temprano, felices de no volver a la escuela, y luego me junté con mis vecinos, los Hott y los Velázquez, en el patio de nuestra casa que tenía unas pequeñas lomas de jardín como para recostarse. Ahí, echados y mirando el cielo, como a las cuatro de la tarde vimos pasar dos aviones en vuelo rasante. Muchos años después, cuando los aviones se convertirían en mi pasión, pude establecer los nexos históricos: esos aparatos que vi eran Hawker Hunter, idénticos a los que unas horas atrás habían metido cohetes por las ventanas de La Moneda. En el terremoto del 27F perdí mi maqueta de escala 1/48 de un fabuloso Hawker Hunter, pero con matrículas inglesas porque años después las tiendas especializadas en el modelismo —europeas o norteamericanas— vendían las calcomanías de las insignias chilenas de los aviones que ese 11 de septiembre habían acertado un pleno en el palacio de gobierno. Nunca las quise, me daba empacho celebrar lo que no se debía celebrar.



El toque de queda se anunció para las cuatro de la tarde, y a esa misma hora mi padre comenzó a arrimar colchones en las ventanas de los cuartos que daban a la calle. Algo sabía él que yo no sabía. Había una enorme posibilidad de balas, y un colchón no las detenía como un escudo de acero, pero al menos las desviaba. ¿Podría eso salvarnos? Todos dormimos en el piso esa noche.

Así que lo vi celebrar, pero lo exculpo de cualquier intencionalidad política: la gran mayoría de los chilenos no sabía ni calculaba lo que vendría. La ignorancia de los primeros días después del golpe fue determinante. Se pensaba que era una situación pasajera, un par de semanas de excepción y listo.

Así lo refrendan esas imágenes de los ciudadanos que el 12 de septiembre iban a mirar los daños causados en el bombardeo de La Moneda como si fuese un día de paseo, una tarde de esparcimiento turístico que merecía una foto de los forados que habían causado los cohetes lanzados por los Hawker Hunter, como los que vi desde el patio de mi casa en La Unión.

Sin tener conciencia de ello, al amanecer del 12 de septiembre el mundo había cambiado, pero en La Unión se notaba muy poco. Más que nada, un niño de nueve años lo notaba muy poco.

Aquí es donde entra a tallar la citroneta en mi historia.

Por su diseño y mecánica, las citrolas fueron únicas e irrepetibles, y todavía más aquel modelo que fue ideado y armado solo en Chile, en los años sesenta: la Azam, bajo la muy onírica política de la sustitución de importaciones de aquel tiempo. Era una especie de sedán que derivaba del tipo más conocido, el AX330, conocido también como 2CV. Entremezclando el cariño y el desprecio, a la Azam le decían el wáter porque sin dudas eso parecía: un inodoro en cuatro ruedas.

Mi padre tuvo una citrola Azam, ahí me recuerdo de niño copiloto tratando de entender los cambios de marcha con la extensa palanca que emergía del tablero. O el práctico sistema de aire acondicionado que consistía en unas ventanillas que se abrían al frente, nada más. Un dato curioso: el freno de las citronetas anulaba la amortiguación, el vehículo quedaba tieso en la calle, y en la esquina al soltar el pedal de freno comenzaba a balancearse unos segundos. Por eso el humorista Coco Legrand contaba que las citrolas eran vehículos amistosos, porque el conductor quedaba cabeceando ante la mirada de los peatones, como si les dijese: "adelante, pase usted".

El golpe estaba tan anunciado que los gerentes de la industria Iansa ya tenían un modelo de expansión apenas cayera el gobierno de la Unidad Popular. La empresa necesitaba activar su más reciente planta, ubicada en Curicó, un pueblo pequeño

de la zona central famoso por la generosidad de su tierra: frutas y hortalizas crecían ahí como en Jauja. Septiembre 12, 13, 14, 15... toque de queda a las cuatro de la tarde que con mis amigos burlábamos saltando por las tapias interiores. Por lo demás, en un pueblo tan pequeño nadie nos iba a meter bala por esa actitud de resistencia y rebeldía.

Entonces llegó la orden de la empresa, debíamos mudarnos a Curicó. Empacamos en pocas horas, un camión de mudanza se llevó nuestras pilchas por anticipado y la noche del 21 de septiembre —apenas diez días después de los cohetes en La Moneda— dejamos para siempre nuestra casa y nos fuimos a pernoctar en un hotel con la finalidad de emprender de madrugada el rumbo de ochocientos kilómetros hasta Curicó. Todo estaba resultando bien, salvo por un problema: mi gato, Chito, mi querido gato.



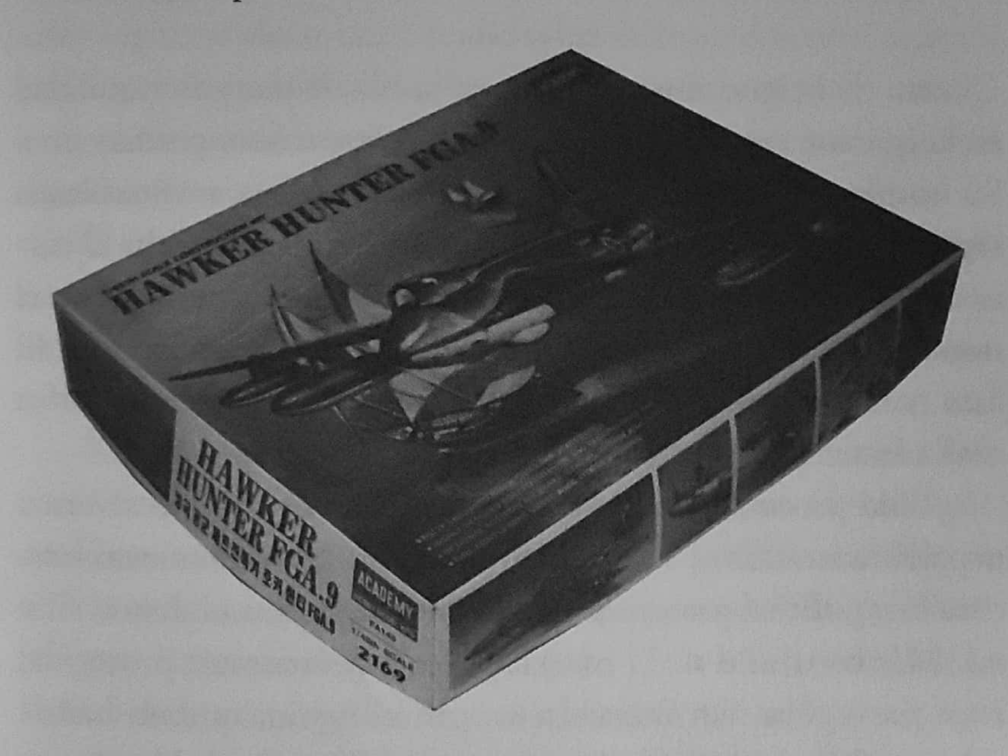
Esa noche dejamos a mi gato solo, abandonado en ese páramo en que ya no vivía ni una persona. Fue terrible. Para todos los días que me restan de vida, siempre recordaré la emoción de esa madrugada cuando —antes de emprender la marcha hacia el norte desconocido— pasamos a buscar a Chito. Todavía no amanecía, nos estacionamos al borde de la vereda de mis juegos de la infancia, frente a la casa que había sido nuestra, mi mamá abrió la puerta de la citrola y gritó su nombre: ¡Chito! En pocos minutos apareció maullando: por qué me dejaron acá botado, dijo de seguro.

Mi gato subió al vehículo, se acurrucó en mi regazo y nos fuimos. La familia estaba completa. A esa misma hora de ese día se estaban concretando en el país muchas familias incompletas, desmembradas, varios de cuyos integrantes jamás volverían a aparecer o, en el mejor de los casos, serían recogidos flotando en el río Mapocho o en cualquier acequia de la patria de los tristes.

Con menos potencia que una moto mediana actual, la citrola nos llevó hacia afuera de La Unión para encontrarnos

con la Ruta 5, que hoy es una autopista doble y lujosa de Santiago a Puerto Montt, pero que en esa época fatídica no era más que una huella pobre que invitaba a la aventura y la desgracia: nadie podría atreverse a circular por ella con un vehículo de mentira, en toque de queda y en el momento más oscuro de una dictadura militar que rifaría muertos por 17 años.

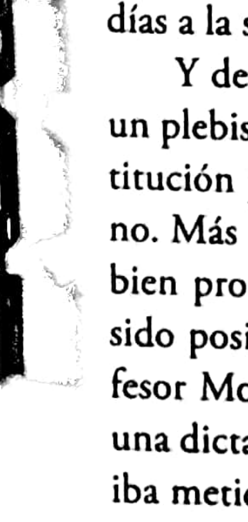
Ese era el panorama.



Un Hawker Hunter en escala 1/48 que armé y perdí en el 27F. Idéntico al que bombardeó La Moneda, pero con insignias inglesas.

9. La beca y las urnas de *mi general*

Dentro de la ignorancia supina en la isla de paz y tranquilidad en la que me encontraba, hubo un profesor. Siempre hay uno. Su nombre es Mario Molina, entablamos cierta amistad hacia segundo año de la enseñanza media mientras él dictaba el curso de Electrotecnia, muy divertido, de veras, no se fijen en el nombre. Era mi época de hambre, su familia me acogió en su casa como uno más de los hijos: allí pernoctaba y comía varios días a la semana. Les debo dos veces la vida.



Y de pronto, en ese enero de 1980 *mi general* convoca a un plebiscito libre e informado para aprobar una nueva constitución política para que rigiese la vida de los chilenos. Sí o no. Más bien, sí o sí. El marxismo o la democracia protegida, bien protegida. Sin intentar un proselitismo, que no habría sido posible debido a mi carácter de idiota ejemplar, el profesor Molina quiso explicarme cuál era la situación del país: una dictadura que conculcaba las libertades de expresión, que iba metiendo un montón de muertos bajo su alfombra y que deseaba legitimarse con un papelito aprobado por amplia mayoría. Y cumplió su cometido con creces. No le entendí mucho a don Mario, no tenía de dónde agarrarme para abrir los ojos.

El de 1980 es el segundo plebiscito más chanta y más arreglado de toda la historia patria, solo superado por esa burrada de consulta de 1978 en que los chilenos debían pronunciarse por la continuidad del régimen militar ante las presiones de la ONU debido a la violación flagrante de los derechos

humanos, dato que solo se sabía en el extranjero. Adivine el resultado.

Para aprobar la nueva constitución, la amenaza —difundida en los medios de prensa— era que a cada votante se le mancharía el dedo gordo de la mano derecha con una tinta indeleble, imposible de limpiar, para que no se tentase de sufragar dos veces por la causa de los marxistas. Ah, aclaremos que no había registros electorales, nadie sabía cuántos éramos, cuántos votarían y en qué local de votación. Tampoco se pudo consignar cuántos cumplieron el deber cívico de apoyar a *mi general*, digamos: hartos. La nebulosa perfecta para una distopía.

El único sistema de control fue un corte en la esquina de ese antiguo carné de identidad de color verde que parecía una libreta, casi con un índice de temas o revista de variedades que solo los cincuentones recordamos.

Yo no votaba, era muy joven y a la vez muy huevón. Pero esa tarde el profesor Molina me mostró orgulloso su dedo gordo después del sufragio: ni un indicio de la tinta terrible que sería el estigma de los que osasen pasar por sobre la ley electoral que, dicho sea de paso, no existía. Don Mario se había lavado el dedo con jugo de limón, y le había quedado tan limpio como todos los demás dedos de la mano. Es decir, había riesgo de fraude, los marxistas podían dar vuelta la historia, y Pinochet habría tenido que huir a una isla paradisíaca del Caribe con apenas su jubilación de empleado público, refunfuñando por la mala hora en que aceptó el consejo de unos civiles pelotudos de derecha que le dijeron que en las urnas se afianzan los regímenes de facto.

Mi general tenía otra idea de urna para consolidar su régimen, la que aplicó desde el primer día de su mandato. Ya sabe, las víctimas flotando en el río Mapocho, y que a nadie se le ocurriese reclamar.

Y por supuesto que triunfó la opción Sí, ya teníamos nueva constitución de la república, flamante y a la medida, como

un traje de sastre. Algarabía en las calles, y Pinochet que aparecía sonriente en las fotos de prensa y en las notas de televisión, como un mensaje al mundo de que aquí, en este pequeño país, el marxismo había sido derrotado por la voluntad popular. Afuera, sin embargo, nadie le creía a ese huevas, cuestión que nosotros no podíamos saber, con la excepción de los que ponían oreja a "Se escucha Chile", a través de la onda corta de Radio Moscú.

Eran buenos tiempos para *mi general*, le había resultado a la perfección el chanchullo del plebiscito y —de milagro— la economía del país demostraba índices positivos aunque, lo supimos después, se trataba solo de una cáscara, una ilusión que tardaría menos de dos años en reventar.

¿En qué andaba yo? Pues, mirando las vitrinas de las tiendas en ese fallido invento ochentero del centro comercial tipo caracol. Si hasta en Curicó, un pueblo pequeño y modesto, la especulación dio para que levantasen uno. Baratijas de China, Corea y Taiwán que de pronto se tornaron imprescindibles, lo queríamos todo:



Lápices con un reloj de cuarzo empotrado en su parte de arriba.

El guepardo encadenado a sus dos pequeñas crías.

El especiero de plástico.

La tapa hermética para botellas de vino a medio consumir.

El aplastador del tubo de pasta de dientes para aprovechar hasta la última porción.

El felpudo con la palabra *welcome* impresa.

La manito de plástico para rascarse la espalda.

El juego de luces de intermitente para las bicicletas (que casi me compré).

En fin, el mango de palo de golf con reloj de cuarzo, el churúmbano y la espiroqueta, como mencionaba mi amigo Hernán Vidal, Hervi, en su página del cómic llamado "Supercifuentes, el justiciero", que se publicaba en *La Bicicleta*,

una revista cultural contestataria que vine a conocer unos años después.

Era eso y el tercero medio, año en que empecé a calcular que deseaba entrar a la universidad, por lo que me esforzaba al máximo en cada asignatura a fin de lograr un buen promedio general que me permitiese postular a becas. Si hasta en Educación Física, mi eterno talón de Aquiles, empecé a sacar notas favorables porque me puse a entrenar antes de cada calificación: imaginen al enclenque Matamala corriendo a las seis de la mañana por la avenida Manso de Velasco de ida y vuelta a fin de presentarse en mejores condiciones al tristemente famoso Test de Cooper. Dos décimas de nota por encima de mi estigma de eterno deportista fracasado, y me daba por satisfecho. Para las pruebas de deportes que implicasen una pelota, mi desempeño era trágico.

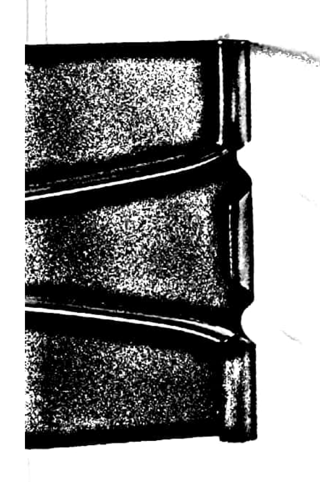
Instinto de supervivencia.

Y también estaba el hito de la moda de aquel año. Si antes de la apertura de los mercados un pantalón de tela de mezclilla, o jeans, constituía un contrabando, ahora cualquier chileno con pocas lucas podía comprarse una prenda de llamativas costuras blancas o amarillas, y "de marca". Antaño existió una tela de mezclilla de fabricación nacional, pero de tan mala calidad que desteñía hacia el morado, casi como una betarraga. Les llamaban "pecosbiles", aludiendo a un personaje del firmamento creativo del norteamericano Walt Disney cuyo nombre era Pecos Bill, y que se caracterizaba por sus pantalones de jeans en el lejano Oeste de los gringos.

Antes, ¿cómo se conseguía un pantalón que no se convirtiese en betarraga? En la universidad un compañero de curso me contó que él y sus padres viajaban con frecuencia a Mendoza, Argentina, ¿vio? Practicaban el antiguo arte del matute, es decir, comprar a la buena allá y vender a la mala acá, con una suculenta ganancia. La dificultad era el paso por la aduana, por lo que mi amigo se colocaba cuatro pantalones, uno

encima del otro y de tallas ascendentes. Quedaba tieso como un caballo de fotógrafo, pero el truco resultaba. Luego, en Chile, tenía cuatro jeans para vender, y no faltaban compradores.

El primer jeans que pude comprar con mi propia plata, es decir, con la plata que recibía de *mi general*, fue recién en 1982 cuando ya cursaba Ingeniería. Nunca olvidé la marca que ya no existe, un furor en la juventud ochentera: Parada 111.



10. Una pensión en Letonia

Ingeniería Civil Electrónica, primer año, setenta matriculados. De acuerdo al puntaje de la Prueba de Aptitud Académica, PAA, ingresé en sexto lugar. En algún rincón de mi biblioteca guardo el recorte con los resultados en el diario La Nación que lo corrobora, por si su merced no me cree. Éramos tantos en un curso tan impersonal que en los controles y certámenes debíamos identificarnos con el carné de identidad antes de responder las preguntas, ya se sabía que un estudiante porro podía pedirle a un amigo de un curso superior que le rindiera la prueba.

Venía de un pueblo pequeño, de una escuelita privada-pública que se ufanaba de ser "instituto", aunque era un liceo común, y ahora recién conocía que en Chile existían las clases sociales. En el curso de Ingeniería por primera vez vi a muchachos de la clase alta que habían egresado de colegios de élite y de matrículas carísimas, estacionaban sus automóviles afuera de la sala y tenían 18 años de edad, como yo. Solo había visto algo así en las películas gringas en las tardes de cine de los 70.

Ah, una belleza de compañera de curso, muy elegante, como para enamorarse, había aparcado su auto frente a las escalinatas del aula 21, la más alejada del campus. Era temprano, nos sentamos a conversar, le conté la historia de mis pellejerías y del modo en que había postulado a la beca de *mi general* y la había ganado. Ella, como si le hubiese hablado de caramelos, me acotó: puchas, de haber sabido también postulaba a esa beca.

El escenario pintaba para sumarme a la lucha de clases, en pos de la dictadura del proletariado, compañero. Pero yo no cachaba ni coco. Venía recién emergiendo a la realidad, y pronto comprendí la enorme brecha entre la rasca educación pública y la fastuosa educación privada: mis pergaminos de buen alumno se acabaron en el mes inicial de controles y calificaciones. Me iba como la mona. Nunca olvidaré mis primeras notas, aquí confieso. Álgebra: 16. Cálculo: 23. En esa época se ponderaba de 1 a 100, y el 51 era el equivalente al 4 azul clásico de la escuela. Qué lejos estaba.

Pero *mi general* tenía fe en mí, y desde marzo de 1982 comencé a recibir su estipendio mensual, platita sabrosa con la que me compré unas botas para el invierno penquista que me duraron muy poco porque las quemé al intentar secarlas en el anafe luego de una tarde de diluvio universal. Por ese entonces, en Pencópolis llovía como si recién se hubiese inventado la lluvia. No como esas lluvias de mentirita de ahora y que tanto asustan a los capitalinos que claman piedad al cielo cuando ven que corre un poquito de agua en las calles. ¡Acabo de mundo!



Aparte del proselitismo político al interior del hogar universitario, que me convenció en poco tiempo, tenía la presión de un compañero de curso en Ingeniería: Osvaldo Vásquez. Vivía en una lujosa pensión a una cuadra de la universidad, un sitio de privilegio, él era amigable y generoso, provenía de Temuco. Alguna vez estudiamos juntos para una prueba, y me superaba en su preparación académica. Su familia había sufrido los padecimientos del exilio de Pinochet, un hermano suyo se había quedado en Suecia. Por eso Osvaldo era feroz, un encapuchado de primera línea de batalla para enfrentar a la policía. Me contaba de sus hazañas tirando piedras y bombas incendiarias, y a mí esa forma de protesta no me cuadraba. Yo fui de los tontos pacíficos que a lo más levantaba la mano enarbolando los dedos de la paz, la V.

Más me interesaba la historia de Osvaldo con su casera,

una octogenaria señora de origen ruso, de Letonia, que hablaba unas pocas palabras en castellano. Cuando yo tocaba el timbre de su casa y preguntaba por Osvaldo —y si no estaba—, ella, con mucha dificultad lingüística, me decía: "no estar". Tenía dos perros pequeños. Cocinaba, y muy mal. Osvaldo me decía que todos los días la señora de Letonia le llevaba de regalo un postre, aparte de los estatutos del contrato de pensionista, y era pestilente. Como una pieza de hotel de cinco estrellas, el cuarto de Osvaldo se ubicaba en el segundo piso de una casa grande y moderna que todavía existe y sigue siendo privilegiada junto a la universidad. Mi amigo había inventado el hobby de recibir el postre, muchas gracias, y botarlo por la ventana para que se lo comiesen los perros, que ya se habían acostumbrado a esperarlo. Más de una vez fui testigo de ello.



Parafraseando un pasaje de la Biblia: de los postres será el reino de los revolucionarios.

Con el tiempo le perdí la pista a Osvaldo, un sujeto muy querible, quizás si habrá emigrado a Neltume, o a las montañas de Suiza.

Mientras, en clases seguía recibiendo calificaciones horrorosas, una vergüenza con la que peligraba la beca de *mi general.* No obstante, cosa curiosa, me iba muy bien en Física. Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento... No, solo así: muchos años después, frente al pelotón de profesores de postgrado, presentaría mi tesis de magíster acerca de la física teórica en la obra de Jorge Luis Borges. Un tema, como sospecharán, muy popular. Aprobé con distinción.

Pero quiero regresar a esos días de la capucha y las piedras de Osvaldo. Éramos muy jóvenes, y la historia nos echó encima una responsabilidad para gigantes. En mi caso, con humildad, solo puedo consignar que estuve ahí: fui un espectador. Mi contribución no figurará en los libros, nadie se acordará de mí. Si me hubiese ido a la sierra a armar la revolución, tal vez habría sido distinto.

11. Mi gato marxista

Se me ocurre que mi gato sabía algo que no me dijo, porque tendía a arrancar y esconderse cada vez que veía a militares armados. Luego nos costaba encontrarlo y traerlo de vuelta a la citrola de mi padre. Todo había comenzado esa mañana turbia del 22 de septiembre de 1973 en que emprendimos la emigración desde La Unión a Curicó. En un tiempo tan antiguo que la Ruta 5 no era más que una idea vaga de calle medianamente asfaltada, regada de hoyos y salientes, algo así como una autopista del apocalipsis. Y ahí veníamos nosotros y nuestro gato, cuando el olor a bala todavía no se apagaba en el aire. No puedo recordar cómo pudo ser eso posible, mientras el toque de queda se mantenía en las seis de la tarde. Quizás habremos viajado por una variante paralela del universo, similar a ese destino de cientos de muertos en los primeros días después del golpe, aunque con la ventaja de que nos dejaban pasar.



O no tanto.

Mi padre era un empleado de la industria Iansa, ya dije, y como tal recibía un casco reglamentario para sus labores en la empresa. Un casco blanco, de esos que ahora cualquiera puede comprar en una tienda de ferretería. Pero en esa época el casco había adquirido una connotación distinta: las facciones de extrema izquierda y extrema derecha lo usaban para proteger sus cabezas en circunstancias que eran muchos más bravas y mortales que las actuales. Grupos de choque y paramilitares que se enfrentaban entre ellos y contra la policía iban, literalmente, a la guerra, por eso llevaban cascos a fin de agarrarse a palos con

el adversario. Es como si hoy saliésemos a protestar por una mejora salarial usando chalecos antibala. Existe una foto famosa, símbolo de los tiempos, en que se ve a un manifestante, premunido de casco, atacar a un carabinero indefenso, y que fue usada como instrumento de propaganda por la oposición a Allende.

El casco poseía un valor intrínseco.

Mi padre, para su desgracia, tenía un casco. Y tuvo la mala ocurrencia de llevarlo a la vista en la ventana trasera de la citrola. Un casco subversivo. Por eso, en el largo periplo por una Ruta 5 que casi no existía, los militares nos detenían en cada posta. Apuntaban sus armas, bajaban a mi padre con las manos en la espalda, lo arrimaban a la citrola y lo cacheaban como a un delincuente. No lo recuerdo, pero de seguro me habré puesto a llorar, y eso se repetía más o menos cada cincuenta kilómetros en un camino que hoy creo que fue infinito. Todavía estábamos en el comienzo, y un Matamala de nueve años no podía entender ese universo tan complejo.

—¡Por qué lleva ese casco! —le gritaban los militares a mi padre, con el cañón del fusil en la cabeza.

—Porque trabajo en la industria Iansa.

Por fortuna, en la decena de paradas similares, la explicación fue suficiente para morigerar la desconfianza de los soldados. Excepto por mi gato revolucionario y allendista hasta las patas que, al abrir las puertas de la citrola, se arrancaba a la sierra —de seguro— a armar la revolución. Nos costaba encontrarlo y apaciguarlo para que entendiese que no estaban dadas las condiciones, compañero felino, que la sedición reaccionaria había ganado esta batalla y que era mejor esconderse hasta esperar un vuelco, una oportunidad, lo que sea.

De seguro mi gato había leído a Marx y a Lenin en las noches en que no podíamos saber en qué estaba. Era un animal político que disimulaba ser apenas un gato.

Seguimos el viaje con mi gato marxista en mi regazo.

Nunca olvidaré cómo sufrió la citrola subiendo la cuesta Lastarria —tan inalcanzable que muchos años después fue borrada del mapa de las carreteras— y luego ese hoyo grande que era el valle del Malleco, pues todavía estaba a medio terminar el viaducto. Los autos debían adentrarse en un forado profundo del que muy pocos podía volver a salir, la citrola lloró como una damisela en aprietos, pero lo consiguió. Arriba, en Collipulli, otra posta militar, y de nuevo la historia del casco de mi padre y mi gato con conciencia social, rogando por un AK-47 para irse a la sierra a armar la revolución.

Mientras los muertos eran arrojados al Mapocho, me habré quedado dormido. Desperté en una ciudad nueva de un clima impresionante, por primera vez en mi vida estaba en la zona central. Sobraba el sol, sobraba el calor, también sobraban los tomates que recién conocía. Sobraban las sandías, los zapallos, los melones. Sobraban las ciruelas en las calles, y cuando estaban verdes las vendían en paquetes y les llamaban frutos de oro. ¡Frutos de oro!



Ya estacionados en Curicó con Chito, con mi compañero gato marxista en la clandestinidad, hubo que empezar todo de nuevo: desde la rutina hasta la selección de amistades. Teníamos una casa grande y bonita con un patio amplio del que mi madre enseguida aprendió a sacar provecho: pronto tuvimos cosecha propia de zapallos, sandías, melones y tomates. El chiste era que si tú escupías en el suelo de Curicó, al día siguiente aparecía un árbol de escupos, así de generosa la tierra. Mi padre construyó un parrón y luego por ahí subió una parra, el pertrecho de uvas estaba garantizado. Todo muy bien, salvo que se percibía una fragancia extraña, había que ser muy perspicaz para darse cuenta, y yo —un pajarito— no era uno de ellos. Ocurre que la memoria va dejando un sedimento y uno, a la vuelta del tiempo, puede asimilar los datos.

Acá va un ejemplo.

Me llevaron a la medialuna del rodeo en Curicó, vi a

unos huasos falsos agarrarse a topeaduras con unos novillos indefensos. No me pareció un espectáculo agradable, así que nunca más. De pronto me encontraba solo en las graderías de cemento, con bastante espacio porque no había un lleno total de público. Dos señores de chaqueta, corbata y lentes oscuros conversaban animadamente y, a su vez, avivaban la fiesta. De pronto, uno de ellos se levantó para aplaudir entusiasta los puntos buenos del huaso en el rodeo… y se le cayó un arma, rodó por los asientos y quedó a mis pies. No lo supe en ese momento, sino años más tarde, cuando ya de joven me interesaron las armas desde el punto de vista histórico, jamás para empuñar una. Era un revólver de cañón corto, Smith and Wesson de calibre 38, seis tiros en la nuez. Ordinario en la policía.

Miedo retroactivo. El sujeto vio que yo vi, corrió escaleras abajo a buscar su arma, la tomó del suelo y se la puso de nuevo entre su espalda y el cinturón. Mi cara de pavo lo habrá tranquilizado, no me dijo nada, no me advirtió que guardase silencio porque —de seguro— no lo consideró necesario, y regresó a su puesto para seguir aplaudiendo el rodeo. Usted no me va a creer, pero conservo en mi memoria el reflejo de mi cara en sus lentes oscuros, muy cerca. Huelgan explicaciones para aquel suceso, salvo que tardaría todavía mucho más en comprender que ese era el Chile real del momento: sujetos de civil armados sin rendirle cuentas a nadie.



No me culpen, ya dije que tenía apenas nueve años de edad. Mi gato marxista tenía tres años, pero ya me aventajaba en el conocimiento de la situación política. Cada noche desaparecía, ahora puedo colegir que acudía a escuelas de adoctrinamiento y control de cuadros.

12. Mussolini me entregó la beca

Con esa astucia de huaso cazurro que siempre tuvo, y que demostró la madrugada del 11 de septiembre de 1973 al sumarse al carro de la victoria en el último minuto, *mi general* bloqueó de inmediato las opciones de disentir y de elegir de manera democrática cualquier cargo que significase una mínima cuota de poder. Se acabó esa lesera de la democracia, que aquí mando yo, como un remedo de la famosa frase de Luis XIV pero a la chilena: el Estado soy yo, y qué *huevá*. Para empezar, los rectores de las universidades fueron militares de dos o tres jinetas, a tal grado que se echaba la talla clandestina de que el ministro de Educación iba a ser un cabo del ejército que supiese leer y escribir. Para qué pedir más.



Y acá, en Concepción, nos metieron uno bravo, se llamaba Guillermo Clériсus, cuyo currículo académico se reducía a ser un bachiller en matemáticas. Paremos de contar. Ya no era militar de uniforme, pero sí de mentalidad castrense, un émulo entre Mussolini y Francisco Franco, un fanático embebido de patrioterismo que se paseaba por el campus como si fuese su hacienda y que exoneró a cuanto gentil halló en su camino. De temer. Lo conocí porque yo venía llegando a esta ciudad con el pergamino de la beca Pinochet, la que tardó varias semanas en concretarse, es decir, en palpar la plata en mis bolsillos. Nos tramitaban, nos pasaban de una oficina a otra en una época en que la más expedita comunicación entre reparticiones e instituciones era un fax lento y borroso. Hasta que me llegó la beca, albricias. Como ya vivía en la Mazmorra

250 del Hogar Universitario, recuerdo que me rajé con un cuarto de kilo de mortadela jamonada, mayonesa que no era mayonesa y una lata de salsa de tomates Doña Juanita para todos, que resultó ser un buen acompañamiento encima del pan. Ah, y una damajuana de vino tinto, antiguas reservas, es decir, antiguamente reservado por mí en la botillería de la calle Prat que nos abastecía.

Faltaba la entrega del diploma oficial, éramos una veintena los becados de *mi general*. Una mañana de abril el rector Cléricus, cual Nerón tocando la lira, nos citó al Salón Azul de la Biblioteca Central, era él en persona quien nos entregaría el cartón que habían enviado desde Santiago. Café, té, bizcochos, alocución patriótica del rector y luego la repartija de diplomas, una ceremonia lenta que fue dando vueltas a la gran mesa, hasta que llegó mi turno. Cléricus me abrazó, me palmoteó las espaldas tan fuerte que hubo riesgo de hematoma. Yo era un flaco debilucho y mal alimentado que recién estaba entendiendo el origen del mundo. El rector designado me dijo al oído una frase que habrá sido el comodín para todos los demás becados:

—Tú eres la esperanza de un nuevo Chile.

Se lo agradecí, pero a la vuelta del tiempo, ya viejo y magullado por el desamor, esa frase me suena ridícula y peligrosa: si yo era la esperanza para el nuevo Chile, vaya, estábamos fritos. Como usted sabe, no se puede esperar mucho de mí, un confeso cobarde de quinta categoría.

Hubo una segunda instancia de reunión con Mussolini —digo, con el rector—, esa noche, junto a su noble persona, los niños de Pinochet estábamos invitados a una cena en el casino Los Patos, aquel lugar de doble peregrinación diaria del que contaré historias más adelante. Había una mesa grande con mantel blanco que daba la vuelta al salón, como si hubiese sido una convención nacional de pendejos, y todos sentados ahí de acuerdo a un protocolo de etiquetas puestas en las sillas.

Quedé lejos del viejo, pero podía divisarlo con su traje blanco de dictadorzuelo centroamericano, una caricatura de la caricatura. De pronto, en la mitad del comistrajo, se puso de pie, sonó su copa de vino con golpecitos de la cuchara, y espetó:

—¡Un brindis por el hombre que está dirigiendo los destinos de este país!

Aplauso cerrado y largo, era que no.

Por esos días de abril de 1982 ya me ubicaba un poco más en el panorama nacional, y comprendí que había una pasión insana de un insano hacia otro insano. Pero todo eso calladito: la primera amenaza velada que recibíamos era que, ante cualquier comportamiento revoltoso, perderíamos la beca en el acto. Ya saben, aquello de la "intachable conducta personal" que lucía en el diploma firmado por nuestro amado líder. Y uno que había sido pobre no deseaba echar de menos esa platita libre en el bolsillo que servía tanto para los cuadernos como para las cervezas en un bar miserable que se llamaba Oba Oba, a un par de cuadras del hogar universitario.



El ingeniero Hugo Jara me apunta con una historia espeluznante que ocurrió ese mismo mes en que yo recibía el diploma de *mi general.* Dentro del campus, debajo del foro, se ubica una sucursal bancaria. Por esa época muy pocos académicos tenían cuenta corriente, así que a fin de mes debían formar largas filas para cobrar el cheque de sus salarios, y llevar a casa la plata en el bolsillo. Hugo —muy joven y ya funcionario de la universidad— evitaba las filas y concurría varios días después. Y ahí estaba una mañana de lunes de abril, cuando un comando guerrillero entró de manera violenta con fusiles de asalto AK-47: ¡esto es un asalto! Eran tres encapuchados, obligaron a todos los clientes a botarse al suelo boca abajo, incluido Hugo, mientras apuntaban a las cajeras para "expropiar" el dinero y devolverlo al pueblo. Nadie opuso resistencia, la seguridad del banco era nula: ¿quién iba a robar un banco ubicado dentro de la universidad? Hugo recuerda bien

que tres puestos más adelante de él había un hombre de traje blanco, igualmente en el suelo y escondiendo su cara como si tuviese más miedo. Era el rector Cléricus… humillado como un prisionero de guerra. Y se salvó jabonado: acumulaba tanta odiosidad, tanto desprecio, que si los asaltantes lo hubiesen reconocido de seguro que le pegaban un tiro en la nuca.

Como numerosos rectores de facto en el país —por ejemplo, Federici en la Universidad de Chile— Cléricus fue excesivo, oscurantista y siniestro: rodaron cabezas de académicos y se clausuraron departamentos enteros bajo su mandato, ordenó cambiar jardines y estatuas de acá para allá en el campus y quiso cortar de raíz cualquier intento de sublevación destinado a refundar la federación de estudiantes. Cléricus Mussolini —además, un reconocido dipsómano— puso las manos en todo, y la obra maestra de su opereta la llevó a cabo en el invierno de 1985 cuando él mismo, en persona y con su traje blanco de mafioso siciliano, encabezó el destacamento de carabineros que entró al campus por el arco de Medicina y se instaló para siempre con un cuartel fijo en el foro de la universidad. A ver si esos cabros de mierda ahora se atreven a protestar, así de acorralados.

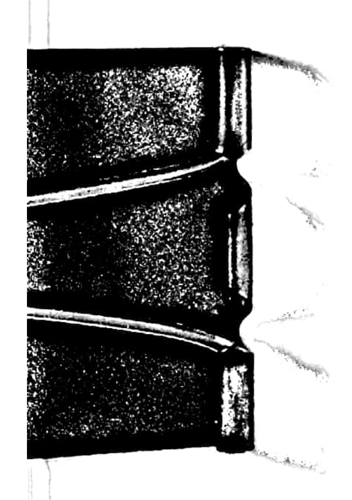
Y nos atrevimos.

Todo comenzaba en el foro, decíamos que allí se había inventado la libertad, y las Fuerzas Especiales estaban ahora ahí para el sofoco instantáneo: si había más de tres estudiantes sentados en las escalinatas, si se escuchaba una sola consigna en contra del régimen o en contra de Pinochet, los uniformados nos echaban gases y nos correteaban a palos hasta las calles aledañas. Se había revertido el naipe: ellos dentro del campus y nosotros afuera, queriendo entrar.

Mientras, y cagado de miedo, Matamala tomaba fotos. Algunas muy cerca de las tropas de ocupación, y otras desde los cerros circundantes, como un francotirador, gracias a un enorme teleobjetivo que me había conseguido. Eso, mi

acecho entre los arbustos allá arriba y de guata en la tierra, fue lo más cerca que estuve de marcharme a la sierra a armar la revolución.

Por cierto, no habría sobrevivido ni un día, me habrían ejecutado mis propios compañeros por cobarde, por pelmazo, por lastre y por huevón.



13. *Mi general* se da una vuelta en el aire

Ahí, en el patio del liceo, uniformado con mi chaqueta color azul piedra y sin solapas, entumido y somnoliento, formado con mis compañeros de curso, cantaba el Himno Nacional en su versión extendida, es decir: dos estrofas. Adelante, el pabellón patrio que dos muchachos escogidos izaban al compás de nuestro canto. Más allá, el director, los inspectores y los profesores perfectamente alineados. Ocho de la mañana en mi Instituto Politécnico cada día del año, así como en todas las demás escuelas públicas del país. El lunes había un agregado: desde el Regimiento de Telecomunicaciones Reforzado Número 3 de Curicó enviaban a un suboficial de ejército para enunciar una alocución patriótica, a veces eran muchachos tan tímidos, tan faltos de personalidad, que ni siquiera decían "buenos días", solo eran capaces de leer un par de páginas en que —la mayoría de las veces— se emulaba la tarea del régimen militar con las grandes hazañas de las guerras de independencia, o con el triunfo sobre bolivianos y peruanos.

El nuevo orden había penetrado escuelas y liceos de una manera profunda e irreversible. A las autoridades les parecía mejor la idea de que todos estuviésemos inmersos en colegios castrenses: ordenados, no deliberantes, con el pelo corto, los zapatos lustrados y la estrofa de "Vuestros nombres, valientes soldados" aprendida de memoria.

Y los desfiles, la pasión por los desfiles. Cada vez que se acercaba un 11 de septiembre o un 21 de mayo, debíamos desfilar en un acto público frente a las autoridades de la ciu-

dad. No era una pasada testimonial frente a las gradas, algo así como un saludo, hola, y listo. Debíamos imitar el paso ganso de los militares, con la misma disciplina, así que varios días antes abandonábamos las clases y nos llevaban a un estadio a practicar, como espartanos rumbo a las Termópilas. Izquierda, izquierda, izquierda, derecha, izquierda, multiplicado hasta la saciedad. Los zapatos y pantalones empolvados de tanto dar vueltas, cuando en verdad debíamos estar en el aula tratando de superar la ignorancia que nos aquejaba. Será por eso que al egresar no supe de Cálculo ni Ecuaciones Diferenciales, como en los colegios privados. Pero el desfile era lo primordial, y esa maniobra tan difícil de girar en 90 grados sin perder el orden, como los auténticos militares en el Parque O'Higgins cada 19 de septiembre. A ese movimiento le llamaban "la conversión".



Y cuando ya estábamos en la calle esperando nuestro turno de pasada ante el señor alcalde designado, pretendíamos rebelarnos, escapar en la siguiente esquina. ¡Qué falta de compromiso político, compañeros!

En un fenómeno que de seguro se repetía a lo largo del país, el director y los inspectores eran acérrimos fanáticos de *mi general*. Deliraban con la foto del viejo en la sala de profesores, otro marco en la inspectoría, otro en el remedo de biblioteca, y se comportaban como tales: custodios del régimen, garantes de que a ninguno de nosotros los muchachos les iba a entrar el bicho de la protesta o la subversión. Por lo menos yo estaba muy lejos de aquello, así que no tuve problemas. Lo cuento ahora por el esfuerzo de memoria que he desplegado para buscar datos y vestigios que —a la vuelta del tiempo— me permitiesen describir esos años. Por mis altas calificaciones, que siempre me colocaban en primer lugar en la escuela, yo era un protegido: un joven inocente y ejemplar del que no había de qué preocuparse por sus ideas en la cabeza.

El máximo acto revolucionario que nos permitíamos era subrayar el sonido de la letra S al cantar el Himno Nacional:

"Puro Chile eS tu Scielo aSzulado, purasS briSaS te cruSzan también...". Un chiste infantil por el que nadie sufrió penas de cárcel o exilio. De la que nos salvamos.

Lo inspectores eran bravos, vejetes oscuros que nos vigilaban y nos tiraban del pelo si lo consideraban demasiado largo, lo que significaba regresar al día siguiente con un nuevo corte, tipo conscripto. De repente interrumpían las clases normales para contarnos algo más de las bondades del régimen militar o de la bonanza económica que se estaba manifestando gracias a las acertadas políticas económicas del gobierno. Nunca hubo disturbios ni menos intentos de formar un centro de alumnos, en parte porque éramos todos unos pajarones, muchachitos apenas destetados e ignorantes de lo que se vivía allá afuera. Un mundo feliz.



Como ya he comentado, 1981 es el año de la inflexión, en el que se articula todo lo que sucedería después. Y yo, el sujeto llamado por los dioses para escribir esta crónica, me encontraba cursando el cuarto año de enseñanza media, metido justo en el punto neurálgico del desaguisado, como me seguiría ocurriendo por más de una década. ¡Prometo que no tuve nada que ver en el asunto!

Pero el año anterior, la mañana del lunes 24 de marzo de 1980, el más fiero de los inspectores interrumpe la clase y nos viene con la noticia de último minuto: que *mi general* ha sufrido un desaire internacional pues, mientras viajaba a Filipinas en misión oficial, "el dictador" Ferdinand Marcos había suspendido su invitación aduciendo "problemas internos urgentes por resolver". Como una metáfora, el avión LAN que transportaba al viejo, a la vieja y a su comitiva debió "darse una vuelta en el aire" (lo que años más tarde se convertiría en una consigna: ¡date una vuelta en el aire, Pinocho reconchetumadre!) y regresar a Chile con la cola entre las piernas. Grave incidente diplomático. Qué ofensa más grande, qué daño a la noble imagen de *mi general*. Por eso, el inspector nos alentaba

a viajar ahora mismo a Santiago a recibir al mandatario en el aeropuerto y por las calles de la capital, para que el mundo se enterase de que todos estábamos alineados con el gobierno y sus autoridades.

Hasta ahí, silencio.

Pero cuando el inspector dijo que se había dispuesto un servicio de tren gratuito para todos los estudiantes que deseasen aplaudir a *mi general*, y con una colación de almuerzo para cada uno —sándwich, jugo y fruta—, la sala reventó en vítores y aplausos. Se suspendían las clases y nos íbamos directo a la estación de ferrocarriles, donde nos estaban esperando.

Cuando de manera subrepticia entendí que no era obligación el viaje, que no iban a pasar lista, agarré mis útiles escolares y me fui para la casa. No por una opción o planteamiento político que —ya dije— desconocía, sino porque me dio una lata inmensa subirme a un tren por tres horas para aplaudir a *mi general* a la distancia, si es que alcanzaba a divisarlo. Sin proponérmelo, había sembrado ahí mi primer acto de rebelión contra la dictadura.



El fallido viaje a Filipinas fue un retroceso gigante para Pinochet, con eso habrá empezado a comprender que no lo querían, que nadie en el extranjero deseaba compartir con él un salón, un desfile, un cambio de mando, nada. Ni siquiera un funeral: cuando murió el sátrapa español Francisco Franco en 1975, luego de una breve dictadura de 39 años, *mi general* se autoinvitó a las exequias porque lo admiraba, lo amaba, era su modelo de regente. La nuestra, de hecho, era la dictadura más parecida a la de España en cuerpo y alma, en muertos y en conservadurismo. Al viejo no quisieron recibirlo, hubo delegaciones de otros países que esperaron en París a que regresara a casa para no encontrarse con su persona. Ninguneado total, lo único que consiguió fue una cita de pocos minutos con el flamante rey Juan Carlos, y chao. Hay una foto de ese momento, búsquenla en la web.

El suceso que coronaría ese 1981 de bisagra histórica es todavía más inusitado que un dictador reculando en el aire y luego pidiendo la cabeza de todos los culpables de la tremenda chambonada diplomática. Literalmente, la cabeza.

Desde hacía harto tiempo yo estaba trabajando en una idea que se me había vuelto una obsesión, como todo lo mío. Quería fabricar un automóvil en miniatura que funcionase tal como uno de escala natural, salvo que —obviamente— sería eléctrico y no a combustión interna, o sea, a bencina. De puro ñoño, sabía tanto de mecánica de autos que podía enumerar cada una de sus partes y su función. Así que empecé: el primer prototipo fue con un chasis de palitos de madera pegados con *neoprén*. Una noche de insomnio entendí que ese no era el camino, me levanté de madrugada, lo desarmé y dibujé planos para esta vez construir un auto de metal, con latas de tarros de conserva como insumo y cada parte soldada con estaño. La maquinaria interior se sustentaba en mi colección de cachureos de relojes y juguetes destrozados, engranajes y motores eléctricos que había coleccionado de porfiado.



Ese proceso tardó cuatro años. Mis compañeros se burlaban de mí, también algunos profesores.

En 1981 llegó al colegio una convocatoria para participar en algo así como una Feria Nacional de Ciencias, una actividad al amparo del régimen a través del ministerio de Educación. Tuve que mostrarle mi invento al director en el patio de la escuela, vio que funcionaba, que el pequeño vehículo metía cambios, giraba, encendía luces, abría y cerraba puertas para que pudiese entrar un ratón y sentarse en butacas de terciopelo y mover el manubrio, la palanca de cambios, el freno, el embrague y el acelerador. Aprobado.

Me inscribí.

Me llevaron a Santiago.

Expuse mi invento por ocho días en el museo de la Casa Colorada, allí se había emplazado la feria.

Gané.

Les gané a todos los otros pendejos ñoños del país.

Aquí es donde comienza otra historia: Matamala en Santiago, en el fulgor de la dictadura militar, premiado por las autoridades de esa dictadura, aplaudido en el Teatro Municipal en que se llevó a cabo la entrega de galardones. Recuerdo que vestía uniforme escolar, pero que había podido comprarme zapatillas, de esas chinas de la primera oleada de importaciones, que no duraban más que una semana, aun cuando las atesoraba por su belleza volátil de falso cuero.

Qué le vamos a regalar a este niño, dijo la ministra de Educación de *mi general*, cuyo nombre no guardé. Yo pedí un motor de combustión, de esos que usaban los aviones a control remoto, porque mi proyecto consistía en volver a construir mi automóvil pero ya no eléctrico. Buscaron el motor por el comercio del radio céntrico, y nada, hasta yo fui —ingenuo— a preguntar si lo tenían en la tienda de Almacenes Paris de la Alameda. Nunca.



Al final me regalaron un diccionario Larousse ilustrado que, muchos años después, perdí en una de mis tantas mudanzas.

Faltaba el regreso a Curicó.

Cuando llegué al colegio con la noticia y con el diploma que acreditaba haber ganado un premio nacional, el director perdió la compostura. Yo le estaba llevando un crédito y un prestigio, así que me quitó el diploma de las manos, lo escondió y el lunes siguiente el acto de izamiento de la bandera, del Himno Nacional y de la alocución patriótica a cargo de otro pavo suboficial del regimiento... estaba dedicado a mí, el gran Matamala que había ido, visto y vencido. Un homenaje, mínimo. En el clímax de la ceremonia, el director ejecutó la pantomima de entregarme el diploma que había ganado. Aplausos.

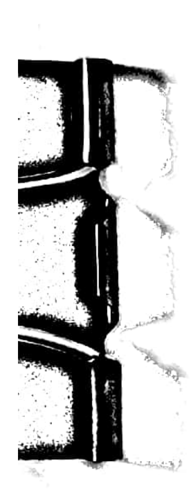
Espero que a ese director ya se lo hayan comido los gusanos, maldito fascista hijo de puta.

Habrá sido octubre de 1981, tenía 17 años, pronto vendría la Prueba de Aptitud Académica y la desesperación por buscar la manera de financiar mis estudios. Me hallaba a las puertas de enterarme de que *mi general* otorgaba una beca, y que yo reunía todos los requisitos para adjudicármela, y que más encima había obtenido un premio nacional bajo sus narices. Como diría un revolucionario, las condiciones estaban dadas.



14. Ese huevón sabe escribir

Hubo dos momentos de epifanía que anticiparon lo que soy: un escribidor de medio pelo dedicado a la comedia y a la academia, ambas caras de una misma moneda. La primera vez que tuve conciencia de mi ser fue en el demacrado cine Victoria de Curicó donde vi *La guerra de las galaxias*, dos años después de su estreno en Chile, así se estilaba en la época. Antes había visto un pedacito de la ceremonia de los premios Oscar y un álbum de estampitas que trajo a clases un compañero de curso de apellido Salinas. Nada más. Era un mundo muy antiguo en que la información se conducía por un lento camino de tierra.



No le puse mucho empeño a mi afán de ser escribidor, lo dejé para más adelante. Necesitaba otro remezón, que tardaría varios años en aparecer. Mientras, me movilizaba en bicicleta por una ciudad curiosamente tranquila, y eludía su toque de queda a la medianoche, a veces al filo de la norma. Pensaba que era un muchacho inocente, un chiquito al que no iban a agarrar a balazos a la primera, sin reflexionar todavía que una sociedad que balea a sus ciudadanos debe estar un poco enferma, y la edad de los chiquillos no funciona como salvoconducto.

Ahora que he expuesto el contexto de Darth Vader y el lado oscuro de la Fuerza, aquí viene mi historia del servicio militar.

En plena dictadura, no había posibilidad de negarse. O si la había era por esos viejos trucos del amigo del amigo del amigo de un comandante que podía sacarte de la fila de conscriptos. O el certificado médico falso de que tenías pies planos

o arritmia o lo que sea que te impidiese correr y sostener un fusil. Medio Chile se arrancaba de ello, y yo también, salvo que no tenía pituto por ningún lado: jamás en la vida había conocido a un señor de charreteras.

A la vuelta del tiempo, ya tengo el panorama muy claro: un país que obliga a sus jóvenes a ponerse un uniforme y a portar un arma es un país de mierda. Voluntarios, vaya y pase, tal vez la instrucción y la disciplina sirvan para moldear a una mejor persona. Pero obligados, lo que se dice obligados, ay, no me calza. Pico para esas plastas que arrean a la muchachada.

Pero en el oscuro mundo de 1981 esas ideas no existían en mi cabeza. Fui al cantón de reclutamiento y me inscribí, como correspondía a mi edad. Era el mismo regimiento que enviaba a suboficiales a darnos la perorata de la alocución patriótica cada lunes en el liceo, ya lo conté. Firmé, y listo. Me olvidé del asunto puesto que estaba mucho más empeñado en dar el salto hacia la universidad, no pensaba en bototos, en fusiles, en el paso ganso de los nazis. Para los archivos, puedo hidalgamente decir que, literalmente, no pensaba. ¡Las leseras que uno confiesa cuando está viejo!



Noten que otra vez el año de la desgracia, 1981, articula la historia. La historia personal y la historia patria.

El error fue olvidarme del tema, porque los muchachos que ingresaban a la universidad debían presentar los papeles respectivos a fin de excusarse: disculpen, estoy estudiando. No fue mi caso, idiota Matamala. Ese dato lo supe recién en abril de 1982, cuando ya cursaba Ingeniería. Volví todo cagado de miedo a Curicó, me apersoné en el regimiento con el temor de que ya no iba a salir de ahí jamás. Saludos de despedida a mi madre y a mi hermana.

Me recibió un uniformado, de seguro notó mi nerviosismo y tartamudeo.

—¿Usted no presentó sus excusas para posponer el servicio?

—No.

—Déjeme ver…

No puedo describir el hielo en mi espalda, el miedo aterrador de que mi vida podría cambiar en un segundo. Ni siquiera se me ocurrió argumentar que yo tenía la beca de *mi general*, es decir, era uno de los suyos, un castrense más en la causa. ¡Viva Pinochet!

—Usted está pasado a la reserva, automáticamente —me dijo—. Así que nunca más en su vida vuelva a aparecer por acá, a menos que entremos en guerra con los vecinos, entonces lo llamaremos.

Por fortuna, no me han llamado. Siempre he estado atento a las componendas con Perú y Bolivia, por ejemplo, pero ahora que estoy viejo y con ciertos méritos de cronista, si nos invadieran los vecinos y me llamasen a las filas reservistas, supongo que no me tocará la trinchera de primera línea, sino la tarea de redactor de la papelería burocrática en la retaguardia:



—Ese huevón de Matamala sabe escribir, así que déjenlo acá atrás.

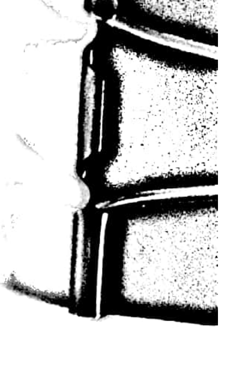
Habría sido triste mi vida de conscripto, y más en un régimen que trataba a todos los ciudadanos como conscriptos. Nunca se me ha dado bien eso de obedecer órdenes absurdas que no aceptan lógica, como tirarse al suelo o embadurnarse la cara con pasta de zapatos. Habría pasado todo el servicio en una celda de castigo, a lo más jugando con una pelota de tenis, como Steve McQueen en la película *El gran escape*.

Cuando ya te enterabas del detalle menor de que vivíamos en una dictadura militar, el uniforme y la conscripción daban miedo. Por favor, que no me toque. Como formo parte de la generación dorada de la dictadura, ese resquemor se mantiene vigente aunque ya en un modo ridículo y sujeto al anecdotario: en 2011 me pidieron que presentase un espectáculo de comedia en un congreso internacional de cirujanos dentistas, y en primera fila había varios uniformados representantes del Hospital Militar. De manera inconsciente cambié algunos pa-

sajes de mi rutina, me censuré, aun cuando hablaba de militares españoles del siglo XVI. Ya ven, la estupidez.

O como cuando me correspondió presentar el libro de mi querida Alejandra Matus, *Doña Lucía* y, otra vez, en primera fila del salón, estaba la plana mayor de la Armada y de Carabineros. Tiré todos los chistes respecto de esa vieja de mierda, la Lucía, me reí de las dictaduras en el mundo y de la comparsa de los militares, y del paralelo notable entre Francisco Franco y *mi general*, entre la vieja criolla y la esposa del dictador español. No tuve moderación, cada vez que me pasan un micrófono algo terrible puede suceder. Cuando terminé mi show y guardaba mi computador, se me acercó el comandante de Carabineros y me dijo:

—Señor Matamala, lo estamos esperando para llevarlo a la comisaría.



Sí, era un chiste, gracias. Pero me retrotrajo enseguida al tiempo en que uno se cagaba de miedo con los militares. Recuerdo una tira de Mafalda, ideal para este contexto: la niña le pregunta a su padre "¿qué son los milibares?". El padre comienza a responder que "los milibares son una medida de presión...". Mafalda lo interrumpe: "papá, dije milibares, y no militares".

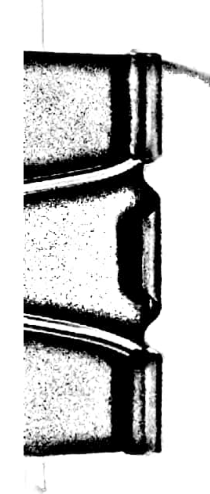
Más o menos así era la realidad de mi juventud, el servicio militar, la dictadura, *La guerra de las galaxias* y todo lo demás. Por supuesto, ellos eran el imperio y nosotros la alianza rebelde, no se rían. Ningún muchacho de la actualidad podrá comprender el temor que uno sentía al caminar por la vereda del entonces llamado edificio Diego Portales, en la Alameda de Santiago, y ver a las tropas imperiales apostadas en sus escalinatas armadas con metralletas Uzi. Uno creía que te iba a pillar la policía del pensamiento, y que te agarrarían ahí mismo para meterte en una de esas "cárceles especiales" no consignadas en ningún registro. Y de ahí a la nada.

Eso es lo que cuesta contar ahora y que te crean: el miedo. Los años del miedo.

15. El imperio contraataca

(Sugerencia: leer este capítulo con el audio de "La Marcha Imperial").

Ese olor...



En la ficción de *La guerra de las galaxias*, el personaje de Darth Vader decía sentir el olor de su enemigo por décadas, un tal Obi-Wan Kenobi, que de cariño lo mentaban como Obi-Wan. De verdad, ambos se sentían el olor, tal vez por esas percepciones de sujetos adelantados en el uso de la Fuerza, la oscura y la clarita, o simplemente porque las condiciones higiénicas de ambos eran muy deplorables y de frentón andaban hediondos. Por eso se percibían a cientos de metros en los pasillos de la Estrella de la Muerte, para tirar un ejemplo.

Yo también pude percibir un olor.

Ya he comentado que —siendo tan fanático de la saga— me costó milagros ser un espectador de esa primera trilogía, y ni siquiera cuando emigré a Concepción, una ciudad más grande con ocho salas de cine en el centro, me fue fácil coincidir con la fecha y con mis viajes. En Curicó ya había visto la original, la primera que no es primera por el desorden mental de la cabeza de su creador, George Lucas. Pero es el cuento de la Estrella de la Muerte, ya saben, el del mensaje encriptado que la princesa Leia había colocado en el autómata AR2D2. Esa.

Después venía *El imperio contraataca*, lejos la mejor de todas, aunque todavía no podía saberlo: recién empezaba a entender qué es el cine, así que no confíe en mis juicios. Mien-

tras estaba de vacaciones en Curicó, se estrenó ese episodio en Concepción, y me lo perdí. Cuando regresé a esta ciudad, tres meses después, la pillé en un rotativo doble en el cine Plaza, junto a "una de karatecas". Para los lectores imberbes, el sistema de rotativo consistía en que en el cine se exhibían dos o tres películas durante la jornada, sin pausa y a un único precio, de modo que podías comprar tu entrada y quedarte allá adentro todo el día, como más de alguna vez fue mi caso, hasta con siesta y ronquidos. Se recomendaba llevar bastimento.

Y ahí estaba yo, en el fulgor de *El imperio contraataca*, cuando ya se llevan a Han Solo conservado en carbonita y uno —por la métrica de la película— calcula que esta cuestión no se iba a resolver ahora, que deberé esperar una secuela quizás cuántos años más. Luke está a punto de encontrarse con Darth Vader para la más sublime pelea con sables de luz. El viejujo de la escafandra que le impide respirar —por eso el crujir de su garganta como de cuatro cajetillas de cigarros diarios— cree que el asunto es pan comido, y cuando Luke se pega un salto gigante y elude su ataque, con la misma expresión de máscara alegre de carnaval, dice:



—Impresionante, muy impresionante.

Justo en ese momento empecé a sentir ese olor.

Otro olor.

No percibía el aura de ningún caballero jedi, sino una picazón en la nariz que fue en aumento hasta tornarse insoportable. Y luego un ahogo en la garganta. Yo no era parte de la película que seguía corriendo en el telón, sino un espectador sentado en una butaca y que comenzaba a tener problemas para respirar. Vi a los demás presentes en la sala, y era lo mismo, algunos se llevaban pañuelos a la boca para tratar de respirar mejor. Y otro, en el borde del pasillo, se levantó, dio dos pasos y cayó desmayado. Espero que haya sobrevivido.

Algo malo ocurría, y ese Matamala famélico de marzo de 1983 no podía saber qué era. Cuando ya no fui capaz de respi-

rar, y dejando botada la película justo en el momento en que Darth Vader le corta el antebrazo a Luke, salí arrancando. Todos los demás espectadores arrancaron conmigo, no había otra opción. Vi que también escaparon varios de los funcionarios de la sala de cine.

Llegué corriendo al hogar universitario, a la Mazmorra 250, y conté mi historia. Recién ahí supe y me explicaron: a esa hora, en el centro de la ciudad había habido una protesta política, de las primeras significativas en contra de la dictadura. Los carabineros habían repelido el espectáculo con su más simple y eficaz arma: bombas lacrimógenas por doquier, saturación de gases que colmó las calles, se metió por las galerías y, como pesaba más que el aire, penetró por la sala subterránea de cine en la que —pacíficamente— me encontraba viendo *El imperio contraataca*. Ahí recién estaba la explicación de mi descalabro y huida.



Ese olor…

Por primera vez en la vida sabía lo que era el poder de un gas disuasivo: la falta de respiración, la picazón en la cara, los ojos llorosos, y ese deseo de salir corriendo hasta el fin del mundo. Ya ve, su merced, lograban su objetivo. Lo que en ese momento no calculé fue que el gas lacrimógeno sería mi compañero y mi comparsa por muchos años venideros, me acostumbraría a sus efectos, lo reconocería a la distancia y comería limón con sal para —supuestamente— salvarme de la irritación. Lo que, obvio, era mentira, un mito construido en tanta parafernalia de protestas diarias en que íbamos al choque, creyendo —los ilusos— que eso que llamábamos "nuestra lucha" servía para algo.

Y no servía para nada.

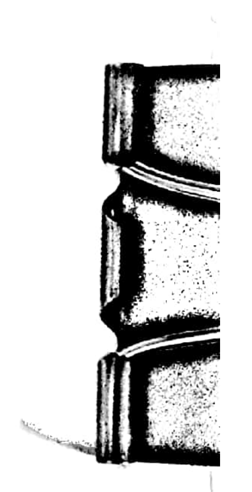
De verdad, de verdad, no servía para nada.

Debo volver a *El imperio contraataca*. Al día siguiente, cuando ya perdí la inocencia y entendí el concepto de bomba lacrimógena, regresé a la sala del cine Plaza. Por fortuna había

conservado el talón de la entrada, argumenté que había estado ahí la jornada anterior, que debí escapar por culpa de los gases, como todos los demás, y que no había podido ver la película entera. El señor miró el boleto, entendió mis razones y me dejó entrar.

Esa tarde, un poco más tranquila, al fin pude enterarme de que Darth Vader era el papito de Luke. Pero también aprendí otra lección, que allá afuera, en la calle, se estaba fraguando una batalla igual de feroz que *Star Wars*, que llevaría lacrimógenas, palos, palizas, balazos y muertos. Y que yo, el insignificante Matamala, iba a ser testigo y protagonista. Más encima con una cámara fotográfica en ristre.

Se venían malos tiempos para la galaxia.



16. Las damas del voluntariado



El televisor Motorola tardaba unos tres minutos en calentar los tubos para entregar una imagen. Era de madera, con una pantalla convexa de unas veinte pulgadas, la máxima tecnología de la época. Llegó a nuestra casa en 1970 y fue la novedad en el barrio: cada domingo abríamos la puerta a los muchachitos de la población Radimadi, cercana a la nuestra en La Unión para que se maravillasen con el espectáculo. Veíamos "Teleminimundo" y "Los titanes del ring". Luego, en la noche y ya solos, "120 km por hora" era mi programa favorito porque una persona contaba chistes, todavía no entendía que eso era un oficio y que se les llamaba humoristas. Me quedo con el otro nombre que aprendí después, comediantes, porque —usted no me lo va a creer— a eso es a lo que me he dedicado en los últimos años. Ah, y no puedo dejar de mencionar "Música libre", pese a que no era de mi devoción: un montón de chascones simulando que bailaban y simulando que cantaban, oh, no era lo mío a esa edad.

Entonces vino el golpe.

Hasta ese momento, la única señal que llegaba a todo el país era la de Televisión Nacional, el canal del Estado que —por supuesto— se comportaba como tal: un vocero del gobierno de la Unidad Popular. El noticiero de las 21:30 horas se llamaba así, "Noticiero", pero los que no comulgaban con Salvador Allende le decían "Menticiero", mote que le calzaba a la perfección porque en ambos bandos enconados se estilaba mentir.

En la mañana del 11 de septiembre de 1973 las autoridades de facto —es decir, los golpistas— botaron la señal de Televisión Nacional y de inmediato ocuparon todas sus antenas a lo largo del país para emitir la transmisión de Canal 13, que se consideraba de oposición a Allende y, por tanto, afín al nuevo régimen. Esas decisiones políticas a nosotros los niños nos importaban una zapatilla, ya tendríamos tiempo de madurar y saber de los muertos, los robos y las torturas del régimen en sus primeros días. De momento, ahí en el Motorola aparecía una chorrera de programas que jamás habíamos visto. El inicial toque de queda de las cuatro de la tarde servía para justificar tantas horas frente a la pantalla, y considerando que era un periodo en que a ratos se cortaba la electricidad, o la señal de TV: el televisor no se iba a negro como hoy, sino a un jaspeado gris con un ruido muy molestoso: algo así como JJJJJJJJJJJJJJ.

Y de repente enciendo la tele y veo "Plaza Sésamo". Se me ocurre que ahí mi vida dio el primer gran vuelco para convertirme en lo que ahora soy. Quedé fascinado por las marionetas, por Enrique y Beto, por Abelardo o los demás personajes: yo deseaba inventar esas historias, yo quería ser un personaje. El mundo era tan nuevo que varias veces el canal debió publicar una declaración explicando que ese programa venía envasado y se grababa en México, para que los padres no enviasen a sus niños a, supuestamente, participar del show en Santiago.



No lo sabíamos, pero desde ese inocente momento de nuestra niñez la televisión se convirtió en un infatigable instrumento de propaganda política y de lavado de la imagen para un régimen siniestro que disponía de la vida de sus ciudadanos como si fuesen abono para las plantas.

Hubo otro programa todavía más emblemático que, en el sur, conocimos los primeros días después del golpe: "Sábados gigantes". Mi padre ya lo había visto en alguno de sus viajes a Santiago. Y cuando le pregunté de qué se trataba, con su parquedad clásica, me respondió:

—Hay un sujeto encapuchado que toca la trompeta si no sabes cantar.

Nada más.

Una semana después le devolvieron las antenas a Televisión Nacional aunque, claro, ya con otras autoridades. Dejamos de ver Canal 13 en La Unión, pero nosotros veníamos en camino a una nueva vida en la zona central, adonde llegaban naturalmente los dos canales.

Ya afincados en Curicó en la población Iansa, la televisión seguía siendo el eje de nuestras vidas, aunque a veces separaba a los amigos debido a que ahora había dos canales, dos programaciones distintas para elegir. Por ejemplo, el miércoles en la noche después de las noticias, Televisión Nacional exhibía "Kung fu" y Canal 13 "Los intocables". Una u otra. A mi padre le gustaban las historias gansteriles de los años treinta, así que yo fui un chico que nunca conoció las habilidades de artes marciales de Kwai Chang Caine, el personaje protagonizado por David Carradine, por lo que me sentía relegado en el barrio en las conversas del día siguiente.



Por supuesto, *mi general* aparecía en cada noticiero, hablaba golpeado, desacreditaba desde temprano a "los señores políticos" y aseguraba —todavía en la tele en blanco y negro— que él no iba a ganar un peso más en su puesto de presidente instantáneo, que se iría del cargo más pobre de lo que era, y nosotros los ilusos le creíamos. Salvo que, lo supimos después, el viejo se cebó en el robo y acumuló una fortuna gigante, como un dictador africano de esos que no saben leer ni escribir y guardan en el refrigerador el cadáver de sus enemigos para un tentempié antes de la cena.

En televisión, detrás del viejo estaba siempre la vieja, un personaje todavía más demoníaco que dejaba a Lady Macbeth como a una guagua de pecho, y que tenía tanto o más protagonismo en esa TV setentera y primitiva. Su frase maestra, con la que empezaba cualquier intervención, era: "Las damas

del voluntariado...", con su voz chillona y falsamente dulce. Todavía hoy, en 2016, se sigue sabiendo del expolio al Estado que significó la vieja, aun cuando ya es una momia propiamente tal, y que esa corporación que dirigió con mano de acero no ha desaparecido: Cema Chile, el auténtico instrumento del demonio.

—Las damas del voluntariado...

(Por los días en que termino estas crónicas, se va destapando que las viejas de Cema Chile se robaron la mitad del país, y que no lo quieren devolver, como si todavía estuviese *mi general* en La Moneda. De ese calado la impunidad).

No podíamos saberlo, pero en la televisión nos mentían. Cualquier dictadura que se precie de tal niega a sus víctimas, ya, vaya y pase, como una norma. Pero también nos mentían en la pujanza del país, en la felicidad de sus habitantes, en el sol que nos iluminaba y en el futuro de esperanza que nos brindaba Pinochet. Fue por esos años que apareció la consigna más brillante y robusta del régimen militar: "Vamos bien, mañana mejor". Era acompañada de una canción en TV que mostraba a mucha gente alegre y que culminaba con una imagen en primer plano de una mano con el dedo gordo hacia arriba. Puchas que íbamos bien.



A la par, la vieja aparecía en la pantalla con sus sombreros y sus estolas de piel, con la sonrisa de saberse dueña de un país entero, por encima del decoro, por encima de su marido y amante esposo, por encima de la junta militar, por encima de los muertos, qué duda cabe. Desde la época de esplendor de la civilización egipcia, nunca una mujer había tenido tanto poder en sus manos. Bueno, ya sabemos: era momia de vocación.

De manera paulatina, la televisión comienza a mudar de piel para volverse una culebra todavía peor. El ejecutivo del canal que al principio es enviado a Estados Unidos a comprar series envasadas —y con la seguridad de que en ellas no había ninguna referencia a cualquier tipo de dictadura o régimen

despótico que no fuese de izquierda—, deriva en el ejecutivo que debe producir un programa de variedades inocente e ingenuo. Es decir, de la vieja frase del imperio romano acerca del pan y circo, ahora venía el circo. El pan podía esperar y vaya que esperamos.

El circo lo proveería una figura excepcional, un baluarte de la incipiente farándula criolla, un tipo simpático, bueno para la talla, un guitarrista y canturreador aficionado a quien le resultaba fácil eso de convocar a fiestas: Álvaro Corbalán. Entonces, repito, no lo sabíamos, no teníamos manera de saberlo. Y veíamos programas en Televisión Nacional, nosotros muy ajenos a la realidad de que allá adentro todo era turbio, y que el simpático de Corbalán decidía la vida y la muerte de los artistas que entraban en el escenario. Eso de la vida y la muerte, afuera del estudio de televisión, era de un modo literal. Literal. Literal.



Corbalán es uno de los tres asesinos más grandes de la historia del régimen militar. Está condenado a más de sesenta años de reclusión por los crímenes cometidos, aun cuando, muy preso, se le ha visto —con esa estampa de matarife centroamericano— deambular por restaurantes junto a la playa como si fuese un respetable señor empresario de fin de semana. Incongruencias de la justicia y gendarmería chilenas. Y ese era el señor que controlaba los contenidos de la televisión que veíamos en aquellos años, sin un cargo formal, tal vez con una oficina improvisada para él dentro del canal, pero con esa terrible impronta de sus bigotes generosos que era un símbolo inequívoco de una sentencia: te voy a matar, guachito querido.

Gran parte de lo más deplorable de la televisión actual se las debemos a las decisiones de Alvarito, por eso debería haber recibido cien años más de condena.

Mientras, la vieja repetía: “Las damas del voluntariado…”.

Oh, maldita vieja.

17. Matamala porro

Aprendí a dibujar una caricatura de Pinochet muy fácil, a la primera: de perfil y con cara de fastidiado por la ola de las circunstancias, cada vez había más gente que no lo quería y yo también me había sumado a la aversión. No fue un milagro plástico, ya había visto numerosas ilustraciones de maestros de la caricatura, y yo simplemente copiaba. Por lo demás, supe mucho después, esa es la única forma de aprender. De modo que dibujaba al general al revés y al derecho, le colocaba parlamentos ridículos acerca de su mal gobierno y las atrocidades inherentes, y eso que por entonces no las sabíamos todas. Solo muchos años después nos enteraríamos de que se estaba embolsando el país. Recordemos que a la derecha *potijunta* nunca le importaron los muertos, cosa poca, daño colateral, pero cuando se supo que el viejo —además— robaba, le vino la indignación, y a los macucos les cambió el color del colorete en la cara: ¡cómo fue posible!



Cuando descubrieron al general en mis cuadernos de cálculo y álgebra, los aguerridos compañeros del Hogar Maipú 301 me pidieron un servicio para la causa: una caricatura de Pinochet sentado en la taza del water —como si se estuviera cagando a medio Chile, lo que de verdad estaba ocurriendo— a fin de reproducirlo en las primitivas fotocopiadoras y transformarlo en un panfleto para la siguiente protesta nacional. Qué orgullo más grande, una obra artística de mi factura se multiplicaría miles de veces para ser lanzada en las calles, un pedazo de papel de 10 por 10 centímetros que fue mi primera huella plástica y de la que,

por cierto, no conservo copia ni recuerdo. Con tan poderoso elemento de propaganda, de seguro caería el gobierno.

No se rían.

Para la confección de ese panfleto ya estaba totalmente comprometido en la lucha contra la dictadura, sabiendo que mi compromiso y esfuerzo no moverían siquiera el tinglado del andamio de nada. Confieso que solo deseaba no quedarme atrás, afuera, en el carril de los que nunca entendieron de qué se trataba el asunto, como varios de mis amigos de la enseñanza media. Además, ya había perdido la beca de *mi general*: el rendimiento en las calificaciones no me alcanzaba, así que adiós, sin remordimientos. No correspondía una nueva apelación. Podría decir que el viejo de mierda se cagó con las lucas, pero no: fue culpa mía. Matamala porro.

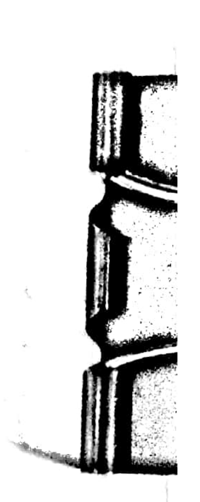


Y como los demás descubrieron que podía dibujar, comenzaron a llegarme encargos. No solo esa caricatura que me sabía de memoria del viejo, sino retratos a mano de los candidatos a la FEC, la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción, que volvía a fundarse, pese a la rabieta del rector designado que se creía Mussolini. Yo era un pollito de tercera línea, un sujeto insignificante sin apellido ni recorrido políticos, que merodeaba en el foro de la universidad con mi cámara Zenit EM12, y con las clases de Ingeniería abandonadas a su mala suerte. Por eso mismo, cuando congelé mis estudios, debí retirarme de mi querido Hogar Maipú y establecerme en una pensión cerca del campus, que apenas podía pagar con mis ingresos de fotógrafo aficionado. Años de hambre, y el termómetro de la política ya casi reventaba. Aprendí el arte de la serigrafía, y a escondidas de la dueña de la pensión imprimía centenares de afiches de la candidata a la FEC, Ximena Hinrichsen, que debía colgar con cuerdas en el techo a fin de que estuviesen secos al día siguiente.

¿Se parecía mi dibujo de serigrafía a la dama en cuestión? Difícil. Pero se pegoteó en cada muro de la universidad, como

si fuese el primer paso para la resistencia, como deseaba mi gato marxista de antaño, y otros tantos queridos amigos y compañeros del Hogar Maipú que se habían encandilado con Fidel, con el Che, con el cuentero de Silvio Rodríguez y con todos los viejos trovadores de la nueva trova. Las papas estaban calientes. Lo más moderado de entonces era escuchar el casete de Santiago del Nuevo Extremo, y su canción emblemática, "Santiago":

Quién me ayudaría
A desarmar tu historia antigua
Y a pedazos
Volverte a construir.



Si su merced me lo permite, voy a repetir muchas veces la rutina de "irnos a la sierra a armar la revolución", puesto que ello identifica aquel tiempo en que tomamos conciencia de la realidad y creímos —pobres ilusos— que la solución era el fusil en ristre y la marcha hacia la Sierra Maestra. En mi caso, esa idea me duró como tres minutos después de enterarme de que había una dictadura militar, luego me vino una apatía que para algunos resultaba sospechosa: Matamala tiene la beca Pinochet, capaz que sea un infiltrado. Así lo supe cuando terminaba de escribir este libro, y el diputado Hugo Gutiérrez —mi compañero en el Hogar Maipú— me confesó que por esos años ochenteros hubo una inicial desconfianza hacia mi persona: el becado del dictador. Pero era absurdo, la mitad de los internos del hogar universitario eran igualmente becados de *mi general.*

Por lo demás, era ridículo a gran escala: como contaré más adelante, muchos de mi generación recibían la beca Pinochet. Algunos con tanta vergüenza ideológica que ni sus familias sabían. Pero era plata para el bolsillo bajo la rúbrica del sujeto que decía que no se movía una hoja en el país sin que él lo supiera, el mismo señor que —en mis años de estudiante

de Ingeniería— ya se había cebado con las simples órdenes de mandar a matar, ajusticiar, desaparecer, robar, y cambiar el curso de este río en particular. Me salió verso.

Oh, me fui por la tangente, lo que no es novedad. Quería dejar registro de que se me da bien esto del dibujo, y que la caricatura de *mi general* —el mismo que me pagaba una beca mensual— fue mi primer mayor orgullo. Cuando salíamos en las marchas libertarias desde la universidad y encontraba en la calle panfletos que habían sido de mi factura, palabra, creía que yo estaba llamado para grandes causas, y que algún día sería un artista consagrado o —quién sabe— presidente de la república. Pero aquí me ve usted, ni siquiera yo votaría por mí.

Hubo otro panfleto de mejor factura y fortuna, que no me perteneció. Fue de alguien más vivo que yo. De tamaño tabloide, reproducía en serigrafía la famosa foto de *mi general* de brazos cruzados y lentes oscuros, tomada pocos días después del golpe, y con una leyenda que le habrá dolido: "Ninguna calle llevará tu nombre". Empapelaron la universidad con ese afiche, quizás la consigna más original de ese periodo, al menos la más festiva. La gente me pedía fotos posando al lado de *mi general*, riendo, apuntando con el dedo a su cara siniestra. Y yo, que tan tonto no era, comencé a lucrar con ese acierto: fotografié el afiche en primer plano, de modo que pareciese una postal o una tarjeta de saludos. Vendí cientos de reproducciones. Llegaba al foro de la universidad como al mediodía y había numerosos estudiantes esperando su copia para llevar o enviar a casa. Negocio redondo.



Así sobrevivía.

No obstante, los grupos de extrema derecha bien organizados comenzaron a intervenir el afiche. Ante la imposibilidad de eliminarlo o embadurnar con pintura cada uno de ellos, optaron por borrar solo las cuatro primeras letras de la frase. Así, se leía: "Una calle llevará tu nombre". Debimos reconocer que fueron vivos, aunque la historia no los ha avalado.

18. *Placed in a historical transition*

Con mi amigo Patricio solemos juntarnos de vez en cuando a tomar un té, reunión que tiene por máxima razón la risa: reírnos de la amargura, reírnos por no llorar. En alguna ocasión remota, cuando ya habíamos pedido la cuenta, Patricio me comenta que —de camino a casa— pasaría a comprar alcachofas. No sé cómo se me iluminó la mollera y espeté: ¡Alcachofas tendrá el pueblo! Obviamente, parafraseaba una de las frases célebres de Salvador Allende cuando, en el momento en que su gobierno se hundía por los cuatro costados, dijo: "¡Armas tendrá el pueblo!". De ese modo, Allende quería asegurar que habría una férrea defensa popular de su mandato, contra el golpismo y la sedición. Ya sabemos que el pueblo no tuvo ánimo ni quiso armas, y que el palacio de La Moneda quedó chamuscado como parrilla vieja en una terraza, olvidada luego del condumio. Fin de la historia.



Sin embargo, con la talla de las alcachofas para el pueblo, en vez de armas, empecé a elucubrar una idea nueva: las consignas políticas son cíclicas, y nadie ha reparado en ello, en el simbolismo, en el mensaje secreto.

En mi época de residente del hogar universitario escuchábamos con fervor los discursos de Allende de esa mañana del 11 de septiembre de 1973. Era como un credo, un mantra. Y también los discursos de Fidel que deformaban lo que había ocurrido ese día, aunque ya no tan convencidos porque figuraban al presidente como un héroe de historietas combatiendo a las fuerzas fascistas a balazo limpio para luego caer acribillado

por el brazo largo del imperialismo. Ojo, no es lo mismo decir "imperialismo" a secas, que "imperialismo" con sonsonete y acento cubanos, replicado entre la burrada de incautos del continente.

Por eso, medianamente concientizados, repetíamos las consignas que se habían apagado diez años atrás. Creíamos ser originales y aguerridos, pero solo nos habíamos metido en la máquina del tiempo, éramos como las urracas parlanchinas: sin ton ni son, verseando palabras vanas. Debe ser el pecado de juventud del que hablan los viejos macucos de la derecha: a los 18 años uno cree cualquier lesera y se suma a las causas más idiotas. Y al madurar, nos da vergüenza retroactiva: qué huevones fuimos.

Entonces, cuando los becarios de *mi general* perdimos el pudor y el miedo, salimos a las calles a gritar lo que se había gritado a principios de los años 60: "¡Pan, trabajo, justicia y libertad!", por ejemplo. Salvo por una de nuestras compañeras del hogar femenino, María Paz, que había adquirido una fama de floja a la pala, así que ella solo gritaba: "¡Pan,..., justicia y libertad!". Sus mercedes comprenderán que el compromiso político no era tan profundo.



Pan, teníamos. Los becarios no podíamos quejarnos de la alimentación, aunque a veces se tratase de una sopa de albóndigas cargada al caldo, con un par de fideos en el naufragio.

Trabajo, no necesitábamos. Salvo en mi caso, cuando empecé a fungir de fotógrafo aficionado de protestas callejeras y casorios ocasionales, a cuyos novios les faltaba presupuesto para contratar a un profesional.

Justicia, de esa no había.

Libertad, por lo menos la libertad del pataleo aunque a nadie le importase.

Muchos años después, los discursos de Allende aprendidos de memoria me servirían para trucos más bien profanos, o heréticos. En cualquier ocasión en que faltaba un chiste o se

necesitaba brindar o abrir una conversación, yo diría: "Colocado en un tránsito histórico…", imitando la voz rotunda del mandatario. Incluso en la presencia de autoridades políticas y universitarias, que luego me enrostraban —en tono amable— la falta de respeto hacia esas palabras acuñadas en bronce por la izquierda y resistidas como si fuese una maldición por la derecha. Nada nuevo.

Había más consignas, claro. Las repetimos como loros en los ochenta, y las repiten como lesos en 2016 los cabros que recién creen haber descubierto el mundo. Es la gracia triste de las consignas: nunca se van, siempre simulan total vigencia y capturan a nuevos ingenuos. La consigna tiene que ver con el corazón y el sentimiento, y no con la capacidad de razonar. Es un grito destemplado que anula el pensamiento crítico, como una fe religiosa que te prohíbe abrir los ojos para empezar a cuestionar.



Por eso coreábamos: "¡Luchando, creando, poder popular!". A ver, ¿qué es esa *huevá* del poder popular? ¿Algo así como la chusma inconsciente instalada en La Moneda? Más de treinta años después todavía me encuentro con variantes de esa tontera pintada en las calles de mi ciudad: "Trabajadores al poder", un clásico de la Guerra Civil Española que nos heredó tantas consignas y canciones. O "Trabajadores y estudiantes unidos en la lucha", ¿en cuál lucha? ¿Lucha para conseguir entradas más baratas para el estadio? ¿Lucha para una ducha digna y popular? Puchas. ¿Lucha por una cerveza gratuita y de calidad?

Eso de seguir luchando y creando poder popular era el remate de una marcha fúnebre, así se recordaba y apelaba a alguien que había caído en la lucha, o estaba preso por la lucha. Sin embargo, como no éramos tan amargados, en las protestas callejeras lo transformamos en un chiste que se aplicaba a cualquiera de nosotros. Algo así como:

—¡Compañero Tito Matamala!

—¡Presente!
—¡Compañero Tito Matamala!
—¡Presente!
—¡Ahora, y siempre!
—¡Quién lo mató!
—¡El fascismo!
—¡Quién lo vengará!
—¡El pueblo!
—¿Y cómo?
—¡Luchando, creando, poder popular!

Qué falta de seriedad, qué carencia de compromiso, compañero.



Toda consigna huele a podrido, por eso alguna vez se me ocurrió escribir un libro que desnudase las consignas: su falsedad, su historia, su origen, su repetición. La izquierda es pletórica en ese recurso, y pobre del que reniegue de ellas o las cuestione. La derecha también posee su arsenal, y le sacaron brillo en la peor época del régimen de *mi general*. Cómo olvidar los anuncios en televisión en que se aseguraba que "Vamos bien, mañana mejor", cuando no íbamos bien y el mañana no sería mejor si se extendía la dictadura. Hay otra más antigua, que destila el fulgor de la Guerra Fría: "El único comunista bueno es el comunista muerto". Qué tal. En un vuelo comercial de regreso a mi ciudad hace un año, me correspondió el asiento al lado de una renombrada política de la zona. Para echar la talla y meter algo de conversa, le comenté de mi idea de un libro de las consignas políticas, y le mencioné varios ejemplos de izquierda y derecha. En mi enumeración apresurada llegué a la consigna del comunista bueno y ella, feliz, me acotó: "Sí, ¡eso decía mi papá!". Preferí callar.

Qué me dicen ustedes de "¡El pueblo unido jamás será vencido!". Hay que detenerse aquí un buen rato. La consigna surge de la canción de Sergio Ortega que por décadas fue la bandera, el himno, el emblema de lucha en contra de Pino-

chet, bien alto levantado el puño izquierdo. Para los exilados, cantar esa frase en Italia o en Suecia los retrotraía a un pasado nostálgico e idealizado, al que no podían volver. Acá, para nosotros los becarios de *mi general*, gritar que el pueblo unido jamás sería vencido nos infundía una dosis de morfina y heroína: de verdad creíamos en ello, en la unidad y en la lucha, nos sentíamos llamados a una gran causa.

Ah, salvo que jamás el pueblo estuvo unido, y que fue vencido con facilidad en las primeras horas del golpe de 1973, y vencido una y otra vez durante 17 años, pese al fervor con que gritábamos la consigna. Ya ve, su merced, el cántico solo sirve para establecer un coro en la marcha hacia la plaza porque habría que ser muy tonto para no aprendérselo de memoria. Pero cambiar el carril de los acontecimientos, lo que se dice cambiarlo, tendría que enfriarse el infierno antes de que eso ocurriera.



La consigna es hueca y jamás cumple lo que promete. Otro ejemplo que heredamos de la Guerra Civil Española es el famoso "¡No pasarán!", esgrimido por las fuerzas republicanas que se oponían a los falangistas de Francisco Franco en las principales ciudades peninsulares, como Barcelona o Madrid. No pasarán, decían, mientras la sangre de ambos bandos chorreaba a borbotones por las calles, pero adivinen qué sucedió: ¡pasaron! Ganó Franco por paliza y estuvo 39 años en el poder cobrando la cuenta de la victoria, hasta que se murió de viejo, o más bien de viejo de mierda. Noten el triste símil con la sentencia de Allende: "¡Armas tendrá el pueblo!", y no tuvo ni una.

Había una relación cercana entre *mi general* y Franco, algo así como una réplica o un espejo, se parecían pero se diferenciaban. Varias veces me referiré a ello.

Como me sé los discursos de Allende de memoria, de puro ocioso, y como suelo molestar a los tertulios ocasionales citando algún párrafo para ver qué cara ponen, con mi buen

amigo Claudio Concha —un comediante eximio— hemos estado preparando la rutina de Salvador Allende con traducción simultánea. Yo digo eso de "Colocado en un tránsito histórico", y Claudio en voz baja, como periodista de la BBC, dice: "*Placed in a historical transition*", cual si fuese la transmisión en vivo para todos los países anglosajones desde el Hotel Carrera esa mañana del golpe y los Hawker Hunter metiendo petardos por las ventanas de La Moneda. Pronto estreno en los mejores escenarios del país.

Estuve una vez en el Hotel Carrera, invitado por mi condición de escribidor, almorcé en la terraza, vi La Moneda a mis espaldas. Y prometo que sentí un olor nauseabundo a CIA. O habrá sido solo mi fijación.

Como diría mi traductor instantáneo, reitero: "*Placed in a historical transition*".



Volvamos a las alcachofas.

Perdón por la animita de Allende, pero ya —triste y cansado— no puedo parar de reírme y parafrasear su más célebre y comprometida consigna de que el pueblo iba a tener armas.

¡Calzoncillos limpios tendrá el pueblo!

¡Muñecas inflables tendrá el pueblo!

¡Condones fosforescentes tendrá el pueblo!

¡Choripanes tendrá el pueblo!

¡Arroz con leche (me quiero casar) tendrá el pueblo!

¡Chupallas tendrá el pueblo!

No tengo remedio.

Más atrás en el tiempo, durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva se llevó a cabo la reforma agraria, es decir, se les quitó gran parte de la tierra a los ricos y se la repartió en pequeños asentamientos a campesinos. La consigna para tan visionaria decisión fue: "La tierra para el que la trabaja". Y yo, que ni en mi rendición final de cuentas ante la Parca podré ser un hombre serio, vi ahí, en esa frase una pelota botando y lista para meterla a la red. Gol.

¡La alcachofa para el que la trabaja!

¡La empanada frita de pino para el que la trabaja!

¡La cerveza (Escudo) para el que la trabaja!

Ya ven, hay una relación cercana entre la ideología política y la inocente alcachofa popular. O más bien, de la única forma en que podremos liberarnos de las consignas es reírnos de ellas, reducirlas a su mínima expresión de estupidez y pasar por encima porque la sociedad no se construye con dogmas repetidos en las calles para encandilar a los idiotas, que son siempre la mayoría ejemplar.

Ahora lo sabemos: la consigna es el opio del pueblo. Chico Marx, sacúdete en tu cripta.



19. Mafalda en las tardes de siestas eternas

Aun cuando hubiese estado de sitio, aun cuando hubiese toque de queda en las jornadas de protesta, aun cuando las fuerzas represivas estuviesen desplegadas en cada esquina del centro de la ciudad como si fuesen soldados imperiales, de todos modos nos gustaban las revistas de historietas. Era escapismo químicamente puro. Ya habíamos creado un pequeño capital de ejemplares y acudíamos a las tiendas de cambio en la calle Maipú, como en los muy viejos tiempos: el dueño revisaba lo que llevábamos y nos cambiaba cada uno de los ejemplares por otros igual de maltratados, pero que no habíamos leído. En el equivalente de la plata de hoy, nos cobraba unos doscientos pesos por revista. Así volvíamos a nuestras mazmorras del hogar universitario, las ecuaciones diferenciales podían esperar porque nos pegábamos tremendos pataches de lectura de revistas, como osos sin apuro en las literas. Bastaba una tarde de ocio en la cama para de nuevo quedar a fojas cero, ¡y sin nada que leer!



Leíamos revistas argentinas, nación cien o mil veces más rica en ese arte que nosotros los chilenitos, de la prolífica editorial Columba. Perdíamos el tiempo a mares, luego esperábamos milagros para correr a clases y aprobar las asignaturas.

De pronto, una noche de invierno, alguien llevó a nuestra Mazmorra 250 una historieta distinta, que no conocíamos. Incluso el formato era inusual: largo y horizontal, de unos doce centímetros de altura. Contenía tiras que en sí mismas eran un chiste y que a veces se encadenaban al siguiente, como una

saga. Esa palabra, saga, la conocíamos bien. Este nuevo cómic —que así también se les llama— lo protagonizaba un grupo de niños, amigos en un barrio de clase media de Buenos Aires, Argentina, el país de donde provenía lo que habíamos estado leyendo antes. Se llamaba Mafalda, y significó un terremoto devastador en nuestras conciencias para siempre. Hasta hoy.

En el hogar universitario toda la literatura disponible se compartía, como si no tuviese dueño, un socialismo a escala, y lo que teníamos en nuestras manos era un librito recopilatorio de tiras de *Mafalda* publicadas en periódicos y revistas argentinos durante los años sesenta. Se produjo de inmediato un fenómeno sospechoso: cómo era posible que veinte años después, y en otro país, las reflexiones de esta niñita de seis años nos representaran, hablaran por nosotros.



La adoptamos enseguida.

Recuerdo con claridad cuál fue la primera tira que leí de *Mafalda*, aquella en que Susanita, la niña que emulaba a la derecha conservadora y confesional, espeta: "¡Qué he dicho yo contra esos cochinos negros!". La introducción de la historieta en el hogar fue tan gravitante y recordada como las películas pornográficas de las que ya he hablado. Nos volvimos fanáticos, contrabandeábamos libritos con los dos hogares femeninos ubicados cerca de la universidad, y fuimos leyendo el uno, el dos, el tres. La chiquita contestataria nos abrió las mentes más que un curso intensivo de adoctrinamiento político en la cordillera de Neltume. Mafalda en las noches de vela, Mafalda antes y después de la preparación del certamen de Cálculo Numérico, Mafalda en las tardes de siestas eternas en el soleado pasillo que llamábamos Club de Regatas Víctor Jara, Mafalda leída a cuatro manos, a ocho ojos.

Adictos.

Y de repente, quizás cómo, uno de nuestros aguerridos compañeros llegó con un libro a lo grande, de cubierta verde y con la chiquita en la portada. Se llamaba *Mafalda, 10 años.*

Se nos vino abajo el mundo y otra vez los deberes académicos fueron pospuestos, para nuestra desgracia de calificaciones del semestre. Había que conseguir y leer ese libro, casi como para optar a un magíster en Mafalda.

Eso: por qué no existe todavía un postgrado en la tira de su creador, Quino. Lo propondré a la universidad como asignatura obligatoria.

Antes, había escuchado ese nombre, Mafalda, cuando yo era un niño y la ignorancia constituía mi sello personal. Por fortuna, y para contrarrestar tanta fatalidad, la buena memoria no me ha fallado jamás. Así que recuerdo con claridad una relación cercana entre Mafalda y nuestro país de la que, como cabro chico, fui espectador. Corría el año negro de 1978, la dictadura se solazaba con sus torturados y sus muertos, y en televisión la hegemonía de mentiras en los noticieros resultaba incontrarrestable. De repente anuncian que van a exhibir cortos animados de Mafalda antes del noticiero, de una duración de dos minutos. Mucha publicidad para tal estreno. Se viene Mafalda, y la totalidad de los chilenos no sabíamos de qué se trataba, ¿algo así como el angelito de Canal 13 despidiendo a los niños para que se fuesen a dormir?



Harto tambor y retreta, se viene Mafalda, se viene Mafalda. El conductor de noticias de Televisión Nacional, Raúl Matas, enfatizaba en el carácter contestatario del personaje dibujado y animado, y yo sin saber lo que significaba "contestatario". En blanco y negro en mi tele de 14 pulgadas se vería bien, lo esperé con ansias.

Un lunes de mayo de 1978 debuta un corto de Mafalda antes del noticiero. Al fin. Y pasa inadvertido. El martes siguiente va el segundo corto. Silencio. Y nunca jamás vuelve a aparecer Mafalda en la televisión chilena. Alguien había engañado a los próceres de la dictadura de *mi general*: sí, Mafalda tenía aversión por los regímenes de izquierda, por Marx y por Fidel Castro, pero también detestaba las dictaduras militares,

la pérdida de la libertad de expresión y el conservadurismo anexo a los déspotas de charreteras y sables. Apelando al dicho antiguo: Mafalda disparaba con ventilador, no podría simpatizar con ningún gobierno que asesinase y desapareciese a sus ciudadanos.

Había que borrar a Mafalda de la conciencia de los chilenos, pese a la optimista campaña previa de que esa niña iba a representar al nuevo chileno feliz.

Pocos años después, como ya he comentado, en la cuasi clandestinidad del hogar universitario, empezamos a adorar a Mafalda, a comprender su discurso, lo que nos ayudó a entender que estábamos cagados, inmersos en una dictadura indolente y fiera que no tenía ni un apuro en irse para la casa, o para el cuartel, da lo mismo.



Aquí viene el sorprendente remate de este episodio. Las vueltas de la vida me convirtieron en periodista, y luego en profesor universitario. Más tarde, cuando vieron que podía manejarme bien ante un público numeroso, me entregaron la asignatura de Periodismo de Opinión. Ah, gracias, dije, y de inmediato me acordé del campo de entrenamiento político de cuadros en el hogar universitario, y coloqué la tira de *Mafalda* como agente articulador en la formación de juicios de valor. Me imagino que los muchachos estarán contentos porque en vez de leer mamotretos indescifrables que a nadie le interesan, soporíferos hasta la médula, entienden el valor de las opiniones leyendo revistas de monitos.

Por eso, no olvido el tiempo viejo en que marchábamos en contra de *mi general*, acarreábamos cervezas y damajuanas a las habitaciones, y leíamos *Mafalda* como evangélicos enarbolando la Biblia en el paseo peatonal. En mi caso, me ufano de saber de memoria cada una de las tres mil tiras del personaje creado por Quino. Y en una de mis escalas en Buenos Aires compré el *Todo Mafalda*, mamotreto que uso en clases. Ya ven, me he aburguesado. No obstante, con el aire un poquito más

caliente en los primeros años de la década del ochenta, si hubiésemos partido a la sierra a armar la revolución habríamos llevado en las mochilas esos libritos de *Mafalda*.

Muchos años después descubrí de dónde habían sacado esos cortos animados de dos minutos con que Televisión Nacional pretendía adoctrinarnos en dosis pequeñas. En 1975 se produjeron dos películas del personaje y sus amigos, que —a modo de gags gringos— interpretaban las viñetas más conocidas, las más recordadas. Hoy poseen solo un valor arqueológico, porque la animación y las voces no pudieron replicar la imagen que cada lector se formaba de Mafalda, Felipe, Manolito, Susanita, Miguelito, Libertad y el Guille.

En la ficción, Mafalda vivía en un barrio de clase media en Buenos Aires. Su familia ocupaba un departamento ubicado en la calle... Chile.



A todo esto, Guille, el desfachatado hermano menor de Mafalda, de seguro me habría acompañado en la lucha, porque el pequeñito estaba destinado a ello si hubiese crecido. Se le notaba en su carácter, tenía pasta para ser el comandante Guille.

20. Las mentitas de *mi general*

A Sandra Parra, con gratitud.

Tenía buenas notas, pero ningún peso para seguir estudiando en el liceo Carlos Montané Castro de Quirihue, un pueblito perdido y casi desconocido en la Octava Región. Allí estudió Sandra entre 1984 y 1987. Su madre era auxiliar de esa misma escuela, y fue ella la que gestionó la postulación a la beca. Pero en su casa había un televisor Sanyo, de esos muy pequeños, lo que desacreditaba la opción porque —como ocurría en miles de otros hogares chilenos— supuestamente era un indicativo de bonanza económica en la familia. Mentira. Cuando hubo un providencial cambio de asistente social en la escuela, ese detalle fue superado.



—Yo lo único que recuerdo es que me llamó el alcalde, tuve que ir a la municipalidad, y ahí me dijeron que había ganado la beca Presidente de la República. ¿En qué consistía eso?, no tenía idea. Ahí supe que era una plata mensual, y yo feliz. Mi mamá no tenía ni uno, así que cualquier platita era bienvenida.

Con un alcalde tanto o más entusiasta que Sandra, el proceso posterior es asombroso. Le comunicaron a la niña que había sido seleccionada para viajar a Santiago a recibir la beca, solo dos estudiantes por región ganaban ese privilegio, como un símbolo de la unidad nacional y del progreso que impulsaba el régimen militar. La otra chica era de la comu-

na de San Gregorio. Ambas municipalidades se organizaron para en conjunto llevar a la capital a sus mayores orgullos escolares.

Sandra no tenía siquiera un bolso para poder viajar, y nunca había conocido Santiago ni había visto un edificio de más de tres pisos. Todo era nuevo a los quince años.

—Como hija única, mi mamá estaba muy nerviosa porque me iba sola y tan lejos. Me fueron a buscar en una camioneta, iba el alcalde y el secretario municipal. En San Gregorio estaba la familia de la otra premiada. Ahí nos fuimos en tren sin acompañantes. Había un puente que estaba cortado, debimos pasar caminando y tomar un bus hacia Santiago. Yo iba emocionadísima, había salido de Quirihue, conocía a gente nueva e iba rumbo a la capital.



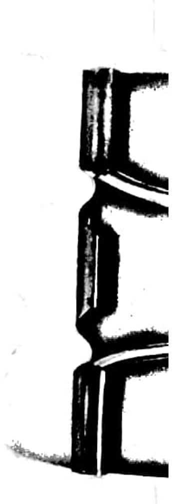
Las pequeñas llegaron al hotel El Conquistador. Sandra era una de las niñas de menor edad, recuerda que había muchachos mayores que debían entrar a la universidad ese año. Su casa en Quirihue era de adobe, una sola habitación donde dormían ella, su madre y su nana. Sin baño. Entonces, el *shock* del cambio fue abrumador… de pronto encontrarse en un hotel lujoso con dos camas grandes, sillones para descansar, un baño gigante. Y camas con colchón, no como las payasas de su hogar en el sur. A todos los muchachos los invitaban a comer y a almorzar a restaurantes inimaginables para Sandra, con el numeroso juego de servicios sobre la mesa que marean a cualquiera. Más de una vez también me ocurrió esa pena, señor.

—¿Qué hago aquí?

Llegó el día en que los llevaron a todos al edificio Diego Portales, a ese auditorio enorme en que se celebraban las ceremonias de aniversario del golpe, y con los años 1810-1973 fundidos en bronce y colocados en la pared de fondo para emular las dos liberaciones patrias, según ellos. Se respiraba un aire de neo fascismo, con hartos militares y gente muy bien ordenada aplaudiéndolos. Claro, eso Sandra no lo sabía a su corta edad.

—Lo primero, nos pasaron una calculadora de regalo a cada uno, lo que era la gran novedad en esos años, ¡una calculadora digital! La ceremonia estuvo ensayada hasta en sus más mínimos detalles: por dónde debíamos subir al escenario, por dónde debíamos bajar. Y con uniforme. Yo había llevado el mío, pero estaba un poco arrugado en el bolso. Me lo lavaron y lo plancharon en el hotel, como a los de todas las demás chicas.

Sandra no habrá visto el aparataje de seguridad, no habrá percibido a los civiles de lentes oscuros, a los militares con perros buscadores de explosivos, a la observación profunda que descartaba a los no sospechosos, como aquella niña sureña de quince años que no tenía aspecto de terrorista. Hasta que, a un minuto del inicio de la premiación, entró *mi general.* Todos de pie.



—Yo lo adoraba. Desde que supe que me dio la beca, pensaba que este señor era un angelito de la guarda, un señor que daba premios a gente que realmente lo merecía, y que cuidaba de nosotros. En Quirihue jamás supe del golpe, ni de nada. Ni siquiera supe que estábamos en una dictadura. Para mí, la época de Pinochet fue la mejor, fue la época en donde yo pude estudiar gratis, me premiaron, me dieron oportunidades de conocer el país que no conocía. Ese viejito tenía los ojitos celestes, celestes, celestes. Era precioso, lo encontré tan tierno, y que a cada rato sacaba mentitas de su bolsillo y se las echaba a la boca. Entonces pensé: un viejito que era presidente de la república, que me estaba dando plata a mí, Sandra Parra, la que venía de Quirihue, tan tierno el viejito... yo estaba feliz.

Le correspondió el turno a Sandra, subió al escenario, caminó, el viejito *—mi general—* la estaba esperando para entregarle su diploma dorado, la abrazó, le dijo algo al oído que ella no recuerda. La niña lo vio como un héroe lleno de insignias y condecoraciones, un papito, un tata bueno como en la novela

El otoño del patriarca. Alguien, de seguro un funcionario de la presidencia, le tomó una foto, Pinochet de espaldas con sus charreteras de almirante del universo. Y Sandra pequeñita e inocente, protagonista de la mar de la historia.

El regreso.

El alcalde de Quirihue, quizás más feliz que la propia niña, fue a buscarla a San Gregorio, casi como en una comitiva presidencial. Sandra era el crédito máximo de la comuna.

—La visión de mi pueblo y de mi hogar a la vuelta era otra. Me di cuenta de que era pobre. Que mi cama era humilde, que no teníamos lo mismo que habíamos conocido en esa semana en Santiago. Pero que había tenido la fortuna de experimentar lo otro: una semana en la capital, todo pagado, experiencias inolvidables, y gracias al señor Pinochet.



En 1988 Sandra entró a la Universidad del Bío Bío a estudiar Técnico Universitario en Computación e Informática. Tal como ocurrió conmigo unos años antes, allí le explicaron:

—Ahí supe que el viejito tierno de ojos azules había sido un dictador terrible, que había cometido muchos abusos y crímenes. Y me dolió.

Como corolario de fábula, muchos años después, cuando Sandra ya era profesional exitosa y había viajado por el mundo, se encontró con el entusiasta alcalde de Quirihue de sus años de la beca de *mi general.* Actualmente es el encargado de reparar los carros del supermercado Jumbo del Costanera Center en Santiago.

Las vueltas que da la vida.



Una pequeña Sandra Parra recibe el diploma de su beca de manos de *mi general*.

21. El pequeño retoño de la burguesía

"Un caballero nunca se saca la chaqueta".
ALONSO BENAVIDES



Alonso Benavides Medina Sidonia se enteró tarde, las condiciones de su entorno le impidieron entender la situación. Su madre era pinochetista y "pro milico", como buena hija de militares. Para el cambio de milenio ella enfermó, pero le preocupaba más el advenimiento de Ricardo Lagos a La Moneda, otro socialista, como Salvador Allende. "De nuevo lo mismo, este país se va otra vez a la mierda", decía ella. Y ya sabemos que no ocurrió nada, que el gobierno de Lagos fue más bien derechista y privatizador, jamás un "comeguaguas" como versaba la caricatura de los años sesenta. No había que arrancar al autoexilio ni vender las propiedades ni llevarse la riqueza al extranjero. No ocurrió nada. Entonces, Alonso armó un mejor panorama mental, no se volvió crítico contra sus padres pinochetistas, quienes vivieron los años de la Unidad Popular de forma distinta, y en cierto modo era comprensible su situación.

—Suelo contarles a mis amigos de manera más reservada que efectivamente había gente que vivíamos en un estado de no saber. De no enterarte. Si no tienes parientes, si no tienes amigos, si no tienes a nadie al lado que te diga las cosas que ocurren, no las ves.

En 1990 Alonso y yo entramos a estudiar Periodismo, ahí nos conocimos. En esa generación teníamos un compañero

singular en el aula, se llamaba Michel Nahas y era hermano de un conscripto que había sido ejecutado en el norte, pocos días después del golpe. Así que —coincidiendo con el regreso a la democracia— en nuestro curso se hablaba mucho del tema, quizás como una catarsis generacional. Alonso recuerda que los padres de Michel llegaron a la escuela a dar su testimonio "bastante criterioso y sin sesgo de lo que había ocurrido con su hijo, y dije, oh, cómo no nos enteramos de eso". De ahí en adelante se inició una maduración que había estado pendiente.

De hecho, Michel se llamaba así en honor y recuerdo de su hermano asesinado, del mismo nombre.

Un compañero de curso, a quien no voy a mencionar para que no se registre su nombre porque no lo merece, acusó en clases a Alonso de "vivir en una burbuja", y probablemente haya sido así. Pero fue otro compañero, todavía más innombrable porque además estaba chalado de los sesos, que —sin proponérselo— inmortalizó a Benavides Medina Sidonia con una frase que está esperando a que alguien sea capaz de escribir una novela en su rededor. En una amable tarde en que sacábamos la vuelta en los jardines del campus, este sujeto —izquierdista y revolucionario al peo— saludó así a Alonso:



—Hola, pequeño retoño de la burguesía.

El mote fue instantáneo: Alonso Benavides Medina Sidonia, nuestro único aristócrata del curso, y de la universidad, el niño símbolo de la vida en una burbuja, era desde ese momento un pequeño retoño de la burguesía. Una obra maestra de apodo que apela y engloba los últimos doscientos años de vida republicana. ¿En qué están los premios nacionales de Historia, que no abordan el tema patrio desde ese mote? Manga de flojos.

—Yo pasé por una etapa en la universidad —cuando estudiaba Derecho— en que me declaraba radical, pero de los antiguos. Mi abuelo había sido radical, mi bisabuelo había sido radical. Y me inspiraba esa cosa romántica de jugar un poco

a la política. Hasta me invitaron a formar parte del partido Radical, pero no entendía nada de política, ¡era un anacrónico que pensaba en González Videla, en Juan Antonio Ríos o Pedro Aguirre Cerda! Y me regalaron un libro del partido Radical, lo miré y dije: estos son todos comunistas. Ahí se acabó.

Alonso votó por la opción Sí en el plebiscito de 1988, y siguió votando por el candidato de derecha en las elecciones, hasta que empezó a cruzar el voto: para presidente, la derecha, para parlamentario, la izquierda. También recuerda que participó en caravanas de propaganda del Sí, pero por una cuestión más pragmática que cualquiera puede suscribir: ¡ahí estaban las minas ricas! Y eso es un valor superior a la política, a la patria y al Estado: la mina rica, flaca, bonita de ojos azules. En mi caso, hoy me arrepiento de haber apoyado a la opción No, porque desde siempre he deseado amar a una mina rica, flaca, soltera y joven, sin importar el color de los ojos. Que haya sido pinochetista, daba lo mismo.



—Además —dice Alonso—, porque a ti no te pasó nada. Si no sabes nada, si no te enteras, si nada te han contado, no es tema. Uno puede asegurar que todo lo otro que se decía era mentira.

En 1988 ambos bandos, el Sí y el No, tiraban toda la carne a la parrilla. Como se decía en esa época, la opción No estaba financiada por "el marxismo internacional", chiste que luego apliqué mil veces para desacreditar cualquier actividad pública y cultural: aquí hay platas del marxismo internacional, no veo otra explicación. Sospeche usted, querido lector, que este modesto redactor recibió platas del marxismo internacional para escribir este libro. *Mi general* solía declararlo en televisión con extrema facilidad: los señores políticos, la Vicaría de la Solidaridad, el teatro, la "prensa comunista", los cantores populares, el mendigo de la esquina, todos, todos están financiados por el marxismo internacional. Y uno, de joven e ingenuo, le creía al viejo, a su voz destemplada: ¡los marxistas, señores!

Oh, solía imitar a *mi general* en el aula, justamente con esa frase, y no me salía mal porque los muchachos lo reconocían y se reían. El problema es que las futuras generaciones ya no sabían de él más que de las clases de Historia, si hubiesen venido de un colegio con mentalidad abierta como para incluir en el programa de la asignatura esos hechos tan recientes. Hoy ya no resulta gracioso para la cabrería. Ah, también imitaba al almirante Merino cuando, curtido en whisky, profería: "¡soberanía marítima!". O más bien algo así como: "¡zobedadía maddítima!".

Mientras, mi amigo Alonso Benavides Medina Sidonia, Marqués de Santisteban y duque de Badajoz, valido del rey de todas las Españas, ponía su empeño en la campaña del Sí, un país ganador. En paralelo, yo andaba cagado de miedo ante la amenaza de que no se reconociera el triunfo de la opción No. Vidas paralelas.



—Estábamos tan entusiasmados —me dice Alonso— que para las Fiestas Patrias de ese año, 1988, organizamos una Fonda del Sí. Se llamaba "Sí, un país ganador". Los tragos de la barra recibían nombres como: vodka tónica general, mojito Merino, pisco sour goteado en golpe, ron a la Hawker Hunter, en fin. Nadie de nosotros dudaba del triunfo, creíamos que iba a ser solo un trámite, como el plebiscito de 1980. Y que nos liberaríamos de los rojos.

Y había más tragos en esa fonda dedicada a *mi general*: quiero un Patricia Maldonado con harto limón, quiero un Pedro Messone cargado a la sal, quiero un Antonio Zabaleta doble y con una rodaja de pomelo, quiero un Alberto Plaza batido, no revuelto. Y quiero un Gloria Simonetti regular. El bajativo Don Elías se lo pido más tarde.

Pero fueron derrotados.

Años más tarde, ya bien entrada la democracia, le comenté a Alonso —como una talla— si me acompañaría a la sierra a armar la revolución. ¡La paradoja es que me respondió que sí!,

que ya era hora, que conseguiría financiamiento de su abuela millonaria en dólares, y dueña del mundo, no es chiste, para comprar armas y provisiones, y que ahí nos veríamos en la espesura de la selva valdiviana a fin de alcanzar el poder a punta de balas, sabotajes y atentados. Benavides presidente de facto y Matamala como ministro del Interior. Qué tal.

Volvimos a conversarlo un par de veces más, hasta que se nos diluyó la idea guerrillera y quedamos así, entre el Sí y el No, con una melancolía propia de un estado de excepción: qué espectacular sería borrar los retazos de la memoria de la dictadura. Pero ya sabemos que no se puede.



22. La madre del cordero

A cada cual le afecta la fecha del 11 de septiembre de 1973 de manera distinta: los que lloran, los que se alegran y destapan botellas de champaña, los que son indiferentes, los que no estuvieron aquí, los que no habían nacido, los que tienen una pena específica o una felicidad general atribuidas a ese día, o los que no saben de qué se trató. Se me ocurre que necesitaremos de varias generaciones más para que esa fecha resulte anodina en el corazón de los chilenos y adquiera la misma gravedad que el asalto del cacique Michimalonco a Santiago, el 11 de septiembre de 1541, ciudad arrasada, pero fecha que ya no divide a nadie.



Tito Fernández, el Temucano, el autor de "La madre del cordero" y "Me gusta el vino", es un personaje a quien esa maldita efeméride no le puede resultar indiferente. Yo escuchaba sus canciones desde niño, me las sabía de memoria, y de puro patudo —a principios del milenio nuevo— lo contacté. Pillé una página web suya bastante primitiva, y desde ahí le escribí: hola, don Tito, me llamo Tito. Me respondió, y mantuvimos una comunicación amena pero escueta, nada muy profundo. Hasta que me avivé al recordar esta estrofa:

Me gusta el vino, porque el vino es bueno.
Pero cuando brota el agua pura y cristalina de la madre tierra...
¡Más me gusta el vino!

En 1999 había publicado con relativo éxito una idea que rondaba en mi cabeza desde hacía años: *Manual del buen bebedor.* Y en 2005 le di una vuelta más al tema, así surgió el *Diccionario del buen bebedor*, aprobado por la editorial X y con fecha de lanzamiento para septiembre. Muy bien, ¿y si le pedía a Tito Fernández que me lo presentase en Santiago? El Temucano algo sabía de bebestibles fermentados y destilados, pese a que se había retirado de las pistas, su persona sería un buen golpe publicitario. Le escribí, le conté detalles del libro, aceptó encantado, y lo comuniqué con la editorial. Qué gran acierto. Hinché las pelotas por varios días, me retaron, me dijeron que me quedara callado, que la editorial se encargaba de la organización. Y así fue.

Aquí viene lo malo, una sumatoria de decisiones absurdas de X no permitieron aprovechar el nombre del gran Tito Fernández, y todo se fue a las pailas. ¿Cuál es el peor día del año para convocar a una presentación de un libro? Sí, por supuesto: un 11 de septiembre. Otra vez se me aparecía la fecha infame, y yo sin pito que tocar, apenas un humilde espectador de los sucesos.

La editorial armó la presentación de mi libro para un 11 de septiembre al mediodía, y en el Parque Arauco: el símbolo máximo de un país botado a liberal y olvidadizo de su pasado de sangre y lágrimas. Todo mal, todo peor. A duras penas lograron traer a Tito Fernández, no quería venir, se había arrepentido porque esa fecha no era para andar celebrando los libros de un huevón, y menos de un huevón desconocido como yo. Claro que estaba en lo cierto. Fueron a buscarlo en taxi a su casa, venía con su hijo que también es músico. Vio el escenario, vio al público asoleado en la terraza del centro comercial, y quiso arrancar. A eso no vine, dijo. Costó convencerlo de que se quedase, mientras su hijo se negó a siquiera sacar la guitarra de su funda. ¡Qué se han imaginado, fachos de mierda, no vamos a cantar ni una *huevá*!

Nos ubicamos en la tarima, estábamos a la sombra cagados de frío él y yo, mientras el público se recocía de calor con el sol

en la cara. Lo primero que Tito Fernández dijo ante el micrófono se lo suscribí: "A qué huevones de mierda se les ocurre organizar una presentación de libro en este día en que no hay nada que celebrar". Los gerentes de la editorial callaron y miraron para otro lado. A la vuelta del tiempo, sumando y restando, volví a calcular que esa fecha de la ignominia me perseguirá siempre, hasta en temas tan festivos como el intento de armar un espectáculo para un libro sobre copete, cañas, borracheras y parrandas. Por ese tiempo me había convertido en un experto en esos temas bebestibles, luego colgué el hígado.

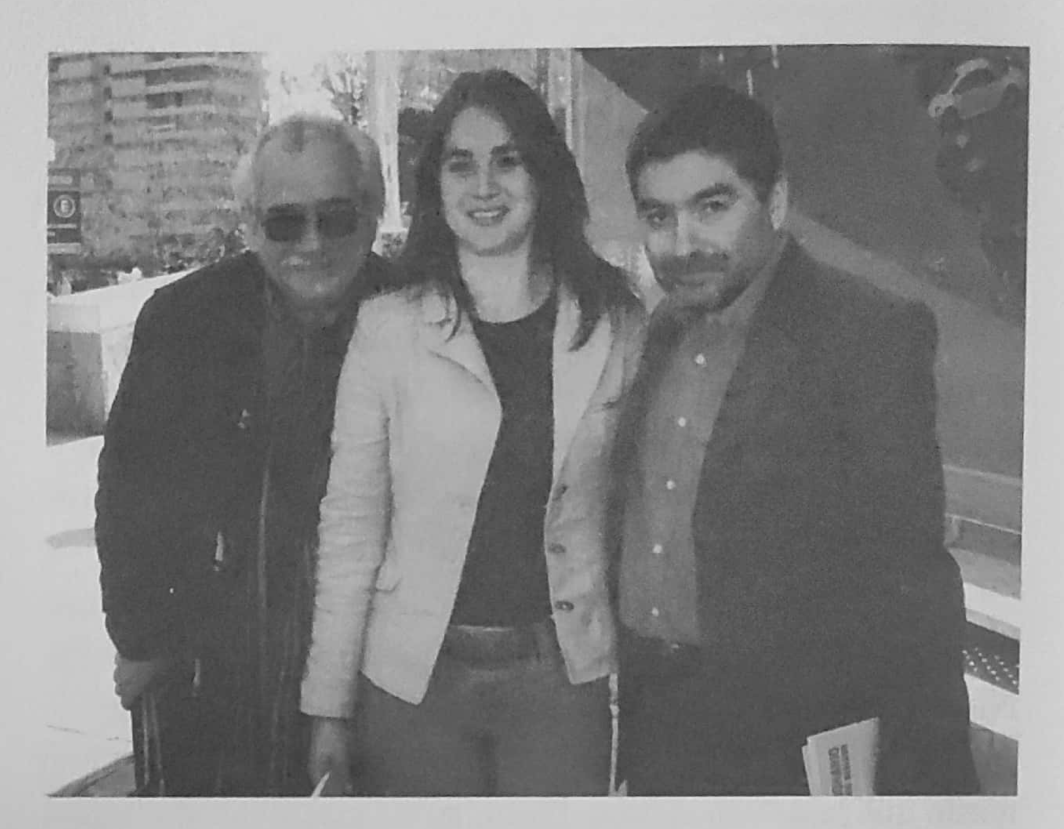
Tito Fernández fue digno: habló de mi libro, se rió, contó anécdotas de su época de bebedor, y permitió que mi sobrina Nidia y yo nos sacásemos una foto con su ilustre persona.

—En Chillán había un bar cuyo dueño era tan grande y gordo que le decían el Siete Potos, así de gigante. Y no le gustaba ese apodo, se molestaba mucho. Pero tenía un hermano que era un poquito menos gordo que él, que también se instaló con un bar, y le decían el Cinco Potos.



Risas generalizadas del público insolado, estuvimos ahí más de una hora un mediodía de 11 de septiembre casi tan inolvidable como el original de la efeméride de la ignominia. Después perdimos contacto, no supe más de don Tito, aunque seguí recitando "La madre del cordero" como la más bella poesía en música de la historia patria. Es que había una relación con mi oscuro pasado de revolucionario descafeinado:

Ahí me metí a las tomas
¿El trabajo?, me dije, aunque lo pierda
Me pelié hasta con los pacos
¡A punta 'e rebenques, mierda!
Cuarenta días tomando
Bailando cueca apretado
Pa' eso había juntado alguna plata
Y no soy ningún fijado.

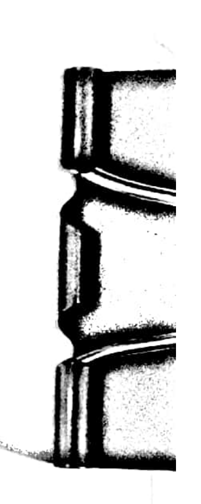


Mi sobrina Nidia me acompañó en ese mal organizado día, y don Tito fue muy amable y permitió que nos tomásemos una foto.

23. Mi general Pitufísimo

Para Hervi, con admiración.

En su gran libro recopilatorio del periodo más oscuro de *mi general, Chao no más*, mi amigo y maestro Hernán Vidal Martínez, Hervi, publica varias de las páginas que en su momento fueron censuradas, tarjadas o desaparecidas por el ejército de censores que se instalaba en cada medio de comunicación no adicto al régimen. ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Alguna vez, a la vuelta del tiempo, habrán tenido conciencia del carácter burdo de su pega de tachar chistes o caricaturas que pudieran herir la sensibilidad dictatorial? ¿Acaso un chiste puede derrumbar una tiranía? De acuerdo a la novela *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, sí, es posible, solo que es muy difícil.



Y nosotros, los que habíamos abierto los ojos, estábamos pendientes de lo que aparecía en la prensa, como material coleccionable. A ver quién se atrevía a dibujar a *mi general*, a ver quién se atrevía a aprobar su publicación, en qué editorial. Como nunca antes ni después, las revistas políticas de oposición causaban revuelo, las esperábamos con ansias y las comprábamos entre varios. Leíamos Apsi, Análisis, Cauce, Hoy. Incluso *La Bicicleta*, que era más loca y desfachatada, pero que cada semana nos regalaba una obra sublime de Hernán Vidal: su personaje "Supercifuentes, el Justiciero", que delineaba a un cesante crónico, vendedor ambulante y a la vez héroe volador que siempre metía las patas y terminaba preso. Ya eso, leer

la historieta, pagaba el esfuerzo de juntar las monedas entre varios de los compañeros del hogar Maipú.

Pero todo estaba censurado, y todavía más cuando se empezó a caldear el ambiente: esos revoltosos de mierda que habían iniciado las protestas contra *mi general* se multiplicaban, ya no eran pocos, ya no era los marxistas de siempre, ya no se amilanaban porque al mes siguiente —un típico día 11— volvían a la calle y dale de nuevo con esa *huevadita* de la democracia. El régimen militar, en cambio, ofrecía una variante bella y edulcorada: la democracia protegida. O como en un chiste de mi querido Hervi: "Le vamos a llamar *democrasida*, para que le agarren miedo".



Así que estábamos atentos a un pase gol, a que algún dibujante eximio pudiese meter la cuchufleta de un chiste que dejara a *mi general* como el mono que era, o a sus ministros, o a los demás miembros de la junta militar que —con total desparpajo, como un elenco de circo— ejercía las funciones de "poder legislativo". Qué patudos. Claro, hubo viñetas geniales, y las recuerdo como si las estuviese mirando ahora. Hernán Vidal a la cabeza de todos esos ilustres guerrilleros de la tinta china.

Sin embargo, el golpe más grande vino desde afuera, y pilló de sorpresa al régimen democrático protegido de *mi general.*

A principios de los años 80 fue muy exitosa la serie animada "Los Pitufos" en televisión. Todavía con primitivos sistemas de medición de audiencia, se sabía que el programa arrasaba en el horario de la tarde por el canal de Televisión Nacional. Así que en pocos meses comenzó a venderse en kioscos la colección completa de las aventuras de estos seres de piel azul. Aclaro aquí que se trataba de revistas publicadas en Francia y Bélgica quince años antes, dato que deleita todavía más el desaguisado. El régimen militar y su sistema de censura no podían siquiera sospechar de lo que se les vendría encima como emergencia nacional.

Mi profesor de Electrotecnia en el colegio, Mario Molina, coleccionaba las revistas como herencia para sus hijos. Gracias a él supe. Supe al fin. De pronto apareció el número que se titulaba "El Pitufísimo". En la aldea de los pitufos, el Papá Pitufo, líder natural, debía ausentarse por algún tiempo. Hubo intentos de elecciones para buscar un reemplazante interino de su liderato, todo falló. Hasta que uno de los pitufos logró convencer a los otros de que él podría ser el elegido, a punta de promesas demagógicas. Gana la elección. Tiene todo el poder y se obnubila, comienza a encarcelar a los opositores, crea un régimen despótico y cruel, se autoerige como el salvador de la patria (la aldea) y no escarmienta en aplastar a sus detractores. Además, se viste de capa y corona.

¿Les suena la historia?

Sí, era la historia de *mi general.*

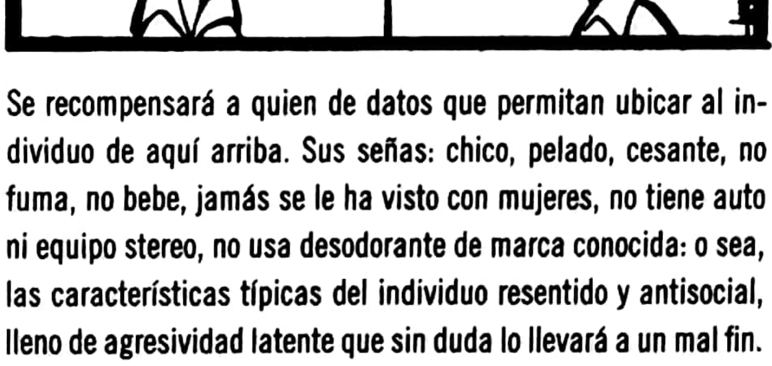
Pero los viejos de mierda a cargo de la censura estaban dormidos, curados, o ese día no fueron a trabajar. Porque "El Pitufísimo" causó revuelo en 1984, un comic que describía en detalle la realidad triste que estábamos viviendo y de la que no veíamos todavía una forma concreta de escaparnos. Gol de media cancha del creador, el belga Peyo, que retrataba con precisión todo el proceso clásico de la dictadura latinoamericana: el caudillo solapado que se convierte en presidente de facto y que ahí, con el poder, se ceba y ya no desea devolverlo. Presos todos sus oponentes, o desaparecidos.

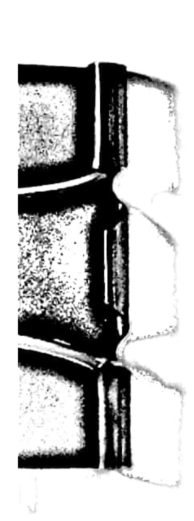


Hoy en internet se pueden encontrar numerosos análisis semióticos de "El Pitufísimo", porque es una historieta adelantada a su tiempo, un fresco mordaz de lo que estaba ocurriendo en la década del setenta en nuestro continente: la democracia se había perdido en cada uno de los países, acarreaban a los muertos en camiones y helicópteros, los servicios de seguridad de todas las naciones tomaban el té juntos a las cinco de la tarde y Pinochet gritoneaba en la pantalla de televisión: "¡los políticos que vuelvan a sus covachas!".

Pero igual, en silencio y con sorna, los que leímos "El Pitufísimo" nos cagamos de la risa de *mi general.* Eso, claro, una vez que lo entendimos.



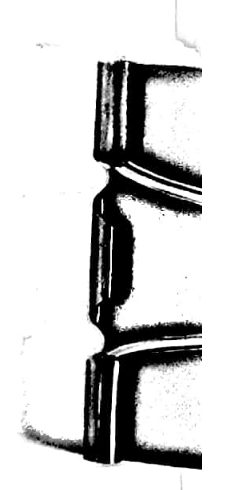




"Supercifuentes, el justiciero", creación de Hervi, ícono de los años 80. Nos representó a todos en el pesimismo, las pellejerías y la vocación de caer preso cada día.

24. Los gatos de doña Aída y el dólar a 39 pesos

Y bien, que doña Aída aceptó que esos dos gatos que había traído a su casa la empleada se quedasen, pero a condición de que les iba a cambiar el nombre. Ya no se llamarían Cicerón y Martina, sino PEM y POJH. Por cierto, era una ironía de la señora dueña de la hacienda, y de la ciudad, para aludir a los dos planes de emergencia del régimen militar después de la crisis económica de 1982, cuando el país se vino abajo y la cesantía oficial y declarada era de un 33%. De seguro la real habrá sido mayor, pero no lo sabremos nunca.



Hacia finales de los años setenta, cuando los muertos navegando por el río Mapocho eran menos frecuentes, cuando la dictadura ya mataba de manera más responsable, empezó un auge económico impensado. El cambio del modelo de economía aplicado a rajatabla y sin derecho a pataleo, con los sindicatos proscritos, había creado una falsa idea de progreso y desarrollo. El país se abría al mundo y llegaban guarifaifas y chucherías de Oriente que de inmediato se transformaron en sustanciales, imprescindibles. Parecía que íbamos bien. El régimen había asegurado que el dólar se mantendría a 39 pesos como una medida inamovible, un tipo de cambio absolutamente irreal, incluso para nuestros días en que hemos superado crisis mundiales severas. ¿Se imagina usted, amable lector, viajar hoy mismo, 2016, a Europa o Estados Unidos con un dólar a 39 pesos? El dinero de su billetera se vería incrementado unas cuarenta veces.

No fue posible. Todo era mentira, mentira, como una letra de tango.

La economía del país era una cáscara falsa.

Perdone usted lo latero, pero acá va una pequeña clase de economía básica: el tipo de cambio —es decir, el precio del dólar— dice relación con el grado de industrialización de un país, siempre comparado con el gigante Estados Unidos. Y nosotros no tenemos cómo ni dónde. Y mucho menos en el oscuro año de 1982 de nuestra desgracia total. Ahí descubrimos que la bonanza económica, que las leseras inútiles que nos llegaban de China o Taiwán, eran un espejismo que —además— encubría a los muertos escondidos en cárceles que no eran cárceles, y en cementerios tan grandes como el mar. Literalmente.

Aquí es donde debo apelar al recuerdo de *mi general* hablando al país en cadena obligatoria nacional de televisión para asegurar que todo estaba bien, todo en calma —sí, señor— y que el dólar a 39 pesos no cambiaría jamás. Habrá sido un martes de marzo de 1982. El viernes siguiente el dólar ya se cotizaba en 140 pesos, y ese entramado de país que habían construido con mentiras y especulaciones, ay, se derrumbaba sin posibilidad de milagro.



Dos semanas más tarde el dólar ya estaba 300 pesos. Las fortunas instantáneas fueron muchas: toda la gente cercana al régimen que fue avisada, todos los ministros, todos los empresarios adictos, todos los familiares y amigos que supieron antes y se embolsaron lucas. Me atrevo a asegurar que el Chile de hoy —esa parte del Chile que no nos agrada— se construyó en esos pocos días en que el dólar se les arrancó de las manos a los viejos de la dictadura. Ahí se refundó la patria, los ricos y los pobres se acomodaron en sus puestos definitivos.

¿Y qué era el PEM, qué era el POJH? Ya vamos con los gatos de doña Aída.

Antes debemos recordar una figura insigne de aquellos tiempos en que nos fuimos a la cresta. En toda nación del mundo se necesita vender o comprar dólares, por más anti-

imperialista y enemiga de Estados Unidos que se declare. Si la economía no se mantiene ordenada, de inmediato se crea un mercado negro de dólar paralelo, cuyo tipo de cambio es más real que el que sostiene la autoridad. ¡Y dale con las clases de economía! Matamala latero insoportable. Bien, sigo. Cuando todo se vino abajo, cuando las fortunas del siglo XXI ya estaban constituidas, surgió un nuevo nicho de mercado laboral: comprar y vender dólares en los paseos Ahumada y Huérfanos de Santiago, pero en forma ilegal, arrancando de los policías. El lema publicitario era simple: "compro dólares". Y así surgió ese personaje tan bien retratado en la serie de televisión "Los Ochenta" por el actor Daniel Alcaíno: un sujeto solapado que en voz baja murmuraba a los transeúntes: "compro dólares, compro dólares". Así había nacido el "comprodólares". Su oficio era clandestino: debía comprar y vender dólares fuera de las casas de cambio, o incluso amparado en ellas atrayendo clientes, pero al filo de la ley, además desprestigiado por otros que no compraban ni vendían dólares, sino que robaban o estafaban al potencial cliente.



El "comprodólares" desapareció con el regreso a la democracia y cuando la economía volvió a ser sana y estable, sin necesidad de una yunta paralela. Sin embargo, esa figura reaparece en cada país del continente que sucumbe al populismo y a la demagogia, como la Argentina de los K que —otra vez— dilapidaron la fortuna de la nación. Ay, K, ¡malditos perros!

Ahora vamos al PEM y al POJH.

El régimen de *mi general* las vio negras al inicio de la crisis de 1982. La cesantía estaba fuera de control y no había plata en las arcas fiscales, apenas alcanzaba para pagar los salarios de los funcionarios públicos. Entonces, el ministro de Hacienda de turno debía salir al extranjero a pedir plata prestada y renegociar la deuda anterior. Recuerdo un chiste cochino que contábamos en la universidad y que retrataba los tiempos:

El ministro de Hacienda chileno viaja a París a pedir plata

al Fondo Monetario Internacional, FMI. Al bajar del avión, su asesor le indica que hay una poza de agua y le sugiere que se suba la basta de sus pantalones para que no se les mojen. Se olvidan del asunto, y cuando van a saludar al secretario general del FMI el asesor se da cuenta de que el ministro todavía lleva la basta de su pantalón subido hasta las canillas. Le dice al oído:

—Señor ministro, bájese los pantalones.

Y el ministro se da vuelta y le replica:

—¿Tanto les debemos a estos huevones?

Risas.

Otro chiste apelaba a esa situación de emergencia. *Mi general* declaraba en televisión que teníamos que apretarnos el cinturón, refiriéndose a las estrecheces económicas. Y la respuesta era:

—Demasiado tarde, el cinturón ya me lo comí.



Entonces surgen el PEM y el POJH. En su máxima desesperación ante la cesantía, el régimen inventa un recurso: el gobierno contrata a todo aquel ciudadano cesante que desee trabajar para tareas simples como movimiento de rocas, malezas y tierra. Habían nacido los egipcios: no servían para nada porque las rocas que movía un grupo de izquierda a derecha, al otro día un grupo distinto las cambiaba de derecha a izquierda.

Tal como los egipcios que construyeron las grandes pirámides, cientos de miles de chilenos empezaron a transportar rocas de un lado a otro como un Sísifo, a cambio de un salario mensual que habrá alcanzado para dos kilos de pan, una sandía en verano, un pote de margarina, un paquete de arroz y paremos de contar. Algo así como un octavo del actual salario mínimo.

El PEM: Plan de Empleo Mínimo. Y de verdad era mínimo, mínimo.

El POJH: Plan de Ocupación para Jefes de Hogar. Eran

los privilegiados que recibían dos lucas más por su condición de responsables de una familia.

Se supo, y se denunció en la prensa de oposición ochentera, que los alcaldes e intendentes del régimen —todos designados y felizmente adictos— utilizaban a las huestes del PEM y el POJH para beneficios personales. Era cosa de pedir. Qué sé yo: un desmalezado en mi parcela, un arreglo del camino que lleva a mi parcela, una pintura de la gran casa de mi parcela, el cambio de techo de la casa de mi parcela. Para eso había esclavos disponibles y los pagaba el Estado. Egipcios a latigazos construyendo pirámides.

Era un país triste.

Doña Aída, a su vez, siendo una dama de la derecha pinochetista, muy contenta porque al fin el sentido del orden superaba el sentido de la justicia, no perdió el aplomo y el humor: si esos gatos entraban a su casa patronal de una hacienda tan grande que usted no me creería si le cuento el tamaño, debían llamarse así, PEM y POJH. Demás está decir que a la dama no le agradaban los gatos, ese es el chiste.



En mi familia, la crisis de 1982 y el dólar falso a 39 pesos no nos afectaron por una sencilla razón: ya éramos pobres. Y más abajo no se podía caer. Además, y coincidiendo con la fecha en que *mi general* declaraba enérgicamente que el dólar seguiría estable por toda la eternidad, me trasladé a Concepción a estudiar en la universidad, justamente, becado por él. Esa historia ya la conté, pero necesitaba explicarles el nexo.

25. El cuero de las culebras

Todos los de más o menos nuestra generación tenemos alguna historia escabrosa que, por lo general, vinimos a conocer y entender mucho tiempo después de ocurrida. Es el caso de Eva, mi amiga querida Eva Débia Oyarzún, a quien la Parca la visitó dos veces en su infancia. Cuando le conté de esta idea de libro, Eva de inmediato me avisó que tenía aportes sustanciosos, y que me los cedía. El primero es más sencillo y comprensible, acá va:



—Soy hija de Don Francisco y la dictadura. Con esto, reconozco abiertamente eso que mi generación guarda bien escondido porque no se dice ni se evoca, pero qué carajos, hay que ser honestos: las familias disfuncionales de los 80 vivimos alienadas en una combinación letal y altamente bipolar, entre lo que la televisión abierta nos entregaba con muchas e iluminadas guitarras Tizona y juguetes Otto Kraus, y el temor velado del gobierno militar, sin rostros y con un manto de oscuridad tenebrosa e innombrable. Mis horas de ocio estaban mayormente constituidas por "Robotech", "Candy", "El Festival de la Una" y "Tardes de Cine", y los fines de semana la familia se agolpaba frente a la cajita idiota para adormecernos con el "Jappening con Ja" y el en ese entonces eterno "Sábados Gigantes".

Eva no entendía de política, lo que es obvio para una niña de ocho años que vivía en "un pueblo cercano a Santiago" (guardo el nombre porque los personajes involucrados todavía están ahí). Ya se venía una nueva "Teletón", y el país entero coreaba el número de cuenta bancaria como si fuese un mantra:

24.500-03. Nadie era capaz de cuestionar "la noble cruzada", y si se atrevía quedaba sometido al escarnio público.

—Mi abuela era vecina del gobernador del pueblo, un militar que fue tristemente conocido años después por tratar de matar a su esposa. Como fuere, a fines de noviembre mi abuela me vistió muy ordenadita, y me pasó un enorme ramo de flores: "vamos a ver al presidente", me dijo. Cruzamos la calle y ahí estaba el caballero, rodeado de muchas personas muy altas para mí, que apenas medía 1,30 metros, enfundado en un traje de civil gris claro y su brillantísima perla en la corbata...

La abuela de Eva, muy entusiasmada, empujó a la niña para que se acercase al caballero y le entregase las flores al presidente Pinochet, quien le sonríe y acaricia la cabeza. Recién ahí pudo ver su rostro. Su cara de decepción quedó plasmada en una famosa fotografía que ahora la Eva periodista se resiste a mostrar, como una vergüenza de la infancia. No logré que me la cediera.



—Es que yo esperaba entregarle las flores a Don Francisco.

El azar, sin embargo, no dejó tranquila a Eva, las vueltas de la vida volvieron a cruzarla con lo peor de los años oscuros. La hermana de su madre trabajaba como secretaria en una viña (que tampoco vamos a nombrar), y en un ambiente "muy requete facho". La tía solía llevar a Eva a las reuniones sociales, más que nada para no llegar sola.

—Así fue cómo un calurosísimo día de verano figuraba yo en pleno Curacaví —la tierra de la chicha baya y curadora— en la parcela que la cantante Patricia Maldonado estaba inaugurando con un asado. Pura gente adulta, los hijos de la Maldo (que no coincidían con mi margen etario)... y yo sola como un dedo. Me dio por subir el cerro y, *wow*, encontré el cuero de una culebra. Aluciné con esa experiencia. Era como una culebra misma, enterita, perfecta... pero sin la culebra dentro.

Eva vuelve a la fiesta de los adultos y les cuenta embelesada lo que vio, aunque no pudo traer el cuero porque se resquebrajó cuando quiso tomarlo. No le prestaron atención, su relato era irrelevante, salvo por un caballero flacucho, de mechas tiesas y bigote, que hablaba poco.

—Fue súper amable conmigo. Me explicó en detalle el asunto de los cambios de piel y nos pusimos a hablar de serpientes, culebras, venenos y otros fenómenos vinculados al mundo de los ofidios. Luego Diego Luna (el cantante ochentero, no el de Colonia Dignidad) sacó la guitarra. Ahí figuraba yo, sentada en la falda de este amable tío, cantando canciones de Los Huasos Quincheros en una tarde feliz. Pasaron algunos años, no muchos, pero años. Un día estaba viendo televisión con mi mamá, cuando en las noticias dicen que habían apresado a un tal Álvaro Corbalán. Y yo digo: ¡pero si es el tío Álvaro! A mi mamá le vino un ataque surtido cuando me escuchó exclamar tamaña expresión.

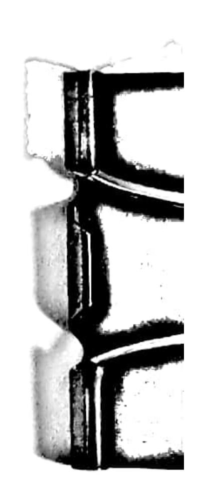
Ese señor, uno de los más grandes criminales de la dictadura y condenado a varias cadenas perpetuas, es el que había estado conversando con la niñita Eva acerca de las pieles de culebra en el rancho de otra joya de esos años: la Maldo.

—Encuentro yo que la historia con el tío Álvaro tiene esa magia irónica del cuero de culebra...

De miedo.

26. Orejas peludas

Y de repente la cámara giraba para mostrar al público que asistía en vivo al programa de Televisión Nacional, "Sabor Latino", y se veía a sujetos felices, de lentes oscuros, orejas peludas y bigotes frondosos. Sus esposas, a su vez, lucían abrigos de piel de conejo, muy de moda en ese momento, mucho antes de la discusión acerca de las pieles de animales como prenda de vestir. Los chilenos de medio pelo para abajo veíamos el mundo en blanco y negro, pero aun así esos bigotes se asomaban siniestros: era la plana mayor de la CNI, la Central Nacional de Informaciones, el organismo represor que tuvo que reemplazar solo nominalmente a la antigua DINA, Dirección de Inteligencia Nacional, debido a que los gringos los pillaron y supieron que esos tipos habían andado matando a compatriotas en el extranjero. Y así no se puede. Es mal visto.



Volvamos a la escena de las orejas peludas. Estaban felices en grupos de dos o tres parejas en sus mesas. Era el año oscuro de 1978. Como militares en ejercicio y destinados a los servicios secretos, no podía haber mejor privilegio que aparecer en un programa de televisión. ¿Qué será de esas esposas y sus abrigos de conejo, hoy varias de ellas con sus maridos en la cárcel por dos eternidades? ¿Habrán entendido que sus cónyuges mataban y desaparecían chilenos en su horario normal de trabajo? Digo, como quien poda el césped, y llegaban a casa un poco tarde y cansados: la pega hoy fue dura, querida.

En un país modesto, acostumbrado al vino en garrafa y a la grapa del sur, las orejas peludas de la televisión se cebaron

con un nuevo brebaje que conocían apenas por los comentarios de alguna otra oreja peluda que habrá viajado al exterior: whisky. No puedo precisar el detalle en la fragilidad de la memoria de mi infancia, pero de seguro habrán asesinado el whisky con Coca Cola o algo peor.

¿Oreja peluda?

Desde 1998 escribo una columna dominical en el diario *El Sur*, los lectores me han tratado bien, me han tratado mal. Me han dicho de todo a través de las cartas al director o en la calle y en la fila de la caja en el supermercado. Como siempre, quisiera que me hablasen chicas de veinte años, flacas, solteras y en lo posible rucias, lectoras fanáticas de mis columnas y aspirantes a escritoras. Pero me atajan señoras de la tercera edad que me manifiestan su parecer por lo que escribo, oiga, qué bueno lo que dijo el domingo pasado. Snif. Me he acostumbrado, y utilizo el truco de caminar mirando el piso y sin establecer contacto visual con nadie. Pero un día, aquí en la calle Chacabuco, me encontré con un señor de panza grande, lentes oscuros y bigote recio, que me detuvo:



—¿Señor Matamala?

—Sí.

Por fortuna no atiné a darle la mano.

—Mire, no me gustó lo que escribió de la CNI.

Sentí que me meaba, quise poner el poto contra la pared, pero la pared ingrata estaba muy lejos. Me puse a tiritar, hasta aquí no más llego, pensé, adiós a los amigos, adiós a los libros. Y ahí, en la pobreza de valentía, se me encendió el último cartucho de dignidad, y dije:

—Gracias, lo consideraré más adelante.

De seguro no habrá sido un CNI torturador y asesino, sino tal vez un funcionario menor, el que llevaba las cuentas, el que firmaba los vales, el que compraba el papel higiénico en el centro de reclusión secreto, el que se creía artífice de la obra de *mi general*, el que habría querido ser torturador y asesino y

no fue, no calificó. Porque si ese caballero hubiese sido uno de los perros bravos, no podría estar escribiendo este libro hoy. Un combo en la guata y listo, Matamala jubilado.

Ah, qué se bebía en dictadura. Volvamos al tema.

Al principio el espectro era muy reducido: tal vez una grapa —que es un pisco sin denominación de origen—, o una botella de menta. Los tragos fuertes, como el vodka y el whisky originales, quedaban limitados a los prostíbulos y solo por gracia de algún marinero mercante que lo donaba o lo vendía quizás a qué precio. Antes del golpe, acompañé a mi padre a comprar vino en garrafas a alguna picada del campo en su citroneta Azam. Los recuerdos se dividen en dos tipos: o son vagos, o se inventan.



Fue con la aplicación a rajatabla del modelo económico liberal —resultado de una serie de azares— que de repente hubo supermercados y botillerías que vendían licores extraños que habían formado parte de la historia mítica y que ahora estaban ahí, lleve no más, a precio razonable. Los mismos chilenos que hoy reclaman por una educación gratuita, por una reforma económica, por una nueva Constitución, en esa época empezaron a curarse con tragos finos: whisky, vodka, ginebra, ron del Caribe. Y otros no tan finos pero igualmente exóticos: tequila, mezcal, cachaza. Así que nos fuimos emborrachando, se acabó el tiempo del *pichuncho* y el chacolí, de la malta con harina y el vino navegado. Ahora podíamos ocupar realmente el puesto de los ingleses de América Latina con un Chivas Regal en la mano, dos hielos en el vaso, gracias, gracias. Costaría un poco aprender que a ese potaje no se le echa Coca Cola, que no es un elemento para un combinado, por eso en "Sabor latino" de TVN se veían, a pesar del blanco y negro, los vasos oscuros en las manos de los agentes de seguridad. Y ahí Alvarito Corbalán en primera fila porque en aquellos días se estaba pasando por la plancha a una artista española que poseía un poto descomunal, tipo mapamundi, por el que debía pagar

impuestos en la aduana cada vez que entraba a Chile. Era una tal Maripepa Nieto.

Aquí viene lo más triste: tengo un módulo de clases en que hablo de cómo se gestan los mitos y por qué el cantante chileno Luis Dimas no cumplió requisito para ello (no murió joven). Les hablo de la amistad antigua de Dimas con un sobrino putativo: Corbalán, y que gracias a ello Luchito —que venía regresando de Canadá— tuvo un paso fugaz por Televisión Nacional. Su problema fue que la dictadura ya se estaba acabando, y le duró poco la plata dulce. Muestro una foto de Alvarito con sus bigotes de matarife... las nuevas generaciones ya no saben quién es ese personaje.



27. Yo voté por el Sí

Ya habíamos entrado a la década del 90, con Patricio Aylwin como presidente de la transición, pero con *mi general* todavía en su puesto de combate y vigilando la democracia. Es decir, que ningún huevón me agite las aguas, o vuelvo a meter cohetes por las ventanas de La Moneda. Por esos tiempos hubo un *sketch* memorable en el programa de humor televisivo "De chincol a jote", en Canal 13, que retrató fielmente lo que ocurría con este país que recién salía del letargo de los 17 años de encierro. Los actores Gonzalo Robles y Malucha Pinto protagonizaban un matrimonio ideal, con total afinidad y amor, hasta se reían de otras parejas que peleaban por cualquier lesera, como tirarse un peo o sacarse los mocos delante del otro. Para ellos, era asunto superado y sin importancia. Evidentemente que se amaban, tal para cual, y se aceptaban todo.



Gonzalo y Malucha se meten a la cama, y siguen riéndose de las desavenencias menores de sus amigos en pareja. De pronto ella suspira y, a propósito de nada, dice:

—¡Qué bueno que haya ganado el No!

Gonzalo se ofusca, no lo puede creer, e increpa a Malucha:

—¡Pero cómo! ¿Tú votaste por el No?

Se inicia una pelea política en la cama, ella muy de la Concertación y él muy facho. Naturalmente, el conflicto se inicia por la opción de votar Sí o No en el plebiscito de 1988 que terminó con el régimen de *mi general* y permitió un llamado a elecciones libres ya sin el peso de la noche. Por esa época, tras la derrota, se especulaba que los partidos políticos ahora en

el poder iban a dejar la escoba muy pronto, que volveríamos "al caos, señores", como amenazaba Pinochet, y que pronto, en las elecciones programadas para 1993, todo se encauzaría a la normalidad y los militares serían de nuevo llamados para liberarnos del "cáncer marxista".

Mientras, Gonzalo y Malucha seguían discutiendo, cada cual en su personaje estereotipado: ella a la izquierda y él a la derecha. Hasta que ya no se puede más, y se ve que se separan luego de la frase inmortal de Gonzalo:

—¡Volveremos con el Tata el 93! —aludiendo a lo que en ese momento se comentaba: una posible candidatura presidencial de *mi general*, esta vez como civil con su perla en la corbata, para suceder a Patricio Aylwin. Sus partidarios lo daban por hecho, un triunfo seguro en 1993, había que tener paciencia y esperar.



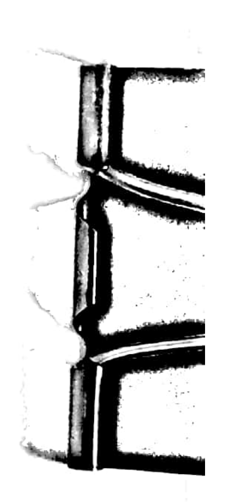
El chiste era ese: que muchos no sabíamos en qué había andado el otro, por muy amigo o familiar que fuera. O que otros tantos no tuvieron siquiera idea de lo que ocurrió esa jornada del 5 de octubre de 1988. Felicia, por ejemplo, era la cajera de un café que yo solía frecuentar, y con la que coqueteaba porque respondía al modelo matamaliano de señorita flaca-regia-estupenda. Me parecía despierta, eficiente y atenta con la clientela. Un modelo de mujer. Mientras no me viese la dueña del café, mi amiga Almudena, yo me acercaba a conversar con Felicia. Unos días después del plebiscito, cuando en el país se padecía la algarabía de la victoria y de la construcción inmediata de un mundo mejor, cuando en las calles se pedía la renuncia de *mi general* de inmediato, le comenté esos datos a la señorita. Su respuesta fue como una tonelada de ingenuidad lanzada al aire, y un reflejo prístino de que no todos los chilenos habíamos entendido lo que sucedió durante 17 años:

—Yo voté por el Sí, pero parece que me equivoqué porque ganó el No —dijo Felicia, y me quedé callado, preferí no im-

portunarle su alma. Para ella, la elección había sido como una adivinanza, y perdió.

Pero no olvidé a Felicia como la representación de lo que, en promedio, somos: una manga de pavos, quizás solo preocupados del empleo y de la situación económica, sin fijarnos que los grandes procesos políticos determinan nuestras vidas. De seguro, si hubiese invitado a Felicia a armar la revolución, tampoco me habría entendido. Tal vez me habría aceptado una copa de vino en una cita… y un agarrón de pechuga si la cosa pasaba a mayores. Por lo demás, una pechuga democrática pero protegida, la pechuga de la derecha.

No sé si se habrán fijado que todas las grandes debacles de los países siempre se deben a dos tipos de personas: los imbéciles y los ignorantes. Podríamos pasar lista.



28. Cristian Plebiscito y la revolución

Mi buen amigo Cristian se adelantó siete días al plebiscito de 1988, nació un 28 de septiembre. Casi acertó el pleno. De haber sido así, si hubiese nacido el día del triunfo de la opción No, su padre —muy comprometido con la causa— pensaba ponerle Cristian Plebiscito. Se salvó el cabro. En el colegio lo habrían molestado mucho: ¡hola, Plebis! O más tarde ya lo habrían motejado de frentón: ¡qué tal, No!, o ¡Noíto!

Lo que recuerda su madre, Betty, es que ese día domingo 28 venían apurados y, como siempre, atrasados desde Chiguayante, porque el pequeño Cristian amenazaba con aparecer por allá abajo, ya saben. La mala suerte nunca es poca: de pronto se vieron atascados en su automóvil por culpa de la última manifestación autorizada de la opción Sí del régimen. Las calles caóticas, las viejas pitucas con banderas de *mi general*, los cuicos en sus camionetas nuevas sentados por fuera de la ventana. Imposibilidad de avanzar o retroceder. Y más encima, escuchando por los altoparlantes la oratoria fantástica de los dignatarios del Sí en la ciudad, muchos de los cuales no desearían recordar ese momento de alabanzas a la isla de paz y tranquilidad, a la economía sana, a la democracia protegida, a la victoria segura que garantizaba ocho años más de presencia de Pinochet en La Moneda. Recuerdo que, por casualidad, yo también estaba ahí, tratando de pasar inadvertido en la turbamulta de fachos con las banderitas del "país ganador". Oí que el orador decía: "¿Dónde están esos cinco millones de pobres que acusan los marxistas del

No?". Bueno, a decir verdad, no estaban ahí, no habría sido aconsejable.

Había pobres, claro, por toneladas, por camionadas, pero el erróneo truco del régimen militar era negarlos, o reducirlos a su mínima expresión: todavía quedan pobres, pero ya vamos acabando con ellos, algo así.

Los que nos habíamos metido en cuerpo y alma por la opción No, pese al tiritón permanente de las rodillas, vivimos la algarabía del triunfo ese lunes 6 de octubre. Hasta salí a tomar fotos, ya algo más tranquilo, de la fiesta espontánea en las calles, y de esa cosa muy extraña de cruzar la vereda para ir a abrazar a un carabinero. Quizás qué uniformado habrá sido, muy improbablemente uno de aquellos que me agarraron a patadas años atrás, cuando el *show* recién empezaba y yo recién entendía de qué se trataba el entuerto.



En todo Chile hubo manifestantes pacíficos que corrieron a abrazar carabineros, como soñando que la pesadilla del mundo había acabado. Hay numerosas imágenes y fotografías de esos casos, y de vez en cuando los medios de prensa encuentran a los protagonistas, los inmortalizan de nuevo y los regresan a su anonimato.

Pues, bien, que bailamos y celebramos. Mi amigo Cristian tenía apenas siete días, un muchachuelo feliz, aparezco con él en una foto que nos tomó su padre, Daniel. Pero no había que distraerse tanto porque faltaba la segunda victoria para sacar a *mi general* de su puesto, de al menos ese puesto de presidente de facto en La Moneda. Como versó el famoso titular del periódico de oposición *Fortín Mapocho*, el caballero había corrido solo y había salido segundo. Es cuestión de revisar esas imágenes por televisión de la madrugada del 6 de octubre de 1988: cualquier semiólogo podría asegurar que a Pinochet le estaba comiendo el culo de rabia. Y que más encima no podía rascarse ante la prensa internacional que lo acosaba, así que iba de carreritas al privado para aliviarse.

Pocas semanas después, cuando ya se apagaron los cohetes de júbilo y las campanas de algarabía, se barajó el naipe para lo que venía: la elección presidencial de 1989, el auténtico regreso a la democracia. Se elegían también senadores y diputados por primera vez desde marzo de 1972.

Durante el plebiscito yo había trabajado como fotógrafo para el diario El Sur, y sus oficinas eran el único sitio para que me ubicara alguna persona que no me conociera, y que tuviera la suerte de encontrarme ahí. Un día la secretaria me pasó el teléfono, había una llamada para mí.

—Don Tito.

—¿Sí?

—Mire, gusto en saludarlo, le habla Mariano Ruiz-Esquide.



—¿Sí?

—Usted no me conoce, yo fui diputado hasta 1973, y ahora voy de candidato a senador por el partido Demócrata Cristiano para la VIII Región.

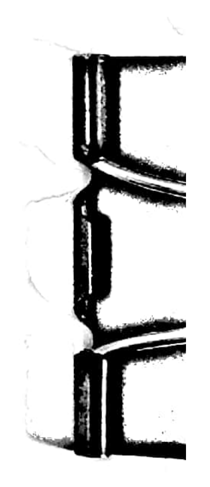
—¿Sí?

—Mire, sé que usted es fotógrafo. Quisiera contratar sus servicios para toda la campaña electoral. Quiero que siempre esté conmigo, que no se me despegue. Viajará en mi auto en todo momento. Cobre lo que estime conveniente.

Así que durante meses acompañé al que luego sería senador —de seguro sin que mis fotos hayan gravitado ni tenido tanto peso histórico en el resultado de los comicios— y recorrimos el sur profundo de mi región, Matamala premunido de apenas una Pentax MX y rollos de película en blanco y negro porque debía entregar mi material revelado en mi propio laboratorio. No me iba mal. Salvo que en una de las salidas a terreno a Los Ángeles, visitando una industria de celulosa, me caí por culpa de ese tumulto de decenas de fotógrafos y camarógrafos que peleaban el mejor encuadre. Terminé botado en el suelo, los demás me pisotearon y siguieron caminando tras

el candidato. Solidaridad gremial. Un camarógrafo de Canal 13 —desearía saber su nombre— me dio la mano y me incorporé, empolvado y machucado.

La campaña política ya ardía. La gira del candidato Ruiz-Esquide debía coincidir con la otra más grande, la gira del candidato presidencial, Patricio Aylwin. Así que una noche nos encontrábamos todos en un mismo restaurante, don Patricio secundado por los carabineros escoltas que le había asignado el régimen, supongo que muy a disgusto, de *mi general.* Una mesa grande para una cena esplendorosa, y yo de colado. Luego comienza la sesión de fotos con don Patricio: los candidatos, las señoras del servicio, los carabineros, los periodistas, los fotógrafos, el personal de aseo.



En ese minuto, había que ser muy leso para no calcular que el presidente de Chile sería Patricio Aylwin. Por eso tanta foto. Y yo fui más o menos tonto, porque me negué. De puro huevón. Ahora echo de menos esa probable foto para coronar esta historia, y porque mi madre me lo habría agradecido: su hijito Matamala Aburto al lado de un presidente de la república.

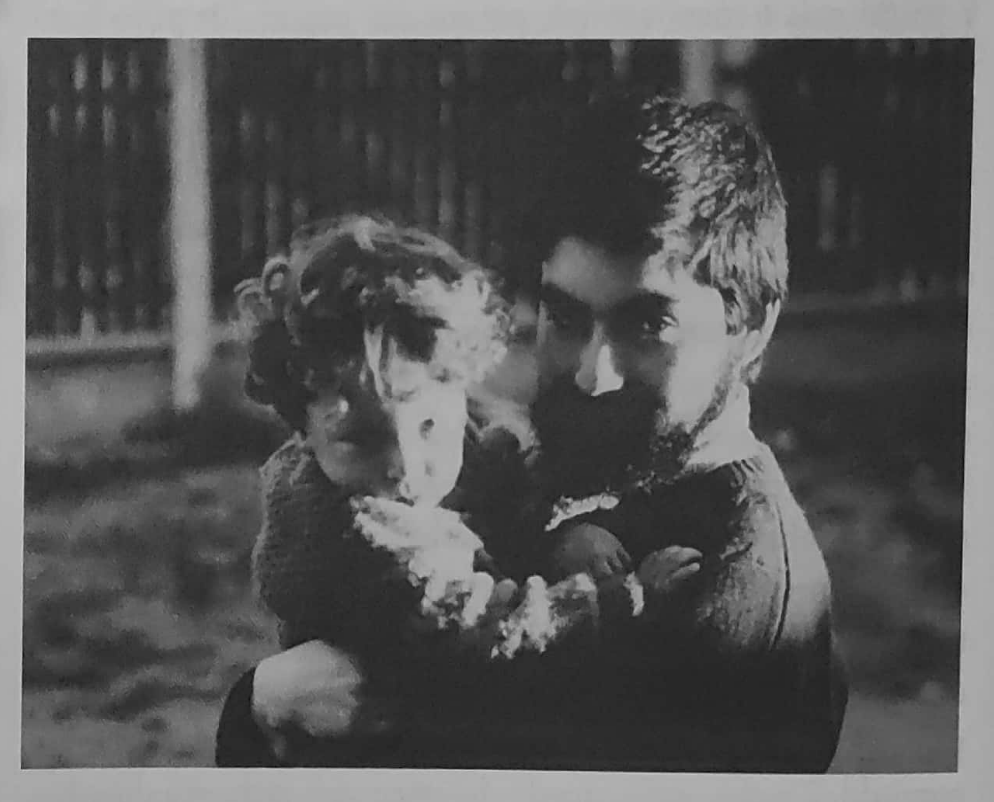
Y aquí es donde viene el corolario sabroso. También había otro candidato de la Concertación, el médico Jorge Condeza, quien había protagonizado un bullado regreso clandestino al país luego de su exilio. Viajaba junto a nosotros en su vehículo, y se me metía en las fotos. Mi misión era retratar a don Mariano en todo momento, ojalá siempre junto al candidato presidencial. Y don Jorge me quebraba el cuadro porque se cruzaba como un político de la serie "Los Simpson", de caricatura, como el alcalde Diamante. En un tiempo anterior a la era digital, uno debía cuidar cada cuadro de su rollo de película, y el caballero me estaba fregando la pega. Disimulé, seguí disparando, a veces podía sacarlo del encuadre, pero era difícil.

En fin, que tomé muchas fotos. Llegué a casa, revelé todo el material, lo entregué a mi empleador, don Mariano, trabajo impecable. Cobré mis lucas, y luego vi un negocio anexo: al

menos veinte fotos del candidato Condeza riendo dichoso a la cámara, a mi cámara. Armé un set de lujo, averigüé dónde quedaba su oficina de campaña en la ciudad y fui a vendérselas. Cara de palo.

¡Me las compraron enseguida! Mucha plata para un pinganilla como yo. De todos los sinsabores de aquella época, de los tiritones de rodilla y de manos, recuerdo esa avivada como la mejor: ese político viejo, Condeza, debió pagarme el estropicio de mis disparos fotográficos. Y más encima, como ya sabemos, perdió la elección, y se perdió en la vorágine de la historia. No lo echo de menos.

¿Y mi amigo Cristian, el recién nacido en esos días? Ahora es ingeniero, ha sido un gran compinche por años, le debo la vida dos veces por razones que no detallaré por problemas de espacio.



En mis brazos, Cristian de niño, que casi se llamó Plebiscito por la coincidencia de las fechas en 1988.

29. Cuatro apuntes de una juventud con los milicos

Claudio Concha Conchalón Concharello tenía cuatro años el día en que los Hawker Hunter metieron su mercadería por las ventanas de La Moneda, a precio de oferta, lleve tres pague dos. Era un niño del gran barrio de Lorenzo Arenas, donde años más tarde Claudio fue conocido como El Príncipe de Laguna Redonda. Frente a la casa de sus padres había un terreno baldío, junto a la línea del tren a Talcahuano, que por esos años funcionaba con normalidad. Ese era el espacio de los juegos, de la pelota y la pichanga, también de los volantines en septiembre.



Oh, qué malo fue ese mes.

—Recuerdo el avión de plumavit, cosa que años después supe que era sinónimo pobreza por no poder comprarnos un volantín. Y mi padre llega con el avión blanco, de un metro de largo, y nosotros con mi hermano menor que lo acompañábamos con la mirada, en medio del pasto y las zarzas, cómo el avioncito se elevaba y se confundía con el límpido cielo de la infancia.

Entonces pasaron los camiones. Eran tres. Verdes, grandes, ruidosos. Con gente adentro, vestidos del mismo verde, sentados en fila. Doblaron por la esquina, entraron al Pasaje 12. Al otro lado de la calle, saliendo de la casa, la madre de Claudio les pidió que entrasen. No la escucharon. La madre pegó el segundo grito. El padre, don Luis, asintió, les dijo a los chicos que regresaran. Don Luis se quedó bajando el avioncito de plumavit, recogiendo el hilo a brazadas, muy rápido, urgido.

Algo grave ocurría.

—Pero nosotros queríamos ver el avión, queríamos tener el hilo del avión. Molesto, pasé al patio trasero. No teníamos pandereta, solo una reja alta de madera, recuerdo de los primeros años de la población. Los camiones llegaron por el pasaje de atrás. Se detuvieron a poca de distancia. Y entonces bajaron y golpearon a la puerta de los vecinos del pasaje en diagonal a nuestra casa. Patearon las puertas y gritaron. Vi a dos personas saltando las rejas entre viviendas, huyendo de patio en patio como atletas. Los camiones salieron rápidamente, los militares corrían también por las calles. Ese fue mi golpe de Estado.

La canción de Yungay

El colegio Prieto Cruz era muy mentado por la zona, lo había creado una profesora en su propio hogar y para 1974 ya contaba con kínder, prekínder y primero básico. Esa fue la primera escuela de Claudio, allí aprendió a leer con el Silabario Hispanoamericano, allí también —cómo no— se enamoró de una niña linda que vivía en frente de la casa de su abuela y que, como un acosador moderno, Claudio seguía todas las tardes luego de clases, como Charlie Brown y la Bella Pelirroja. Y ahí fue donde aprendió a cantar cada una las canciones de las Fuerzas Armadas. Cada mañana se entonaba la Canción Nacional, eso era de martes a viernes. Los lunes se cantaba "Brazas a ceñir", "Orden y Patria", el himno de Carabineros, y la "Canción de Yungay":

Cantemos la gloria
Del triunfo marcial
Que el pueblo chileno
Obtuvo en Yungay

Tremendo recital de los 50 niños que formaban parte de la escuelita recién fundada.

—Hasta el día en que a alguien se le ocurrió la gran idea. Puede que haya sido por supervivencia, o que un apoderado lo exigió, o que era una orden, no sé. Pero tuvimos que aprendernos la canción "Libre", que había sido original de Nino Bravo, y que un comediante aprovechador, llamado Bigote Arrocet, le había cantado a la Junta Militar en el Festival de Viña del Mar en 1974, con antorchas de papel a la antigua y por ese acto de chupamedias— había sido merecedor de una gaviota de plata, la primera que se entregaba fuera de la competencia. A mí me gustaba Nino Bravo, mis padres recuerdan que me sabía sus temas, y que me alegré de que fuéramos a cantar una de las suya en la escuela.



Libre,
como el sol cuando amanece,
yo soy libre como el mar...
...como el ave que escapó de su prisión
y puede, al fin, volar...
...como el viento que recoge mi lamento
y mi pesar,
camino sin cesar
detrás de la verdad
y sabré lo que es al fin, la libertad.

Después el regalo de gaviotas se volvería vicio, ya saben. Pero no olvidemos la primera, la infame, la rastrera, la de un pobre chileno arrodillado en el escenario, ignorante a la pala de lo que sucedía. Por lo demás, como la mayoría de nosotros, salvo que fuimos más dignos. ¿Habrá comprendido alguna vez el Bigote de qué se trataba el mundo? ¿Qué pensará ahora?

Las protestas del 83

A Claudio lo trasladaron al Colegio Salesianos, porque la escuelita de Prieto Cruz alcanzaba solo hasta tercero básico. Pero el Salesianos era muy distinto, ¡había elecciones de centro de alumnos!, con campañas y votaciones, esas cosas raras que habían quedado en el olvido feliz para la alegría de *mi general.*

—Mis padres me decían que no me metiese en nada, que estábamos en un gobierno de facto, una dictadura, ¿no ves?, que hay muertos desaparecidos y ahí tienes a tus tíos, esos escapados que ahora mandan grabaciones desde Berlín o Barcelona, y un lado completo de la familia que son solo fotos de desconocidos y que ahora, ahora puede que vuelvan (cosa que hicieron, solo para irse de vuelta a Europa pasados unos años).



Pero, bueno, la mejor noticia fue que por fin nos quitaron el toque de queda, podíamos volver a cualquier hora a la casa. O sea, se acababan las emblemáticas fiestas de "toque a toque". Una generación entera podría llevar ese calificativo de "toque a toque": el pololeo, el noviazgo, el sexo y el casorio estaban determinados por la hora de regreso obligado a casa. Maldita juventud actual, 2016, que no sabe lo que es esa tortura.

Coincidió la época con el inicio de las protestas, los cacerolazos y las marchas en el centro de Concepción. A la primera de ellas acudió una delegación del glorioso Salesianos, puros cabros de segundo a cuarto medio, más que nada por la cimarra, con un cartel que decía "Dios nos da la libertad, el hombre la hace democracia".

—Qué inocentes. Yo le hice caso a mi madre, y me quedé en el colegio, pensando que tal vez no era la ocasión de hacerlo, que mis compañeros sabrían cumplir con su deber. Y lo hicieron. Al otro día, el boca a boca contaba la hazaña de caminar por la calle pidiendo la libertad, la democracia, que se vaya el viejo. Épico.

El plebiscito

—Yo estudiaba Ingeniería. Se cachaba que el viejo no la tenía fácil. Cuando se supo el resultado de la deliberación de la junta, y se anunció a los cuatro vientos que se decidiría con un plebiscito la continuación de la obra del gobierno militar, pues que dejamos la zorra en la universidad. A ver, no tanto. Yo estaba en clases de Química Analítica, en el antiguo edificio que se quemó para el terremoto de 2010, justo al lado del Foro, y veía y oía por la ventana la transmisión de la radio. Y al rato, que se organizó la primera marcha y todos juntos en el Foro de la UdeC escuchábamos las noticias transmitidas por un precario amplificador de la única "Radio Clandestina" de este lado del hemisferio.



Mientras, afuera se cantaba y se convocaba a las peñas, a la antigua, con candolas y sopaipillas para juntar monedas por la causa de la democracia, o lo que fuese. Alguna vez estuve en una de ellas, sintiéndome muy comprometido, compañeros, y acompañado de una mujer que la soñaba como el amor de mi vida y que no fue más que el espejismo de la juventud: no le agarré ni un dedo. Empanadas de pino y un navegado cargado a la naranja y la canela, la dieta ejemplar de un revolucionario.

—Un mes antes del plebiscito de 1988 fui a visitar a una compañera de estudios, ella vivía en el edificio frente a Los Tribunales, por Tucapel, y subí en el andrajoso ascensor, ese con los botones de negro nácar, y cuando estaba cerrando la puerta entró apurado un tipo que reconocí de inmediato, hijo de una amiga de mi abuela, un vecino de Lorenzo Arenas, sabía que trabajaba en la municipalidad. Y que era un agente de la CNI, la temida Central Nacional de Informaciones.

Recordemos esa escena de *El secreto de sus ojos*, cuando el asesino entra al ascensor y pasa bala en frente de los protagonistas y todos se cagan de susto. Pues bien, fue exactamente igual lo que vio Claudio. Los ojos azul vidriosos del agente lo miraron, se fijaron en una chapita que llevaba en su abrigo,

una que regalaban con una marca de helados, y se produjo este diálogo de espanto:

—¿Esa placa?, supongo que estarás por el Sí.

La chapita era una miserable placa blanca con un monito como un fideo verde, de carita amistosa, de brazos abiertos, nada más que un monito verde sobre fondo blanco, ni que fuera el símbolo de la Internacional.

—El monito es apolítico —contestó Claudio a media voz.

—Debería estar por el Sí —repitió el agente.

Silencio, y los números del ascensor que pasaban lentos, lánguidos. Hasta que se abrió la puerta al fin y el sujeto, con desparpajo, se despidió con ademán de vieja amistad.

—Respiré. Me saqué la puta chapa del abrigo y traté de huir, aunque no sabía hacia dónde.

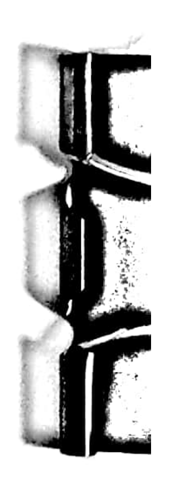
Días después ganó la opción No, y *mi general* de seguro cagó tuercas y remaches, meó soda cáustica, lloró bicarbonato de sodio y vomitó ranas en su privado del palacio de La Moneda que no le pertenecía.



Con Claudio Concha a principios de los noventa en una fuente de soda de la calle Portugal en Santiago, deliberando si sería el momento apropiado para marcharse a la sierra a armar la revolución. Pero nos inclinamos por la segunda opción: otra ronda de cervezas Escudo de un litro, por favor, porque la revolución podía esperar.

30. La mantequilla de Marlon Brando

No le resultó el chiste a Chicho Gordillo, un comediante peruano de larga trayectoria que estuvo en el escenario del Festival de Viña del Mar en 1976. Y no es porque tirara una talla política, o porque estuviera en la platea *mi general* y su esposa, como solían acostumbrar, momentos en que el animador eterno —Antonio Vodanovic de mi mala muerte— se mandaba unas zalamerías, unas chupadas de pata que causaban hipo. Tampoco estaba el almirante Merino y su cámara fotográfica con lente zoom, ni menos Alvarito Corbalán porque todavía no llegaba su hora.



El humorista limeño quizás no supo que entraba a un país bajo una dictadura militar, y que el gran truco de los regímenes de facto es aplicar censura a cualquier manifestación artística, desde plástica a literatura, desde teatro a cine. Por lo demás, censura arbitraria que ni siquiera seguía un patrón entendible, una norma, algo, digamos, algo. Aquí no cabe la televisión, porque su parámetro era distinto, ya lo veremos más adelante.

El cine extranjero sufría de cortes, recortes y censuras totales. Hubo títulos emblemáticos que tardamos 17 años en conocer y de los que teníamos información por revistas culturales o por personas afortunadas que viajaban, por ejemplo, a Buenos Aires y ahí compraban boletos para ver *El último tango en París*, de Bernardo Bertolucci. Eso, Chicho Gordillo no lo podía saber: nuestras autoridades se preocupaban de que nada ni nadie envenenase el país hermoso que estaban construyen-

do, ninguna afrenta a la moral y a las buenas costumbres. Debíamos ser sanitos de cuerpo y espíritu.

Estrenada en 1972, *El último tango en París* venía precedida de una mala fama, la película era muy cochina: un hombre y una mujer que no se conocen, ni siquiera sus nombres, arriendan una buhardilla para mantener relaciones sexuales. De ella, Jeanne (María Schneider), algo se nos cuenta. De él, Paul (Marlon Brando), nada, un misterio. Los desnudos son bastante escasos, no superan la media de las películas que, por esa época, iban escapando al fin de las décadas de control en la industria. Una tetita al aire, nada más. Lo que escandalizó a los censores era esa historia turbia de una pareja que copula solo porque sí, porque andan ganosos, y sin matrimonio ni noviazgo que lo pudiesen avalar.

En particular, aquí vuelvo a Chicho Gordillo, hay una secuencia que debió sulfurar la mentalidad del tamaño de un maní de los censores. Paul espera a que llegue Jeanne, le pide que le traiga el pan de mantequilla del refrigerador, la bota al suelo, boca abajo, le quita los pantalones y desoye las protestas de ella. En el plano de la cámara nada de esto se muestra, pero se entiende que Paul lubrica el ano de Jeanne con la mantequilla y luego la penetra mientras le dice al oído un montón de barbaridades respecto de la sociedad, el matrimonio, la iglesia, la moral y todo lo demás.

Fuerte.

Y en la Quinta Vergara, cuatro años después, Chicho Gordillo cuenta un chiste cuyo remate es: "Marlon Mantequilla Brando". No hubo risas, nadie entendió la talla, los chilenos quedamos mirándonos las caras porque al parecer algo no sabíamos, y que sí se sabía en el resto del mundo, partiendo por Perú. Ah, claro, ellos habían visto *El último tango en París*. Y nosotros, por la voluntad de *mi general* y su señora y amante esposa, no.

Señoras y señores, aquí comienza la increíble historia de la censura cinematográfica durante la dictadura, y podría ter-

minar aquí mismo porque todo lo que pueda agregar no supera al gran Marlon Brando y sus dedos embadurnados con mantequilla.

En 1985 comenzaron a proliferar los videoclubes improvisados y sin normativa. Se proveían de películas que cualquier persona copiaba en un viaje al extranjero y la traía en formato VHS o Betamax, y así se multiplicaban. Comprenderán la calidad de imagen de la copia de una copia de una copia. Era un negocio sin regulación, aun cuando se emitían boletas. Por supuesto, ninguna cinta tenía carátulas, se trataba de casetes con el nombre de la película en el lomo escrito a mano con un plumón. Cuando los equipos de reproducción eran todavía carísimos, se requería de fortunas y azares para ver algo así como cine en su casa.



Ese año vi *El último tango en París*, pero no arrendado en un videoclub, sino conseguido a la diabla con un amigo, al que no voy a mencionar para no comprometerlo. Era una copia que provenía de España, es decir, en español "españolao", coño, me cago en la leche. Marlon Brando y María Schneider hablaban con tantas zetas que parecía una epidemia del sueño. Sin embargo, fulguraba en el televisor la triste historia de esa pareja de seres solitarios y perdidos, tanto que te tocaba las fibras del corazón. Bella. Y en tal contexto, importaba muy poco la cantidad de mantequilla en el relato.

Durante ese periodo en Chile no hubo una normativa de censura, todo era arbitrario: las películas se prohibían o se recortaban, ¡con una simple tijera! Y punto. Uno llegaba a la sala de cine y ni se percataba de que habían rebanado la escena de la actriz con el poto al aire, aunque a veces lo sospechábamos, por el salto imprevisto entre una toma y otra.

Para el asunto de tetas y potos era la vieja Lucía la que estaba detrás, con su idea pechoña de la sociedad que pretendía imponer a través de su marido mangoneado, y con el apoyo firme de otros recalcitrantes, como el almirante Merino y su

infaltable botella de whisky JB. En cambio, si se trataba de prohibir alusiones políticas, otros tomaban el mando. Allí la cosa era más peluda.

En 1986 no se estrenó en Chile *Salvador*, dirigida por Oliver Stone. Era la historia de un periodista, protagonizado por James Wood, entrometido en El Salvador durante una dictadura militar asesina e indolente, que no trepidó en mandar a matar al obispo Óscar Romero, por ejemplo, el símbolo de la oposición pacífica, mientras impartía misa en la capilla del hospital de La Divina Providencia. El Salvador hundido en la tiranía, la corrupción, la mentira, el miedo, con muertos al azar en las calles… ¿le suena conocido el panorama? Por supuesto que no se nos iba a permitir ver esa falsaria propaganda del marxismo internacional. Recién después del regreso a la democracia en 1990 pudimos arrendar *Salvador* en los videoclubes que ahora estaban normados, eran legales, disponían de cintas originales, pagaban derechos y ya no parecían tugurios secretos, prostíbulos de la cinefilia.



Pero antes estuvo *Missing*, de 1982, la película dirigida por Costa-Gavras que aludía directamente a la situación vivida en nuestro país, a través del calvario de un padre norteamericano que viene a Chile a buscar a su hijo periodista desaparecido pocos días después del golpe. También la vimos a escondidas en una copia infame que cruzó la frontera quizás en qué maleta de revolucionario. Por primera vez apreciábamos una representación de lo sucedido, gran parte ficción, claro, pero había un apego a la realidad indesmentible. Nunca podré olvidar el parlamento de un personaje secundario que le va mostrando los muertos acumulados en una bodega al personaje interpretado por Jack Lemmon:

—Estos están identificados, estos están identificados, estos están identificados.

Y así.

Le perdonamos la errada representación de los militares chilenos que parecían centroamericanos, y las calles que no

eran precisamente el Santiago de aquel año de la pena. La película se filmó en México, no había otra opción. Justamente, cuando le preguntaron a *mi general* qué opinaba acerca de la película, con su humor cazurro y vil respondió:

—¡Pero si esas cosas pasaron en México!

Era un tiempo en que los ejecutivos de los dos únicos canales de televisión corrían a Estados Unidos cada año a comprar películas y series para incluirlas en la programación de temporada. Sin embargo, a veces el objetivo de la compra era otro: desde Televisión Nacional, el canal del régimen, compraban cualquier material que encontraban peligroso para la isla de paz y tranquilidad en la que vivíamos. Justamente, para que no lo comprase la competencia y así evitar a la fuerza su transmisión en Chile. El caso emblemático fue la miniserie *Holocausto*, de 1978, que contaba la historia de una familia judía en la Alemania nazi: los campos de concentración, la tiranía de un régimen despótico y asesino, la proscripción de las libertades individuales… Es curioso, censurar una historia así era como reconocer culpabilidad: que no se sepa acá que estamos imitando el modelo.



Como se ve —en dictadura o democracia—, la censura será siempre una burrada propia de bestias sin uso de razón.

La lista de películas que tuvieron que esperar el regreso a la democracia en 1990 es extensa y variada: unas muy políticas y de denuncia, y otras porque —de acuerdo a doña Lucía— excedían la cantidad de tetas aceptables en pantalla. Sería una lata mencionarlas a todas, para eso en la web se encuentran pormenorizados los títulos que les comían el culo a los censores. Sin embargo, debo mencionar una más, con la cual mantuve una relación íntima.

Hacia 1985 empecé a trabajar como colaborador en la Vicaría de la Solidaridad, era fotógrafo, dibujante y rotulador, cosa poca. Y hubo un momento en que me encargaron una misión secreta, difícil, de alta responsabilidad. Alguien nos ha-

bía traído una copia de calidad horrenda en VHS de la película argentina *La historia oficial*, de Héctor Babenco, que narraba el tráfico de bebés de madres prisioneras que daban a luz en las cárceles secretas y cuyas criaturas eran repartidas y asignadas a parejas con problemas de fecundidad, cercanas a las autoridades o funcionarias del régimen. Luego desaparecían a la madre. Era 1976, la peor y más sangrienta dictadura en la historia de toda Latinoamérica. En Argentina eso de robar niños fue una industria, en Chile los casos fueron menos. La copia que teníamos era imposible de ver en sus primeros veinte minutos, solo entonces se atisbaba algo, manchas que hablaban, y se alcanzaba a comprender la trama: una pareja de acomodados y adictos pasivos a la dictadura de Jorge Rafael Videla, apodado la Anguila, recibía una niña de cinco años. Iba a ser la hija que no pudieron procrear. De pronto, la esposa —interpretada por Norma Aleandro— se siente incómoda, comienza a averiguar y comprende que esa niña no les pertenece, que hay una abuela que la busca, una Abuela de la Plaza de Mayo.

En la Vicaría compraron un monitor enorme, de unas treinta pulgadas, al frente y hacia atrás, como era antes, un cajón imposible de cargar por un ser humano común. Ni siquiera era un televisor, solo un monitor, no recibía señal de TV, así de primitiva era la tecnología. Y también un reproductor de video. Mi misión era llevar ambos trastos en taxi a organizaciones, sindicatos, junta de vecinos, federaciones de estudiantes, colegios profesionales, cualquiera que desease ver en pantalla una realidad tan parecida a la nuestra. Me ayudaban el taxista y el auxiliar de la Vicaría, pero en gran parte del proceso debía arreglármelas solito. En particular, y aquí viene la anécdota, antes de la exhibición de la cinta debía emitir un parlamento ensayado, tanto para gente modesta o, por ejemplo, para los macucos del Colegio de Abogados:

—Buenas tardes, la película que van a ver nos costó mucho pasarla de manera clandestina por la frontera. Es una mala

copia, no tuvimos más opción. En los primeros veinte minutos prácticamente no se ve, pero les pido paciencia porque luego mejora y se entiende.

Era la primera vez que hablaba en público. Había cumplido 22 años, y no sé de dónde saqué las patas para esa tarea. Ahora, viejo y cansado, hasta me han pagado plata como comediante para audiencias masivas, y lo disfruto: como Coco Legrand, si me ponen un petardo en el culo puedo hablar por horas.

La pesadilla anexa es que vi *La historia oficial* decenas de veces, como un castigo de los dioses. Ya le conocía los tiempos, me retiraba a la calle a dar una vuelta, sabía a qué hora debía volver a desconectar y retirar los equipos para regresar a la Vicaría. Calculo que habré repetido esa rutina unas cincuenta oportunidades. Nunca vi la película entera y en copia decente, una vez que ya fue cosa de rutina arrendarla o verla en el cable. No lo necesité. Se me había impregnado en la piel.



Para la desgracia de *mi general* y de su cohorte, *La historia oficial* ganó el Óscar a la mejor película extranjera en 1986. Los ojos del mundo se fijaron en el tema de las madres desaparecidas en un régimen militar y sus hijos convertidos en mercancía. Faltaban dos años para el plebiscito de 1988, y tres para el triunfo del candidato presidencial, Patricio Aylwin. Uno soñaba con que se acabaría la censura en Chile con el regreso a la democracia y a las instituciones republicanas legítimas…

¡Las buenas huevas!

31. Payas para *mi general*



Mi querida Camila es ciudadana del mundo, tanto que ya no vive aquí, cerca de mi casa, sino en un departamento de ensueño en Copenhague junto a su hija Julia y un gran danés, su marido. Desde allá me envía mensajes, me consuela, me reta y se ríe de mis tallas, siempre atenta a las chifladuras que escribo.

—¿De qué se trata tu nuevo libro? —quiso saber.

—Es una especie de historia pequeña de la época de la dictadura de *mi general* —le expliqué.

—Yo tengo algo que contar al respecto —replicó, y supe que se venía un relato sustancioso.

Camila tiene recuerdos muy antiguos de su casa, de "cosas que no se podían hablar". Ella nació en 1974. Su padre, Gilberto Orellana, poseía un cacharro Skoda de color rojo, y con él se embarcaban a las peñas folclóricas que organizaba la Sociedad de Carpinteros y Ebanistas de Concepción, en calle Aníbal Pinto al llegar a Ejército. Eran salidas secretas. Las peñas folclóricas habían desaparecido del mapa cultural, y se las consideraba al menos subversivas o revolucionarias. Yo también estuve en una de ellas más de alguna vez, entre vino navegado y sopaipillas con ají, compenetrado de las primeras licencias que se podían dar los opositores al régimen militar. Escuchábamos a cantores populares que rayaban en la insurrección y la cárcel al interpretar temas de Víctor Jara o Violeta Parra. Cuando en la guitarra sonaba "Qué sabes de cordillera", de Patricio Manns, en esa parte del "tum, tum, tum" en voz baja coreábamos ("va' caer, va'

caer, va' caer"). Y calzaba perfecto el rezo para que el viejo porfiado cayera.

—A mi padre lo tomaron preso el día en que se iba a casar con mi mamá, el 9 de septiembre de 1975. Lo soltaron después de interrogarlo por el paradero de mis hermanos. Todos pensaron que se había arrepentido del matrimonio, cuando llegó a la casa nadie le creía la chiva, hasta que sacó un fajo de cartas recibidas desde Alemania... le habían interceptado el correo. Muchos años después, algo lindo ocurrió también para mi casorio en Dinamarca con el gran danés: mi hermano Juan había guardado un dibujo que yo hice a los ocho años. Era un barco, lo tengo enmarcado y ahora lo estoy mirando, me lo entregó como regalo de matrimonio con un poema muy lindo, Juan también es payador. De niña yo dibujaba para mis hermanos a los que no conocía.



Las peñas se anunciaban en panfletos y afiches modestos, casi como avisar sin avisar, por temor a que no llegasen clientes y comensales sino agentes de seguridad del régimen. Sabíamos que quedaban lejos, a orillas de la ciudad, nos pasábamos el dato y caminábamos en la noche impredecible. Los locales no tenían letreros en la fachada, y al interior había mesas armadas con tablones, manteles de plásticos y una variedad de sillas recopiladas de bodegas en abandono. Eso era una peña, o "círculo de recreo", como lo define el diccionario de la RAE.

—Todos se conocían, todos se saludaban y a mí en particular me interesaban las empanadas fritas que se vendían en el lugar, una para cada uno, sin repetición, y luego de la bebida Fanta y mi empanada no quedaba otra que ponerse a jugar con el resto de los chiquillos, no eran muchos, la verdad. Después del discurso inaugural llegaban los artistas, y entre ellos mi padre, que era payador por puro amor al arte, jamás cobró plata por participar en ninguna fiesta.

En esas salidas nocturnas con su padre, Camila —todavía muy niña— empezó a escuchar palabras comprometedoras en

improvisados discursos que se intercalaban entre canciones, como "dictadura" y —todavía más allá— "Perrochet". Había allí un joven penquista que luego adquiriría notoriedad en la música popular, se apodaba "El Canela", payador nato, su proclama era más encendida que el resto de los artistas, en contraste con don Gilberto Orellana, que era un hombre muy compuesto y de aspecto tranquilo. Por lo demás, en esos tiempos era lo que se aconsejaba.

—De los recuerdos tempranos también está el viaje de mi padre para visitar a mis hermanos, a quienes yo no conocía porque salieron al exilio poco después de que yo había nacido. Mi padre volvió con una muñeca que él mismo bautizó como Camilín y que era más grande que yo en ese entonces. Creo que fue en 1978, yo tenía 4 años. Y así, en casa se habló siempre de política y siempre se discutieron las noticias después de la once. Mi padre era un hombre al que le gustaba estar informado, compraba el diario todos los días y nosotros los chicos siempre estuvimos metidos en el medio, escuchando lo que pasaba.



Para el plebiscito fraudulento de 1980 en que se consagró la Constitución escrita por Jaime Guzmán y dedicada a la eternidad de *mi general*, don Gilberto fue vocal de mesa. Esa noche regresó a casa abrumado por la impotencia. "La gente tenía miedo", es lo primero que dijo a su familia. Y luego vino el sermón a sus hijos: "Si les preguntan en la escuela si yo voté por el Sí o por el No, digan que voté por el Sí. Pero sepan que yo voté por el No".

—En mi cabeza de niña siempre comprendí que había cosas que no se podían decir en la escuela D-558, Gran Bretaña. Nuestro director, de apellido Mendiburo, era también de terror, tenía la misma voz que el dictador, ¡la misma! Era un viejo bruto, abusador, que nos metía cuco con "los comunistas leninistas". En la época del conflicto con Argentina, en 1978, nos asustaba y nos decía que ya se escuchaban los aviones enemigos sobrevolando Concepción.

Con sus hermanos Claudio y Juan en el exilio, y con un padre abiertamente socialista que, lamentablemente, se movía en un mundo de "viejos momios", la niñez de Camila fue perturbadora. Don Gilberto era Rotario, e incluso en esa organización tan apolítica lo descubrieron: le llegó una carta anónima escrita a máquina que decía "En el Rotary no queremos comunistas". El afectado, que llevaba más de cuarenta años en el club, sintió el golpe, y más en una institución cuyos miembros en su mayoría creían en la democracia. Sin embargo, como un recordatorio, guardó la carta por el resto de su vida.

—Fue uno de sus compañeros del Rotary el que un día le pidió un favor, y mi padre no pudo rechazarlo, por miedo, como él mismo nos confesó luego. Lo llamó por teléfono el intendente designado de la época para que fuese a payar frente al dictador en la Plaza Independencia. Junto a él fue a payar el famoso Huaso Puentes, un facho de mierda conocido por su simpatía hacia Pinochet. Fue la única vez que mi padre recibió plata por sus payas y, como él mismo decía, "fue mucha". Siempre recuerda lo difícil que fue, porque el Huaso Puentes elogió al dictador de mil maneras y se lució, mientras mi padre se limitó a enfocarse en las Fiestas Patrias y en el folclore.

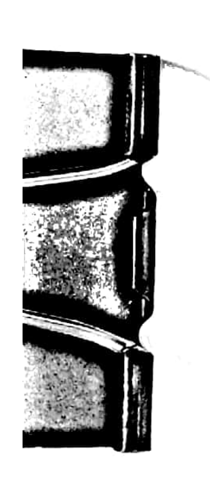


En casa de Camila había una bandera algo envejecida de tanto izarla el 18 de septiembre, el rojo ya era un rosado, el azul ya era celeste, el blanco ya era amarillo. Pero su madre se negaba a cambiarla por otra, como esas nuevas de nylon que venían de Taiwán a precio de huevo. "No la cambio hasta que no llegue la democracia", decía ella. Tuvieron que esperar el triunfo del No en el plebiscito de 1988.

—No recuerdo cuándo, pero sí la vez en que mi viejo me llevó a la primera manifestación autorizada en contra de Pinochet. Era chica, unos ocho años creo, porque recuerdo a mi papá hablando con gente conocida y yo los miraba a todos hacia arriba, bien agarradita de la mano, lista para arrancar si era

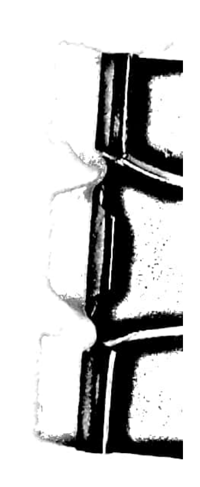
necesario. Ahí aprendí a cantar "el que no salta es Pinochet". Ahora pienso lo valiente que fueron los tipos que se plantaron sobre el escenario a recuperar la democracia.

La democracia, ese espejismo. La democracia, como se llamaba la tortuga de Mafalda.



32. Sentados con Mariana Callejas

Por ese juego de los seis grados de separación se supone que he conocido a los presidentes de Estados Unidos y Rusia, y a todos los demás mandatarios de potencias mundiales. Les recuerdo que se trata de establecer puentes entre personas que conoces y que, a su vez, ellos conocen, hasta llegar a los sujetos famosos. Es un juego divertido con resultados azarosos. Huelga decir que no necesité de esta astucia para relacionarme con *mi general*, porque —como conté antes— lo vi en persona a un par de metros de distancia.



Sin embargo, invoco este juego para otro caso en el que me vi involucrado y que me llevó a lo más oscuro de la noche del régimen militar, aun cuando sucede en democracia. Con mi amigo Carlos trabajábamos en el diario *Crónica*, él era un balazo en el área del periodismo policial, yo era un chirlo en la sección de cultura y espectáculos. Quizás por qué mala jugada del destino —ambos teníamos fama de buenos lectores, mala fama— se nos encargó una tarea que hoy, a la vuelta del tiempo, me da miedo: presentar el nuevo libro de una escritora chilena poco conocida en esas lides, Mariana Callejas.

¿Quién fue Mariana Callejas, que me provoca tanto julepe? Pues, una chilena que se casó con un muchacho diez años menor que ella: Michael Townley, el que, curiosamente, es culpable del asesinato del ex canciller Orlando Letelier, en Washington en 1975, y del ex comandante en jefe del ejército Carlos Prats, en Buenos Aires en 1974. Y otra serie de minucias que llenarían páginas de varios libros. De hecho, Townley,

siendo norteamericano, es uno de los nombres más repetidos en causas de crímenes durante el régimen de *mi general*, varios de ellos todavía sin resolver.

Mucho tiempo después supimos que Mariana Callejas se creía escritora, y que en su casa en el barrio alto de Santiago se llevaban a cabo talleres literarios, mientras más abajo, en el subterráneo, había personas encarceladas y bajo apremios ilegítimos. De manera literal, la literatura se emparentaba con el crimen de escribir. Conozco los nombres de esos aspirantes a escritores, por ahora los omitiré.



En 1995 Carlos y yo éramos jóvenes periodistas en proceso de aprendizaje, con la diferencia de que mi amigo tenía diez kilos más de pana que yo, por eso ha llegado tan arriba en su carrera. Así que una mañana de sábado nos dijeron que —en el contexto de la Feria Nacional del Libro en la Casa del Arte— debíamos acompañar a Mariana Callejas y su nueva obra: *Siembra vientos*, publicada por una editorial minúscula cuyo nombre no viene a cuento. Nos pasaron dos ejemplares del libro, nos empeñamos en leerlo esa tarde para estar preparados. Recuerdo vagamente que era un texto vomitivo, autobiográfico, en el que ella trataba de exculparse de los posibles errores que había cometido en la vida, de sus silencios cómplices por haber sido la esposa de un asesino internacional, de lo que dijo y no dijo y de las trampas que le tendió la vida. Es decir, eso de sembrar vientos y cosechar tempestades. Muy obvio.

De modo que llegamos a la cita, nos presentaron a la señora, la saludamos y nos acomodaron para hablar de su libro ante un público de un par de decenas de personas, ella al centro de nosotros. Se suponía que debíamos dialogar acerca de su libro, y yo no tuve nada que comentar. Me sumí en el silencio, que por fortuna fue cubierto por la mente brillante de mi amigo Carlos que —ya en ese entonces— conocía con detalles todos los vericuetos de las violaciones a los derechos humanos durante el régimen de *mi general*, y también la conformación

genealógica de los grupos de extrema izquierda. Por supuesto, Carlos no fue intimidatorio en sus preguntas, más bien pasó por la orilla y trató de que la señora le dijese algo interesante, más interesante que su bodrio de libro. No fue posible.

Aquí es donde viene el juego de los seis grados de separación. Esa señora, sentada a mi lado, había sido la esposa de Michael Tonwley, que a su vez conocía a Manuel Contreras, su jefe, el director de la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), y que a su vez conocía a Álvaro Corbalán, otro asesino de grandes jinetas que ya he mencionado antes. Y de pronto me emparentaba con todos esos pergenios de dudosa reputación que —desde mucho antes— aparecían en la prensa por investigaciones sobre sus crímenes de escala mayor.



Existe una foto en la que estamos sentados Carlos y yo junto a Mariana Callejas, pensé en insertarla aquí, pero la vergüenza es más profunda. Además, porque en ese momento no tuve conciencia de la tarea que me habían encomendado, porque si la hubiese tenido habría dicho que no, ni por nada, despídanme si quieren. Chao.

Dentro del escaso público en la sala de la Casa del Arte se encontraba Patricia, una chica que trabajaba como diagramadora en el diario, y que escuchó con atención el diálogo con Mariana. Patricia era evangélica, de la vertiente fanática, por eso en el trabajo yo la rehuía, a mí no me vienen con la palabra de un tal dios. Cuando terminó el show de presentación del libro, vi que Patricia abordó a la señora Callejas, la llevó a una orilla, le tomó las manos con fuerza y —debo suponer— le habló de dios, y de que las sagradas escrituras podrían ser la salvación de su alma contaminada con los crímenes que pasaron a su lado. Fue un largo lapso de varios minutos en que vi a Mariana Callejas acorralada ante la palabra divina, que de seguro le habrá resbalado pese a la incomodidad de no poder zafarse de la retórica de Patricia. Mariana era la prueba fehaciente de que dios no existe, podríamos decir.

La otra prueba fehaciente es que estuve ahí, en la primavera de 1995, y le di la mano a una mujer desconocida y que, como una posta, fue como darle la mano a todas las bestias del mundo.

Con mi buen amigo Carlos tenemos el plan de contar la historia de Michael Townley en formato de historieta, él escribirá el guión y yo —con mis limitaciones— seré el dibujante. Quizás así, hemos pensado, podríamos expiar los pecados del día en que estuvimos sentados junto a Mariana Callejas.



Viñeta de prueba para el gran proyecto que tenemos pendiente con mi amigo Carlos, la historia de Michael Townley.

33. Debemos guardar esos diplomas

Nos conocimos con Mabel Gajardo en ese año de la bisagra, 1982, ella había llegado un año antes de mí, estudiaba Derecho, y nos topábamos en las escalinatas del foro, al pasar. No conversábamos mucho, solo sabíamos que estábamos empujando por la misma causa, porque recién ahora, cuando finalizaba la escritura de este libro, supe que Mabel y yo llevábamos vidas paralelas con apenas un pequeño desfase. Somos vecinos, hoy vivimos a una cuadra de distancia, y por décadas nos encontrábamos en la calle, el saludo amable, la pregunta de costumbre: ¿cómo estás? Y ya, nada más. Salvo que hace unos meses nos detuvimos a conversar, a rememorar nuestra época de estudiantes en los oscuros años ochenta. Y le cuento que mi nuevo libro se trata de la beca de *mi general*, y del simbolismo que significó que yo la haya obtenido.



—Yo también tuve la beca —me dijo, y se me cayó la cara.

Ahora Mabel era un tema. La perseguí por harto tiempo para que me contase su historia, ya casi como un sicópata, hasta que se rindió. Aquí comienza el pormenor de dos vidas paralelas.

Mabel Gajardo fue alumna del Liceo de Niñas de Curicó, desde donde yo emigré a esta ciudad, siempre fue una chica aventajada, el mejor promedio del curso y del colegio. Cada año ganaba todos los premios de las asignaturas. Cuando se acercaba a cuarto medio, un profesor le aconsejó que debía buscar alguna universidad que ofreciera una beca de estudios completa. Y con mayor razón si en ese año, 1981, cambió el

sistema de financiamiento universitario: ahora los estudiantes debían pagar un arancel, y no era una cifra de chauchas.

Beca Enrique Molina, Concepción, ciudad que Mabel no conocía. Pero no había otra opción más segura. Por su puntaje en la Prueba de Aptitud Académica, Mabel quedó seleccionada entre los 120 alumnos de la Escuela de Derecho. Pero si no ganaba la beca, no ganaba nada, y debía volver a casa, tal como yo. De un modo adicional, y sin haber postulado, le informan que —debido a sus altas calificaciones— obtenía la Beca Presidente Pinochet.

En abril de 1981 le avisaron que se había adjudicado la Beca Enrique Molina, una de las dos que se entregaban por región, tal como yo un año después. Por supuesto, le asignaron una pieza en el hogar universitario femenino de Los Aguilera, alimentación en el casino Los Patos, plata mensual para libros, ropa, viajes... vidas paralelas.

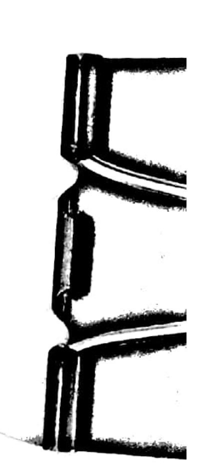
—Vivir a media cuadra de la universidad era impagable. Para mí Concepción era como París. Yo me había criado en ese pueblito de Curicó, y con mis abuelos. Éramos muy jóvenes, pero ya teníamos claro que debíamos manifestarnos contra la dictadura. Y ahí de repente me surgió la vergüenza de que yo tuviera la beca Pinochet. Solo se lo comenté a una amiga cercana. A mitad de año una secretaria de la intendencia me ubicó por teléfono en el hogar, me dijo que debía asistir a una ceremonia en la que se me iba a entregar el diploma de la beca. Fue algo para mí clandestino, no quería que nadie lo supiera.

Luego, uno de sus profesores de Derecho la recibió en la sala y rompió todo el secreto porque le dijo: ¡así que usted es la premiada con la Beca Pinochet, la alumna que apareció en el diario El Sur! Sus compañeros de curso la molestaban por ello, por una beca que era bien y mal mirada a la vez, por más que Mabel quisiera aclarar que ella no postuló, que se la adjudicaron. Era plata para el bolsillo, pero un triste oprobio.

Las primeras lucas de *mi general* se demoraron mucho en llegar: marzo, abril, mayo (yo también tuve que esperar meses). Mabel andaba corta de recursos, pese a la otra beca que le aseguraba techo y alimentación, así que conseguía préstamos entre sus compañeras. Rogaba porque le llegara la plata para ponerse al día con las deudas pequeñas.

—No tenía plata ni para un lápiz en la sala de clases.

Luego vino el temor de empezar a meterse en las protestas incipientes contra en régimen, donde las papas queman, y a la vista. Mabel nunca dudó, ni en las primeras manifestaciones que era muy sutiles: sentarse en fila india en las escalinatas del foro, quedarse un largo rato así, y luego, exactamente al mediodía, levantarse y aplaudir. Ya por eso te podían sancionar y expulsar de la universidad. Aun cuando, pese a la valentía, en las tímidas marchas iniciales todos se preocupaban de taparse la cara con gorros o bufandas "porque sabíamos que nos estaban controlando".



Como yo llegué un año más tarde que Mabel, y como recién en 1983 con Juan Bastías nos incorporamos con timidez al baile, la amenaza de sanciones se había moderado un poco. Pero igual daba miedo perder los privilegios, y más en una universidad regida por un ex militar que se creía Mussolini.

Mabel conserva el diploma firmado por Pinochet por una cuestión histórica. Como un recuerdo de que en esos tiempos, por convicciones profundas, los estudiantes marchaban arriesgando la vida. Ahora es muy distinto, una protesta callejera es apenas un carnaval, y todos regresan a sus hogares solo hediondos a lacrimógenas.

Y bien, para finalizar, yo también conservo ese diploma firmado por *mi general*. No pretendo quemarlo o botarlo a la basura, ni mucho menos enmarcarlo como si fuese el testimonio de un honroso grado académico. Permanece ahí, en una carpeta escondida, es parte del "museo de mí mismo" para cuando vengan los antropólogos a tratar de indagar qué tipo

de vida fue la mía: si acaso fui honesto o corrupto, si estuve en la vereda correcta en el momento correcto. Si me vendí o vendí a otros. Si fui capaz de comprender la tormenta sobre nuestras cabezas. Si, a la vuelta del tiempo, hoy, pude atreverme a contar esta historia. Qué buena historia, pero que —por favor— jamás se repita.

Epílogo: Para escapar de la ignorancia

Por supuesto, nunca me fui a la sierra a armar la revolución. Como diría Susanita, la amiga de Mafalda: no estaban dadas las condiciones. O como diría Matamala: ¡váyanse a la cresta!

Hoy el país es muy distinto a ese del terror más oscuro, allá por 1980, en promedio. Se supone que nos estamos arrimando al desarrollo, y cada vez más cerca, pese a que todavía hay cabezas de pistola que creen que faltó la revolución, con paredones justicieros para fusilar a la lista larga de los militares y civiles que se habían ido al chancho en 17 años de crímenes y expolio.



Nací en 1963, tenía nueve años para el golpe de Estado, no cachaba ni coco, como casi todos los adultos de esa época. Si calculo y miro las fechas, si ejercito la memoria, pertenezco a la generación que vivió el proceso completo: desde la dictadura liderada por un viejo de mierda cobarde, *mi general*, que se sumó al último minuto, y luego la valentía de unos pocos que quisieron poner fin a tantos crímenes, para llegar a una democracia pequeña, "en la medida de lo posible". No tuvimos más alternativa, y que barata la sacamos.

No hemos aprendido como sociedad. En mi ciudad las marchas estudiantiles siempre regresan a la universidad por la calle Diagonal Pedro Aguirre Cerda, en la que alguna vez viví. Ahora hay trabajos de remodelación, no se puede transitar por ahí. Entonces, por primera vez vi que la marcha de los muchachos pasaba por mi actual calle, Chacabuco, y me dio pena. Desde mi ventana leí pancartas y carteles que devolvían al país cincuenta años atrás, como si nada hubiésemos asimilado en el proceso largo y doloroso. Me dio una profunda tristeza del alma al ver por la ventana los carteles que enarbolaban mu-

chachos, niños, la mayoría de uniforme escolar, pendejos. Un signo de que seguimos detenidos en un instante de la historia y no avanzamos, y no hemos aprendido ni la O. Palabra, quise cambiarme de país.

Esto fue lo que pude anotar a la rápida:

—Trabajadores y estudiantes unidos en la lucha.

—Vendrá la revolución.

—Basta de diálogo, es hora de luchar.

Y aquí va el peor de todos, el que creíamos haber enterrado como sociedad hace medio siglo:

—Habrá paz para el pueblo o no habrá paz para nadie.

Dolor. ¿Me aceptarán hoy como exiliado en Suecia o Dinamarca?

Lo dudo. Mi oscuro pasado lo niega.

En su mayoría eran muchachos, colegiales, pendejos de quince años a los que todavía no se les seca el ombligo, y que no habían conocido el rigor de una dictadura, como sí la conoció nuestra generación. Y por si alguno leyera este libro, digo que era una dictadura brava, que mataba en las calles y en las cárceles secretas, que actuaba con total impunidad, con automóviles sin patente y con la anuencia amable del Poder Judicial. Esos sí que eran tiempos cojonudos, aun cuando —como he dicho— yo pasé de refilón y me enteré tarde de que esto de la isla de paz y tranquilidad era un chanchullo, paz y tranquilidad a la fuerza. A la fuerza de las balas, digamos.

Sin botarme a sociólogo barato, lo que siempre es un riesgo, el problema es que nos vamos volviendo ignorantes del pasado cercano. Recuerdo el antiguo adagio de que un pueblo que olvida su historia corre el riesgo de repetirla. Para mí se ha convertido en una obsesión, por eso escribí este libro, buscando en mi memoria y en la memoria prestada de otros, a fin de guardar un registro de la vida cotidiana de un régimen opresor que quiso perpetuarse, y que le falló la última ficha, el truco final del plebiscito de 1988. ¡Cómo tan tontos!

Ninguno de los pendejos de esa marcha que vi podría entender qué es un estado de sitio, un toque de queda, un estado de excepción, un bando con fuerza de ley, una ley marcial, una lista de nombres en la que podría haber aparecido tu padre o tu hermana. O tú. Tampoco una cárcel secreta y una justicia que cerraba los ojos y avalaba todos los crímenes sin chistar. No hay problema, decían los magistrados, sigan. O una cadena nacional de televisión obligada en que el viejo o la vieja aseguraban que íbamos tan bien que ya nos envidiaba la comunidad internacional.

Otros tiempos.

Como ya he dicho, la gran historia de ese proceso le corresponde a gente más preparada para esa tarea: los historiadores e investigadores, o los periodistas de buen calado como Carlos Basso o Alejandra Matus. En mi caso, lo mío es coloquial, la cosita poca del día a día, el detalle del pelo corto urgente en los varones y de la falda larga en las damas —así mandaba la vieja de mierda— y también ese oprobio del que debemos escapar siempre: la ignorancia.



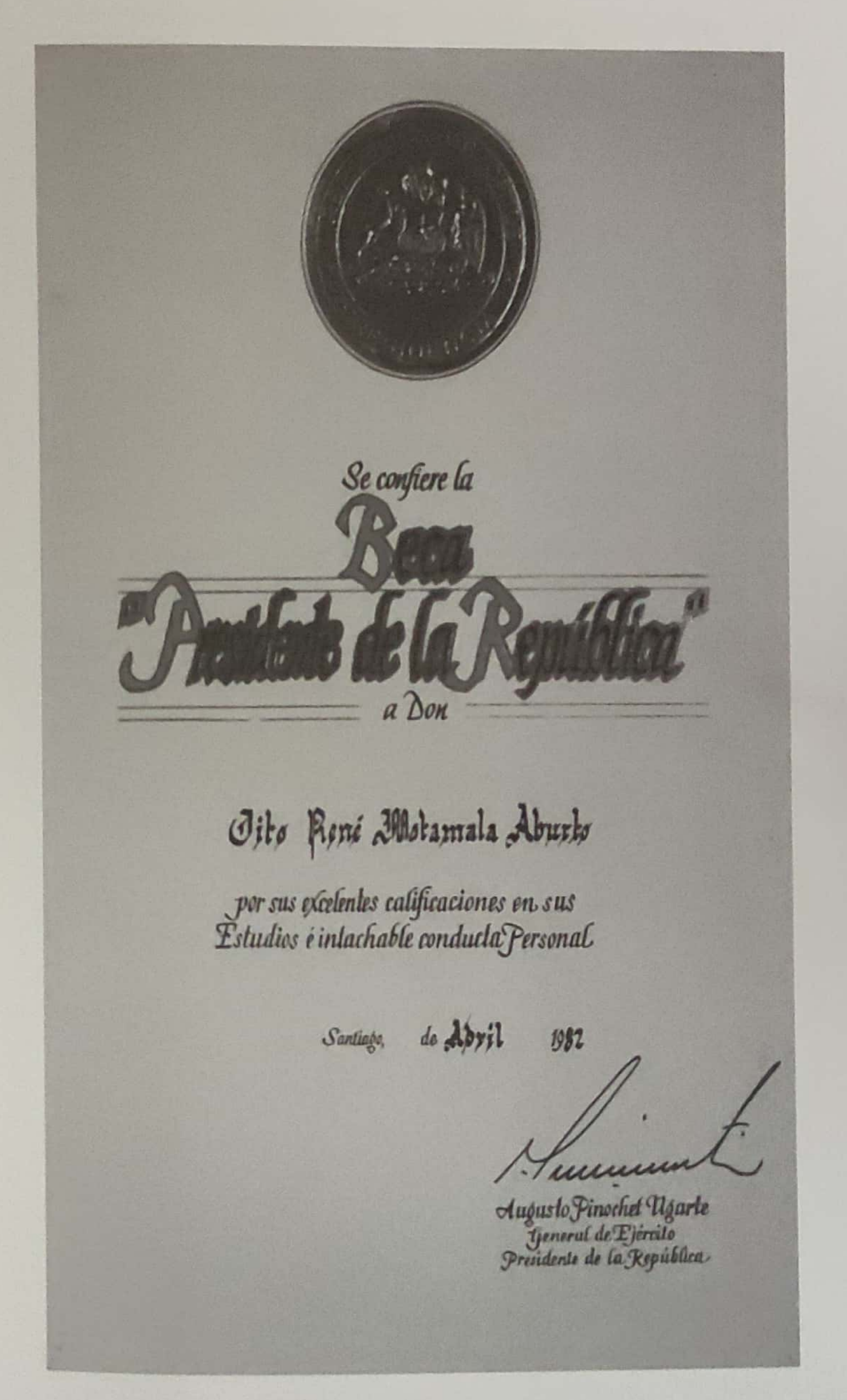
Todos los tristes episodios que hoy lamentamos de los últimos cincuenta años, incluidos los pendejos de la marcha que vi desde mi ventana, se deben a eso: a la ignorancia supina.

Y si me preguntan qué fue lo peor de esos años, peor que los crímenes, peor que el robo a manos llenas, peor que el silencio, peor que los desaparecidos… peor fue la vieja, la vieja de mierda. Vieja maldita, púdrete pronto.

He dicho.

Junio, 2016.





Se confiere la

Beca

"Presidente de la República"

a Don

Otto René Matamala Aburto

por sus excelentes calificaciones en sus
Estudios é intachable conducta Personal

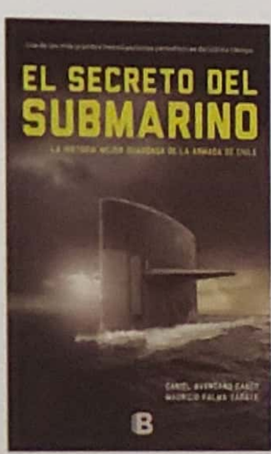
Santiago, de Abril 1982

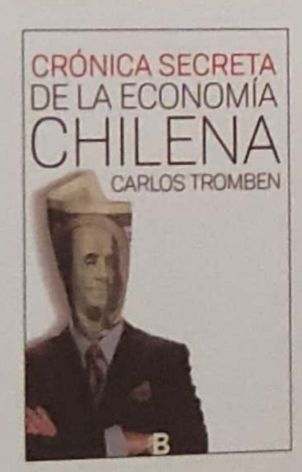
Augusto Pinochet Ugarte
General de Ejército
Presidente de la República

El diploma firmado por Augusto Pinochet, que acredita que el autor recibió la beca que inspiró estas páginas.

OTROS TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN









"En *La beca Pinochet*, Tito encuentra una melodía en el tono justo para contar, a través de su experiencia y la de un puñado de sus amigos, lo que fue para legiones de chilenos sobrevivir a la dictadura y transitar hacia la democracia. En sus breves crónicas se condensa la experiencia de quienes crecimos entonando la Canción Nacional con sus dos estrofas y formándonos en los patios a la orden de: "Tomar distancia, a discreción… ¡Firmes!".

Matamala nos conduce a esos lugares a los que no quisiéramos regresar, aquellos que la memoria prefiere borrar o edulcorar con grandes dosis de fantasía. Con aplomo, Tito se resiste a la tentación de reescribir el libreto transformándose en superhéroe y logra mantenerse fiel a un punto de vista en que sólo podemos verlo como un ser humano a merced de fuerzas inmensamente superiores a las suyas. Lo hace con candidez, ternura y una enorme dosis de humor. Esa es la armadura que le permite regresar a ese pasado sin Dios.

No sé ustedes, pero yo voy a guardar este libro para que lo lean mis hijos y se asomen a la vida de millones de chilenos que no han tenido quien escriba su historia".

Alejandra Matus.

Se le llamaba sarcásticamente la "beca Pinochet" al exilio que vivieron cientos, miles de chilenos luego del 11 de septiembre de 1973. Pero había otra, la real, la "Beca Presidente de la República Augusto Pinochet Ugarte", una ayuda monetaria para estudiantes destacados de escasos recursos que querían estudiar en la universidad. La beca que Tito Matamala ganó en 1981. En estas páginas, el autor va al rescate de la memoria para hacer frente al riesgo de volvernos ignorantes del pasado cercano. Con la profunda convicción de que es justamente la ignorancia el mayor peligro del que, como país, debemos escapar.



ISBN. 978-956-304-235-1

